
EL
ÁNGEL
DE LA
MUERTE
UN DARK MAFIA ROMANCE
GHIZ L.

E L Á N G E L
D E L A M U E R T E

Un Dark Mafia Romance

G H I Z L .

EL ÁNGEL DE LA MUERTE

Un Dark Mafia Romance

© 2026 Lalabssi Ghizlane
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro), sin la autorización previa y por escrito de la autora, excepto en el caso de breves citas incluidas en reseñas críticas y otros usos no comerciales permitidos por la legislación de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, hechos o lugares reales es pura coincidencia.

Primera edición — 2026

Para quienes aman lo prohibido,
para las que prefieren los demonios a los caballeros
y se atreven a desear lo que las quema.

Í N D I C E

I N T R O D U C C I Ó N
1 Konstantin
2 Selena
3 Konstantin
4 Selena
5 Konstantin
6 Selena
7 Konstantin
8 Selena
9 Konstantin
10 Selena
11 Konstantin
12 Selena
13 Konstantin
14 Selena
15 Konstantin
16 Selena
17 Konstantin
18 Selena
19 Konstantin
20 Selena
21 Konstantin
22 Selena
23 Konstantin
24 Selena
25 Konstantin
26 Selena
27 Konstantin
28 Selena
29 Konstantin
30 Selena

31 Konstantin
32 Selena
33 Konstantin
34 Selena
35 Konstantin
36 Selena
37 Konstantin
38 Selena
39 Konstantin
40 Selena
41 Konstantin
42 Selena
43 Konstantin
44 Selena
45 Konstantin
46 Selena
47 Konstantin
48 Konstantin
A G R A D E C I M I E N T O S
O T R O S L I B R O S D E L A A U T O R A

I N T R O D U C C I Ó N



Me han vendido dos veces.

La primera, mi padre me entregó al jefe de la mafia irlandesa para saldar una deuda de juego que ni siquiera él tenía esperanzas de pagar. La segunda, en un intento desesperado por salvarme de esos mismos irlandeses, recurrió al único hombre lo bastante poderoso para arrancarme de sus garras: Konstantin Morozov.

El Ángel de la Muerte. El jefe de la Bratva rusa que creyó haber hecho el negocio de su vida casándose con una mujercita italiana dócil y agradecida.

Pobre iluso.

Pensaba que bastaría con un anillo en el dedo y unas cuantas amenazas veladas para convertirme en la consorte criminal perfecta: silenciosa, obediente, decorativa. Un trofeo que exhibir en las reuniones y un cuerpo caliente en su cama cuando le apeteciera.

Pero yo nunca he sido buena siguiendo las reglas. Y él no se imaginaba que la chica a la que estaba «salvando» empezaría a jugar según sus propias reglas.

Y aquí estamos ahora, en este matrimonio que tenía que ser solo un contrato comercial, descubriendo que entre el odio y el deseo la línea es mucho más fina de lo que imaginábamos. Y que cuando dos personas tercas deciden enfrentarse, a veces terminan quemándolo todo a su alrededor.

Ellas mismas incluidas.

Bienvenidos a mi infierno personal. Bienvenidos a Nueva York.

✦ ✦ ✦



Pensé que era un buen negocio.

Una joven italiana a la que rescatar de los irlandeses a cambio de territorios y lealtad. Una esposa que me estaría agradecida toda la vida. Una mujer dócil que adornaría mi brazo en los eventos y calentaría mi cama cuando me diera la gana.

¿Qué podía salir mal?

Selena De Luca tenía que ser fácil de manejar: traumatizada por el secuestro, aliviada por el rescate, dispuesta a lo que fuera con tal de quedarse a salvo. Pensé que bastaría con enseñarle el lujo de la villa, hacerle entender que ahora estaba protegida, y que se acomodaría tranquilamente en el papel de Mrs. Morozov.

Lo subestimé todo.

Su inteligencia afilada, que disecciona cada movimiento que hago. Su lengua mordaz, que convierte cualquier conversación en una batalla verbal. Su valentía estúpida, que la empuja a desafiarme incluso cuando debería tener miedo.

Y, sobre todo, subestimé la forma en que me mira: no con terror ni con gratitud, sino con algo mucho más peligroso. Algo capaz de destruir el control que me ha llevado años construir.

Quince años de reinado absoluto, y esta cría italiana está consiguiendo sacudirlo todo con el simple hecho de existir en mi espacio.

Bienvenidos al mundo de Konstantin Morozov.

Bienvenidos al caos.

1 Konstantin



La sangre bajo las uñas siempre ha sido mi color favorito.

Lo descubro mientras tamborileo los dedos sobre el escritorio de caoba, observando a Don Antonio De Luca temblar como una hoja de otoño en su sillón de cuero. El hombre más poderoso de Little Italy sudando como un cerdo en el matadero.

Patético.

—Habla —ordeno con la voz cortante como el cristal que uso para torturar a los traidores—. Tienes cinco minutos antes de que me canse.

Antonio se pasa la lengua por los labios resecos. Su esmoquin de cinco mil dólares no consigue ocultar el hedor a desesperación y miedo. El olor que prefiero en los hombres que vienen a suplicarme.

—Es... es mi hija, Pakhan Morozov.

Pakhan. Al menos sabe mostrar respeto, aunque eso no le va a comprar lo que ha venido a pedirme.

—Selena —prosigue, con la voz quebrándose como hielo fino—. Los irlandeses se la han llevado.

Interesante. Recuesto la espalda contra mi trono de cuero negro, los dedos siguen su ritmo hipnótico sobre la madera. Cada golpe está calculado. Cada pausa, un arma psicológica.

—¿Y a mí en qué me concierne eso?

El viejo cabrón mafioso se inclina hacia delante, las manos juntas como en una plegaria. Si no fuera tan divertido, sería repugnante.

—Es lo único que me queda. Declan O'Rourke quiere casarse con ella para sellar una alianza contra usted, Pakhan. Contra la Bratva.

Ah. Ahí está el quid de la cuestión.

Me pongo de pie, el metro noventa entero de pura violencia controlada. Antonio se encoge instintivamente. Buen perrito. Ha aprendido quién manda aquí.

Camino hacia el ventanal panorámico que domina Manhattan. Mi ciudad. Mi imperio. Cada luz allá abajo representa a alguien que me debe dinero, lealtad o sangre. Las tres cosas, a menudo.

—Tu hija —digo sin volverme— no es problema mío. Es problema tuyo.

—Se lo ruego, Pakhan. Es el único que puede detenerlos.

Me giro despacio. Antonio tiene los ojos llenos de lágrimas no derramadas. Qué tierno. Un padre desesperado. Si no fuera un monstruo sin corazón, casi me conmovería.

Casi.

—Los irlandeses son cucarachas —comento volviendo al escritorio—. Molestas, pero aplastables. ¿Por qué iba a mancharme las manos por una cría a la que no conozco?

—Usted... podría reclamarla como suya.

Mis dedos se detienen. Por fin algo interesante.

—Explícate mejor, viejo.

Antonio traga ruidosamente.

—Un matrimonio. Si usted la reclamara como su esposa, O'Rourke jamás se atrevería a tocarla. Nadie se atrevería.

Me siento, el cuero cruje bajo mi peso. La idea es... intrigante. Por la chica no, claro. Las damiselas en apuros me importan una mierda. Pero la oportunidad política...

—¿Qué saco yo de este... acuerdo matrimonial?

—El control sobre mis territorios. Mis negocios. Mi lealtad absoluta. —Hace una pausa, luego juega su última carta—. Y una esposa virgen de una familia respetable.

Suelto una carcajada. El sonido llena el despacho como cristales rotos.

—¿Virgen? Antonio, yo me follo a más mujeres en una semana de las que tú verás en un año. Las vírgenes están sobrevaloradas.

—Pero una esposa no —replica con una desesperación patética —. Necesita herederos. Respetabilidad. Selena es... es especial.

—¿Especial cómo?

—Inteligente. Fuerte. Hermosa como un pecado mortal.

Mmm. Me paso la mano por el pelo negro, sopesando la oferta. Una esposa no estaba en mis planes. Las mujeres son distracciones temporales, cuerpos calientes para descargar la tensión. Nada más.

Pero las ventajas políticas...

—¿Qué edad tiene?

—Veintiún años. —Comparado con mis veintisiete...

Perfecto. Lo bastante mayor para no ser ilegal, lo bastante joven para moldearla a la medida de lo que necesito.

—¿Y ella qué piensa de este... matrimonio concertado?

Antonio baja la mirada.

—Ella aún... no lo sabe.

Por supuesto. Porque las cosas sencillas no existen en mi mundo.

Me levanto otra vez, esta vez en dirección al mueble bar. Hacia el Macallan del 46 que cuesta más que el sueldo anual de Antonio. Sirvo dos dedos en una copa de cristal; el líquido ámbar refleja las luces de la ciudad.

—Viktor —llamo, sin levantar la voz.

La puerta se abre en silencio y mi mano derecha entra como una sombra mortal. Dos metros de músculos y cicatrices, leal solo a mí. Perfecto.

—¿Sí, Pakhan?

—Don Antonio aquí presente tiene una propuesta interesante. — Bebo un trago, dejando que el alcohol me queme con suavidad—. Su hija ha sido secuestrada por los irlandeses.

Viktor no parpadea. Ya nada lo sorprende.

—¿Quiere que la rescatemos?

—Quiere que la despose —corrijo, saboreando la confusión que cruza la cara de Viktor.

—¿Tú? ¿Casado? —Viktor hace esa cosa que podría ser una sonrisa si no fuera tan aterradora—. No te veo precisamente como marido atento.

—Yo tampoco —admito—. Pero veo las ventajas estratégicas.

Antonio nos observa como un ratón atrapado entre dos gatos hambrientos. Bien. Debería tener miedo.

—¿Dónde la tienen? —pregunto, volviendo al asunto.

—Almacén del puerto. Sector 7. O'Rourke tiene al menos veinte hombres.

—¿Veinte? —Viktor ríe—. ¿Eso es todo?

Termino el whisky y poso el vaso vacío sobre el escritorio. El sonido resuena como un disparo en la habitación silenciosa.

—Esta es mi oferta, Antonio —digo, la voz fría como el hielo siberiano—. Yo rescato a tu hija. Yo me caso con ella. Yo la mantengo a salvo. A cambio, tú me entregas todo. Territorios, negocios, hombres. Todo.

—¡Sí! ¡Sí, acepto!

—No he terminado. —Le apunto con un dedo y se queda como congelado—. Una vez sea mi esposa, será mía para siempre. No volverá nunca a casa. No tendrá más familia que la mía. Y si intenta siquiera escapar...

Dejo la amenaza suspendida. Es más eficaz que explicitarla.

Antonio asiente frenéticamente.

—Lo entiendo. Lo entiendo perfectamente.

—Perfecto. —Me dirijo al armario donde guardo mi arsenal personal—. Viktor, prepara a los hombres. Esta noche vamos a cazar irlandeses.

—¿A cuántos llevamos?

—A todos. —Saco mi Glock favorita, la que tiene las iniciales grabadas en la culata—. Quiero mandar un mensaje que O'Rourke no olvide jamás.

Antonio se levanta tambaleándose.

—¿Cómo... cómo puedo agradecérselo, Pakhan?

Me vuelvo hacia él, y lo que sea que ve en mis ojos lo hace palidecer.

—Rezando para que tu hija valga todo este lío.

Lo acompaño hasta la puerta, la mano sobre su hombro en un gesto que podría parecer amable de no ser por la presión que ejerzo. Lo justo para que entienda quién manda.

—Una cosa, Antonio —le susurro al oído—. Si me estás mintiendo sobre su... pureza... te despellejo personalmente. ¿Está claro?

—Clarísimo, Pakhan.

La puerta se cierra a su espalda y me quedo a solas con Viktor.

—Bueno —dice mi mano derecha, comprobando su pistola—. Casarte con una desconocida. Es el plan más estúpido que has tenido en tu vida.

—O el más genial. —Reviso el cargador de mi arma—. Depende de lo dócil que sea la princesita.

Viktor ríe, un sonido sin asomo de humor.

—Algo me dice que dócil es lo último que va a ser.

Probablemente tenga razón. Pero da igual. Soy Konstantin Morozov. El Ángel de la Muerte. He doblegado a hombres mucho más fuertes que una cría malcriada.

¿Qué difícil puede ser domar a una esposa?

Me meto la pistola en la sobaquera bajo la chaqueta y miro la hora. Medianoche. La hora perfecta para ir a recoger a mi futura prometida.

—Prepara el coche, Viktor. Es hora de ir a buscar lo que es mío.

Mientras salimos del despacho, tengo un último pensamiento. Selena De Luca. Dentro de unas horas será Selena Morozov. Mi propiedad. Mi responsabilidad.

Mi condena, probablemente.

Pero eso lo descubriré bastante pronto.



Si Dios existe, tiene un puto sentido del humor.

Primero me quita a mi madre cuando tengo diez años. Luego me deja atrapada en una familia de criminales. Y ahora me hace despertar en lo que parece la suite presidencial del infierno, con un irlandés psicótico mirándome como si fuera la última galleta de la caja.

Fantástico. Justo como había soñado pasar mi veintiún cumpleaños.

—Buenos días, bella durmiente.

La voz de Declan O'Rourke es todo lo que odio en un hombre: arrogante, untuosa, con ese matiz de violencia que intenta esconder detrás de un encanto fingido. Como mi exprofesor de literatura, pero con más tatuajes y menos cerebro.

Me incorporo despacio en la cama king-size, fingiendo estar más confusa de lo que estoy en realidad. Regla número uno de supervivencia: nunca dejes que el enemigo vea lo lúcida que estás. Lo aprendí escuchando a escondidas las reuniones de papá desde niña.

—¿Dónde estoy? —pregunto, con la voz lo más temblorosa que puedo.

Declan sonríe, y esa sonrisa me da ganas de vomitar. Está sentado en un sillón de cuero negro, vestido como si fuera a una

boda elegante. Lo cual, considerando sus planes, resulta irónicamente apropiado.

—En mi casa, princesa. Bueno, pronto será también la tuya.

Princesa. Madre mía, qué original. Apuesto a que usa la misma palabra con todas las mujeres que secuestra. Si es que secuestra a otras, cosa que dudo, porque para que te guste hay que tener el CI de una ameba.

—¿Tu casa? —Finjo mirar a mi alrededor con los ojos muy abiertos—. Pero tengo que volver a casa. Mi padre se preocupará.

Declan suelta una carcajada y el sonido me raspa los nervios como uñas en una pizarra.

—Tu padre sabe perfectamente dónde estás, guapa. Fue él quien lo arregló todo conmigo.

Mierda. Lo sabía. En el fondo lo sabía: papá iba a terminar vendiéndome al mejor postor. Pero una parte estúpida de mí esperaba que me quisiera lo bastante como para mantenerme fuera de sus juegos de poder.

Idiota ingenua.

—No lo entiendo —susurro, perfeccionando el arte de la damisela en apuros.

—Tu viejo tiene deudas conmigo, princesa. Deudas gordas. Y decidió que la hija más guapa de América era un pago justo.

¿América? Por favor. Me he visto en el espejo esta mañana. Después de una noche de pesadilla parecía atropellada por un camión. Pero deja que su ego inflado siga hablando. Los hombres arrogantes siempre cometen más errores.

—¿Deudas? —Saco la voz más de niña asustada que puedo—. Pero papá nunca me ha dicho nada de deudas.

—Papá no te cuenta muchas cosas, ¿verdad? —Declan se levanta del sillón y empieza a caminar hacia mí.

Mierda. Mierda mierda mierda.

Cada instinto de mi cuerpo grita que huya, pero me obligo a quedarme inmóvil. Si huyo ahora, entenderá que no soy la cría aterrorizada que estoy fingiendo ser.

—Por ejemplo —continúa, sentándose en el borde de la cama—, ¿nunca te ha contado qué tipo de negocio lleva en realidad?

—¿Negocio? —balbuceo—. Papá tiene unas pizzerías...

Declan se ríe otra vez, y esta vez el sonido es más cruel.

—Pizzerías. Qué dulce. —Se inclina hacia mí, y huelo su loción de afeitado demasiado cara mezclada con algo ácido. ¿Miedo? No. Excitación.

Asco.

—Tu padre, princesa, mueve droga, armas y putas desde Sicilia hasta Estados Unidos. Y ahora me debe diez millones de dólares.

¿Diez millones? Joder. Papá la ha cagado a lo grande esta vez.

—Pero yo... yo no tengo nada que ver con todo esto —protesto, dejando que la voz se me quiebre al final.

—No —concede Declan, y su mano se posa en mi tobillo, por encima de las mantas—. Tú no tienes nada que ver. Tú eres el premio de consolación.

Su mano empieza a subir despacio por mi pierna, y cada fibra de mi cuerpo quiere romperle la muñeca. Pero no puedo. Aún no.

—No... no entiendo.

—Es sencillo, guapa. Tu padre no puede pagarme lo que me debe. Así que me ha ofrecido lo único de valor que posee. —Sus ojos azules se clavan en los míos con una intensidad que me da escalofríos—. A ti.

Ahí está. La verdad cruda y simple. Papá me ha vendido como a una puta cualquiera.

—Pero yo no quiero casarme —susurro, y esta vez el terror en mi voz es real.

—Lo que tú quieras no importa, princesa. —Su mano alcanza mi rodilla—. Lo que importa es lo que quiero yo. Y yo te quiero a ti.

Vale. Se acabó el teatrito. Este gilipollas está empezando a tocarme y mi autocontrol tiene unos límites muy claros.

—¿Y si dijera que no?

Declan se detiene, sorprendido por la firmeza repentina de mi voz.

—¿Perdona?

Me yergo más recta, dejando caer la máscara de la cría asustada. Es hora de mostrarle a este pedazo de mierda con quién está hablando en realidad.

—He dicho: ¿y si dijera que no?

Su sonrisa se transforma en algo mucho más peligroso.

—Entonces te convencería. Por las buenas o por las malas.

—Ah. —Asiento, como si estuviera valorando las opciones—. ¿Y si después de «convencerme» siguiera diciendo que no?

—No lo harías.

—Inténtalo.

Por un momento, Declan parece sinceramente desconcertado. Probablemente no está acostumbrado a mujeres que no se derritan ante su encanto irlandés. Lástima para él, no soy fácil de impresionar.

—Escucha, guapa —dice, y ahora su voz ha perdido todo rastro de amabilidad fingida—. Te vas a casar conmigo. Voluntariamente o no. Pero será mucho más placentero para los dos si colaboras.

—¿Placentero? —Río, y el sonido es cortante como cristal roto—. Lo único placentero de esta situación sería verte muerto.

La mano de Declan sale disparada hacia delante y me agarra la mandíbula, apretando lo bastante fuerte para hacer daño. Sus ojos azules se han vuelto de hielo.

—Cuidado con lo que dices, princesa. Mi paciencia tiene un límite.

—La mía también —replico, sosteniéndole la mirada sin parpadear—. Y lo acabas de cruzar.

Por un instante creo que va a pegarme. Tiene los músculos tensos, la mandíbula apretada. Pero entonces, despacio, afloja la presa y vuelve a sonreír.

—Fuego —murmura, casi para sí mismo—. Me gustan las mujeres con carácter. Va a ser divertido apagar ese fuego.

—Buena suerte —digo, masajeándome la mandíbula dolorida—. Lo han intentado muchos. Todos han fracasado.

—Ah, pero ellos no eran yo. —Se levanta de la cama, ajustándose la chaqueta—. Yo tengo métodos... especiales para domar a las jóvenes rebeldes.

Jóvenes rebeldes. Como si fuera un caballo salvaje al que adiestrar.

—Te doy veinticuatro horas para pensártelo —prosigue, dirigiéndose hacia la puerta—. Mañana volveré, y espero por tu bien que hayas cambiado de actitud.

—¿Y si no la cambio?

Se detiene en el umbral, sin volverse.

—Entonces descubrirás qué les pasa a las novias desobedientes.

La puerta se cierra a sus espaldas con un chasquido seco, y oigo el ruido de las llaves girando en la cerradura.

Perfecto. Encerrada en una jaula de oro con un loco que cree poder comprarme como si fuera un objeto.

Me dejo caer hacia atrás sobre los cojines y clavo la mirada en el techo decorado. Veinticuatro horas. Tengo veinticuatro horas para encontrar la manera de salir de aquí, o para prepararme para la guerra.

Porque una cosa es segura: yo no me voy a casar con Declan O'Rourke. No si puedo evitarlo.

Y si no puedo evitarlo... bueno, una de las dos cosas que aprendí creciendo en una familia de criminales es que existen muchas maneras de convertir la vida de un hombre en un infierno.

La otra es que los hombres poderosos siempre caen con más fuerza.

Vuelvo a sentarme y empiezo a estudiar la habitación. Ventanas blindadas. Puerta blindada. Cámaras en los rincones.

Pero toda cárcel tiene un punto débil. Solo tengo que encontrarlo.

Y cuando lo encuentre, Declan O'Rourke descubrirá que algunas princesas tienen los dientes muy afilados.

Muy afilados.

3 Konstantin



La armería de la Bratva es mi lugar feliz.

Paredes llenas de muerte ordenada en filas pulcras: pistolas, fusiles, granadas, cuchillos capaces de cortar un diamante. Cada arma limpia, engrasada, lista para servir. Como una sinfonía de violencia que solo espera mi orden para empezar a sonar.

Viktor está revisando su AK-47 favorito, el que tiene las muescas grabadas en la culata. Una muesca por cada irlandés muerto. Esta noche tendremos que añadir unas cuantas.

—Veinte hombres —murmura, deslizando el cargador con un clic metálico satisfactorio—. O'Rourke está perdiendo el toque.

—O es arrogante —respondo, sopesando mi Glock. El acero frío en mi mano me reconforta más que cualquier plegaria—. Cree que nadie se atrevería a atacarlo en su territorio.

—Cree mal.

Exacto. Declan O'Rourke ha cometido dos errores fatales. Primero: ha tocado algo que ahora es mío. Segundo: ha subestimado lo poco que me importan las convenciones territoriales cuando alguien me desafía.

Me meto la pistola en la sobaquera bajo la chaqueta y cojo mi cuchillo favorito. Hoja de quince centímetros, acero alemán, mango grabado con símbolos rusos que la mayoría de la gente no sabe leer. Mejor así. No todos merecen saber qué significa «muerte sin honor» en cirílico.

—Háblame de esa chica —dice Viktor, ajustándose el chaleco antibalas—. Selena.

—No hay mucho que decir. Es la hija de De Luca. Se supone que es guapa. Se supone que es virgen. —Hago una pausa, sopesando —. Se supone que es dócil.

Viktor se ríe, ese sonido áspero que hace cuando sabe que estoy a punto de soltar una gilipollez.

—Tú y las mujeres dóciles. Como el agua y el fuego.

Tiene razón, y los dos lo odiamos por eso. Las mujeres que he tenido hasta ahora han sido de dos tipos: putas profesionales que sabían exactamente qué quería y cuánto les costaba, y socialités aburridas que buscaban emociones fuertes con el jefe ruso más peligroso de Nueva York.

Todas dóciles. Todas olvidables. Todas perfectamente reemplazables.

—Esta es distinta —digo, comprobando el cargador—. Esta es business.

—Business —repite Viktor, y hay algo en su voz que no me gusta.

—¿Qué?

—Nada, Pakhan. Solo... ¿cuándo fue la última vez que hiciste algo por puro business?

Me detengo. Es una pregunta de mierda, y él lo sabe.

—Todo lo que hago es business.

—¿Incluso cuando quemaste vivo a Petrov por mirarte mal?

—Eso fue disciplina.

—¿Y cuando volaste por los aires el club nocturno de los chechenos porque uno de ellos había flirteado con esa rubia?

—Eso fue territorio.

—¿Y cuando...?

—Viktor. —Mi voz baja tres octavas, hasta convertirse en ese tono que hace que mis enemigos se meen encima—. Cierra el pico y prepara la munición extra.

Viktor asiente, pero veo esa puta sonrisa que está intentando ocultar. Como si supiera algo que yo no sé.

Tonterías. Yo sé todo lo que hay que saber. Esta operación es sencilla: entro, mato a los irlandeses, cojo a la chica, me caso con

ella, consolido el poder. Fin de la historia.

Sencillo. Limpio. Eficiente.

—¿Cuántos hombres llevamos? —pregunta Viktor, pasándome un cargador extra.

—Quince. Bastantes para hacer ruido, no tantos como para llamar la atención de la policía.

—¿Y si la chica no quiere venir?

Me detengo otra vez. Es la segunda pregunta de mierda en cinco minutos. Viktor se está volviendo filosófico en su vejez.

—¿Por qué no iba a querer venir? La estoy salvando.

—De un irlandés loco para entregarla a un ruso loco.

—Yo no estoy loco —digo con frialdad—. Yo soy pragmático.

—¿Y cuál sería la diferencia?

—Los locos actúan sin lógica. Yo siempre actúo con lógica. La lógica dice que Selena De Luca será más feliz como mi esposa que como prisionera de O'Rourke.

—¿Y si la lógica se equivocara?

Por Dios. Se ha vuelto un filósofo de domingo.

—Entonces le enseñaré a apreciar su nueva situación.

Viktor vuelve a hacer ese sonido que podría ser una risa si no fuera tan inquietante.

—¿Qué? —espeto.

—Nada, Pakhan. Solo... será interesante ver cómo termina.

Interesante. Como si yo fuera un experimento científico en vez del hombre más poderoso de la costa este.

Miro la hora. La una y media de la madrugada. La hora perfecta para una visita por sorpresa. Los irlandeses estarán borrachos, cansados, vulnerables. Y O'Rourke estará demasiado seguro de sí mismo para esperar un ataque directo.

—¿Los chicos están listos? —pregunto, dirigiéndome a la salida de la armería.

—Listos y hambrientos de sangre irlandesa.

Perfecto. No hay nada mejor que soldados motivados para una guerra santa.

Salimos al aire frío de Manhattan, donde tres SUV negros nos esperan como bestias metálicas listas para cazar. Mis hombres ya

están en posición: quince de los mejores asesinos que se pueden comprar con dinero, todos entrenados por mí en persona, todos leales hasta la muerte.

O mejor dicho, hasta mi muerte. Que no llegará nunca.

Subo al SUV central, Viktor a mi lado. El motor V8 ruge como un león hambriento.

—Almacén 7 —le digo al conductor—. Y no respetes los límites de velocidad.

Mientras nos deslizamos por las calles vacías de Nueva York, pienso en la chica que estoy a punto de conocer. Selena De Luca. Veintiún años, guapa, inteligente según su padre. Probablemente aterrorizada, sin duda confundida.

Me pregunto cómo reaccionará cuando me vea. ¿Miedo? ¿Alivio? ¿Gratitud?

Tampoco es que importe demasiado. Las reacciones de las mujeres son siempre las mismas: primero el miedo, luego la curiosidad, al final la atracción. Es una progresión natural cuando se trata de poder de verdad.

Y yo soy el poder en persona.

—Pakhan —dice Viktor, interrumpiendo mis pensamientos—. ¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—No.

—¿Por qué aceptaste de verdad?

Joder. La ha vuelto a hacer.

—Ya te lo he dicho. Ventajas estratégicas.

—Hay mil maneras de obtener ventajas estratégicas sin casarse con una desconocida.

Tiene razón, y eso me irrita. Podría haber matado a O'Rourke sin más y haberme quedado con los territorios de De Luca por la fuerza. Habría sido más directo. Más simple.

Pero cuando Antonio mencionó a su hija... algo pasó. No sabría decir qué. Una curiosidad que no consigo explicar.

—Igual me aburro —digo al final.

—¿Tú? ¿Aburrido? ¿El hombre que la semana pasada le declaró la guerra a tres familias distintas por puro gusto?

—Ese tipo de guerra es predecible. Esto... —Hago una pausa, buscando las palabras justas—. Esto es territorio inexplorado.

Viktor asiente despacio, como si por fin entendiera algo que ni yo mismo entiendo del todo.

—Territorio inexplorado —repite—. También conocido como «problema».

—Los problemas se resuelven.

—¿Y si este problema fuera irresoluble?

Lo miro a los ojos, y lo que sea que ve en mi cara lo hace callar de inmediato.

—Viktor —digo, con la voz más fría que el acero siberiano—. Yo soy Konstantin Morozov. El Ángel de la Muerte. He construido un imperio sobre montañas de cadáveres y ríos de sangre. He doblegado a hombres que se creían dioses. He partido voluntades que parecían inquebrantables.

Hago una pausa, dejando que las palabras se posen como polvo radiactivo.

—¿De verdad crees que una cría de veintiún años puede ser un problema que yo no consiga resolver?

Viktor sonríe.

—No, Pakhan. Por supuesto que no.

Pero todavía hay algo en sus ojos. Algo parecido a la compasión.

El SUV se detiene frente al almacén 7. Luces tenues se filtran por las ventanas sucias. Dos guardias irlandeses fuman cigarrillos en la entrada, relajados e inconscientes de que la muerte acaba de llegar al barrio.

—Showtime —murmuro, comprobando una última vez la pistola.

Mientras bajo del vehículo, tengo un último pensamiento. Dentro de media hora, Selena De Luca estará libre del cautiverio de O'Rourke.

Y atrapada en el mío.

Espero por ella que sea más inteligente de lo que parece. Porque lo que está a punto de pasar le va a cambiar la vida para siempre.

Y, sospecho, también la mía.

4 Selena



Dieciocho horas después de nuestro adorable primer encuentro, Declan vuelve a mi cárcel dorada con una sonrisa que le daría pesadillas a Stephen King.

Y esta vez no viene solo.

Dos montañas de músculos vestidos con trajes caros se colocan a los lados de la puerta. Tipo guardaespaldas, pero con más cicatrices y menos inteligencia en los ojos. Perfecto. Justo lo que hacía falta para completar esta experiencia de cuento de hadas.

—Buenos días, princesa —dice Declan, acomodándose en ese sillón como si fuera el trono de Dios—. ¿Has reflexionado sobre mi propuesta?

Propuesta. Llama «propuesta» a un matrimonio forzado. Qué romántico. Apuesto a que a las otras chicas hasta les lleva flores. Quizá las que roba de las tumbas del cementerio.

—He reflexionado —digo, incorporándome en la cama—. Y mi respuesta sigue siendo: que te follen.

La sonrisa de Declan tiembla durante un nanosegundo. Bien. Al menos el mensaje ha llegado.

—Veo que las horas de soledad no te han vuelto más... razonable.

—Al contrario. Me han dado tiempo para pensar en todas las maneras creativas en que podrías morir.

Declan hace un gesto casi imperceptible y uno de sus gorilas se acerca a la cama. Mierda. Igual lo de la boca grande no era la mejor estrategia.

¿Pero cuándo he tenido yo una estrategia que no se basara en el sarcasmo?

—Aquí Tommy —dice Declan, señalando a la montaña de músculos a su derecha— tiene un talento especial para convencer a las señoritas testarudas de ser más... colaboradoras.

Tommy sonríe, mostrando una colección de dientes que parecen sacados de una película de terror. Uno es de oro, dos faltan por completo, y los demás tienen el color del tabaco de mascar.

—Qué mono —comento—. ¿Estudió odontología en la escuela de Frankenstein?

Tommy deja de sonreír. Declan, en cambio, se ríe, pero es ese tipo de risa que te dan ganas de esconderte debajo de la cama hasta la próxima glaciación.

—¿Sabes cuál es tu problema, princesa? —dice levantándose del sillón—. Aún crees que esto es un juego.

Se acerca despacio y cada paso retumba en mi cabeza como una cuenta atrás. Diez pasos hasta la puerta. Demasiados. Dos gorilas. Demasiados. Una yo. Demasiado pocas.

Pero creciendo en la casa De Luca aprendí una cosa fundamental: cuando estás en inferioridad numérica, ataca primero y apunta a las pelotas.

—No —digo, levantándome también—. Mi problema es que tengo el gusto demasiado fino para conformarme con un gilipollas con complejo de inferioridad que tiene que secuestrar a las mujeres porque ninguna lo querría jamás por voluntad propia.

Vale. Quizá me he pasado.

La mano de Declan sale disparada hacia delante y me golpea la mejilla izquierda con una bofetada que me hace ver las estrellas. El sabor de la sangre se extiende por mi boca, metálico y caliente.

Por un momento, todo se detiene. El dolor estalla a lo largo de mi mandíbula como fuegos artificiales. El oído me zumba. Los ojos

se me llenan de lágrimas involuntarias.

Pero es la rabia que llega después la que de verdad me da miedo. No la suya. La mía.

—Eso —dice Declan, la voz tan satisfecha como la de un crío que acaba de romper un juguete nuevo—. Mucho mejor. Ahora tengo toda tu atención.

Me toco la mejilla y noto el calor de la hinchazón empezando. Cuando miro mi mano, hay sangre en la punta de los dedos. Sangre de verdad.

Este cabrón me ha hecho sangrar.

—Tommy —prosigue Declan, sin apartar la mirada de mi cara—. ¿Por qué no le explicas a la señorita qué les pasa a las novias desobedientes?

Tommy se acerca un paso más, y ahora puedo oler su loción de afeitado barata mezclada con sudor y algo que podría ser violencia. Tiene las manos grandes como bates de béisbol, con nudillos que hablan de demasiados puñetazos asestados a demasiadas caras.

—Las novias desobedientes —dice Tommy con una voz que parece grava mezclada con whisky barato— aprenden a obedecer. Una pieza cada vez.

Fantástico. Amenazas de tortura por parte de alguien que probablemente le cuesta deletrear su propio nombre.

Pero en este momento, mientras miro la cara satisfecha de Declan y la cara estúpida de Tommy, pasa algo raro en mi cabeza.

En lugar de más miedo, siento menos miedo.

En lugar de querer llorar, tengo ganas de reírme.

Porque de pronto, mirando a estos dos idiotas que creen haberme partido con una bofetada y unas cuantas amenazas, caigo en una cosa fundamental: yo crecí rodeada de criminales de verdad.

Papá mató a su primer hombre con dieciséis años. El tío Sal hizo desaparecer a tres familias enteras en una sola noche. El primo Marco puede hacer cosas con un cuchillo que te harían lamentar haber nacido.

¿Y estos dos aficionados creen que pueden asustarme?

Por favor.

—Vaya —digo, sonriendo a pesar del labio partido—. Tommy. Qué nombre original para un gorila irlandés. Déjame adivinar: ¿tus padres eran creativos tipo geólogos que les ponen a los hijos «Piedra» y «Ladrillo»?

Tommy da un paso hacia mí, pero Declan lo detiene con un gesto.

—Sigue, princesa —dice Declan—. Cuanto más hables, más diversión vamos a tener después.

—Oh, va a haber diversión —concedo—. Pero me temo que la definición de diversión entre nosotros dos es ligeramente distinta.

—¿Y cuál sería tu definición?

Sonrío más, y noto el sabor de la sangre en los dientes.

—La que termina con que yo sobrevivo y tú no.

Por un momento, veo algo cruzar la cara de Declan. ¿Sorpresa? ¿Respeto? ¿Miedo?

No. Miedo no. Aún no.

Pero llegará.

—¿Sabes qué me gusta de ti, Selena? —dice, sentándose en el borde de la cama—. Tienes huevos. La mayoría de las mujeres a estas alturas estarían llorando y suplicando.

—La mayoría de las mujeres no creció en la familia De Luca.

—Ah, sí. La familia De Luca. —Declan se ríe—. Esa familia que te ha vendido como un trozo de carne en el mercado.

Y ahí. Da en el punto débil.

Porque tiene razón, y los dos lo sabemos. Papá me ha vendido. Me ha trocado, literalmente, para borrar sus deudas. Veintiún años de «te quiero, eres mi princesa, haré lo que sea por protegerte» y al final valgo exactamente diez millones de dólares y un matrimonio conveniente.

Por un segundo, la rabia tiembla. Por un segundo, gana el dolor.

Pero solo por un segundo.

Porque entonces me acuerdo de algo que la abuela Lucia me decía siempre: «La sangre De Luca no se dobla nunca. Se rompe, pero no se dobla».

Bien, abuela. Vamos a ver si tenías razón.

—Sí —digo, mirando a Declan a los ojos—. Me han vendido. ¿Pero sabes qué? Igual ha sido lo mejor que podían hacer.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

—Porque ahora sé exactamente qué tipo de hombres son los que creen que pueden poseerme.

Declan se inclina hacia delante, interesado a su pesar.

—¿Y qué tipo son?

—Del tipo destinado a morir mal.

Es justo en ese momento cuando oímos los primeros disparos.

Pop. Pop. Pop-pop-pop.

Disparos secos, rápidos, profesionales. No el caos de una pelea de bar. El ritmo calculado de quien sabe exactamente lo que está haciendo.

Declan se pone de pie de un salto, la cara pasando de la satisfacción a la confusión a la preocupación en tres segundos exactos.

—¿Qué cojones...?

Pop-pop-pop-pop.

Más disparos, más cerca esta vez. Y gritos. Muchos gritos.

Tommy se dirige hacia la ventana, pero Declan lo detiene.

—¡No, idiota! ¡Vigila la puerta!

Pero ya es demasiado tarde para vigilar nada, porque ahora los disparos son constantes, como una lluvia de balas sobre el tejado de mi cárcel dorada.

Y de repente, mirando la cara aterrorizada de Declan O'Rourke, el hombre que hace cinco minutos me amenazaba con tortura, tengo una revelación.

Sea lo que sea lo que esté pasando ahí abajo, sea quien sea quien haya venido a «salvarme», una cosa es segura: las cosas están a punto de empeorar.

Porque si algo aprendí creciendo en el mundo del crimen, es esto: cuando vuelan las balas, nadie está nunca a salvo.

Y quien viene a «salvarte» suele ser peor que quien te tiene prisionera.

Perfecto. De Guatemala a Guatepeor, episodio final.

Pero ¿sabes qué? Por primera vez desde que me desperté en esta pesadilla, tengo ganas de sonreír de verdad.

Porque por fin va a pasar algo interesante.

5 Konstantin



La muerte es un arte, y yo soy el puto Ángel de la Muerte.

El primer irlandés muere antes de saber siquiera lo que está pasando. Una bala en el centro de la frente, limpia y precisa. Cae hacia atrás como un saco de patatas, el cigarrillo aún encendido entre los dedos.

—Uno —murmuro, recargando con un movimiento fluido.

Viktor está a mi izquierda, su AK-47 escupe fuego y plomo contra la fachada del almacén. Cristales que estallan, madera que se astilla, gritos que se alzan desde dentro como música para mis oídos.

—Te estás divirtiendo demasiado —dice Viktor, abatiendo a un irlandés que intenta huir por la ventana lateral.

—Es terapéutico —respondo, avanzando hacia la entrada principal.

El segundo guardia intenta sacar la pistola, pero los reflejos embotados por el alcohol no son lo bastante rápidos. Le disparo primero a la rodilla y lo veo caer gritando, luego le apunto con el cañón a la sien.

—¿Dónde está O'Rourke? —pregunto, la voz tan tranquila como si estuviera pidiendo un café.

—¡Q-que te follen, ruso de mierda!

Vaya temple. Lástima que también sea estúpido.

—Mal —digo, y aprieto el gatillo.

El cráneo estalla como un melón maduro. Pedazos de cerebro decoran la pared de ladrillo rojo a su espalda. Arte moderno, versión Konstantin Morozov.

—Dos —cuento, limpiándome una gota de sangre de la mejilla.

Mis hombres se despliegan alrededor del almacén como una sinfonía de muerte orquestada. Aleksei y Dmitri cubren la salida trasera. Sergei y Pavel suben por la escalera de incendios para bloquear las ventanas del segundo piso. Los demás se posicionan para el asalto frontal.

Todo según el plan. Todo perfecto.

Reviento la puerta principal con una bala en el gozne superior, después la abro de una patada que la lanza contra el muro interior.

El olor me golpea de inmediato: pólvora, miedo, meados. El perfume de lo inevitable.

Tres irlandeses nos esperan tras un palé de cajas, las armas en alto. Aficionados. Si fueran profesionales, ya habrían disparado.

—Konstantin Morozov —dice el del centro, un tipo flaco con el pelo rojo y demasiadas pecas—. Te estábamos esperando.

—Qué monos —respondo, avanzando sin prisa—. ¿Habéis preparado el té?

El de las pecas aprieta los dientes.

—Te has equivocado viniendo aquí.

—El único error —digo, deteniéndome a tres metros de ellos— es que vosotros tres todavía respiréis.

El primer disparo sale del tipo a mi derecha. Lento. Torpe. Lo esquivo medio metro a la izquierda, pero el ruido me viene bien. En el caos que sigue, ruedo detrás de una columna de soporte y cuento los disparos.

Bang. Bang-bang. Bang.

Cuatro disparos. Con pistolas semiautomáticas estándar, probablemente les quedan ocho o nueve balas a cada uno. Bastantes para ser peligrosos si supieran apuntar.

Por suerte, no saben.

Asomo el arma desde la esquina de la columna y disparo dos veces sin mirar. Gritos. El golpe sordo de un cuerpo al caer. El dulce sonido de un enemigo que ya no será un problema.

—Tres —susurro.

Viktor aparece por la entrada lateral y abate al segundo irlandés por la espalda. El hombre se arquea, la boca abierta en un grito mudo, después cae de bruces sobre sus propias balas esparcidas.

—Cuatro —dice Viktor con satisfacción.

Solo queda el de las pecas, escondido detrás de las cajas como un crío detrás de la falda de su madre.

—Eh, Pecas —llamo—. ¿Sales tú o tengo que ir a buscarte?

—¡Que te jodan! ¡O'Rourke te va a hacer pedazos!

—¿O'Rourke? —Río, y el sonido resuena en el almacén vacío—. O'Rourke dentro de poco va a estar demasiado ocupado muriéndose como para preocuparse por mí.

Salgo de detrás de la columna y camino hacia las cajas. Mis zapatos resuenan sobre el cemento manchado de sangre. Click. Click. Click. Como un metrónomo que cuenta los últimos segundos de vida de Pecas.

—No... ¡no te acerques! —Su voz se quiebra como hielo fino.

—¿O qué? ¿Me disparas? —Me detengo frente a las cajas, mirándolo a los ojos aterrorizados—. ¿Con qué? Te has quedado sin balas hace tres segundos.

Pecas mira su pistola, dándose cuenta de que tengo razón. Click vacío cuando intenta disparar. Click vacío otra vez.

—Mierda —susurra.

—Mierda, en efecto —concuerdo, apuntándole a la frente—. ¿Dónde tiene O'Rourke a la chica?

—¡No... no te lo voy a decir nunca!

Lealtad. Qué estupidez tan conmovedora.

Desplazo la pistola unos centímetros a la derecha y disparo. La bala le roza la oreja, arrancándole un trozo de cartílago. Pecas grita, llevándose la mano al lado sangrante de la cabeza.

—Te repito la pregunta —digo, recargando despacio—. ¿Dónde?

—¡Segundo piso! ¡Segundo piso, habitación al fondo del pasillo!

—Gracias. —Le sonrío, y en esa sonrisa está todo el infierno que he visto en mi vida—. Has sido muy colaborador.

—Entonces... ¿me dejas ir?

—Claro —digo, y le disparo entre los ojos.

—Cinco.

Viktor sacude la cabeza.

—Estaba desarmado.

—Era un testigo —corrijo, dirigiéndome a las escaleras—. Los testigos hablan. Los muertos no.

Subimos las escaleras metálicas, nuestros pasos resonando como tambores de guerra. Más disparos en el piso de arriba. Mis hombres están limpiando el resto del almacén. Profesionales en plena faena.

El pasillo del segundo piso es largo y estrecho, con puertas a ambos lados. Olor a moho, sudor y algo que podría ser miedo líquido. O meados. A menudo son la misma cosa.

—Última puerta —dice Viktor, señalando el final del pasillo.

Oímos las voces desde dentro. O'Rourke gritando órdenes. Otros corriendo. Pánico generalizado. Música dulce.

Me detengo frente a la puerta, comprobando una última vez la pistola. Cargador lleno. Seguro quitado. Alma negra lista para ser usada.

—¿Listos? —le pregunto a Viktor.

—Nací listo, Pakhan.

Sonrío. Es verdad. Viktor nació para momentos como este.

Reviento la puerta de una patada que la manda a estamparse contra el muro interior. Entro con la pistola en alto, listo para todo.

Y me detengo.

Porque lo primero que veo no es a O'Rourke. No son sus guardias. Ni siquiera la habitación.

Es ella.

Selena De Luca está de pie junto a la cama, el pelo oscuro le cae sobre los hombros como seda negra, los ojos verdes me miran sin miedo. Tiene una mejilla hinchada y el labio partido, pero no está llorando. No está suplicando.

Está sonriendo.

Una sonrisa pequeña, feroz, que dice: «Ya era hora, joder.»

Y por un momento —un solo, estúpido momento— olvido por completo por qué estoy aquí.

Porque esa chica, esa puta cría descarada de veintiún años, me está mirando como si yo fuera la respuesta a sus plegarias en lugar

del comienzo de sus pesadillas.

Y el problema es que, mirando esa sonrisa, ese desafío silencioso en sus ojos verdes, tengo la sensación aterradora de que podría tener razón.

—¿Qué cojones...? —empieza O'Rourke desde su posición detrás de dos montañas de músculos irlandeses.

Pero yo no lo escucho. No consigo apartar la mirada de ella.

De Selena.

De la que dentro de diez minutos será mi esposa.

Y que, sospecho, va a ser el problema más grande que haya tenido en mi vida.

—Hola, princesa —digo, la voz más ronca de lo habitual—. ¿Estás lista para venir a casa?

Ella ladea la cabeza, esa sonrisa se ensancha un milímetro.

—Depende —responde, y su voz es terciopelo y acero mezclados —. ¿Dónde sería casa?

—Donde yo diga que es.

—Perfecto —dice, y hay algo en sus ojos que me da escalofríos —. Estaba deseando conocer a mi salvador.

Salvador.

Si supiera.

6 Selena



Lo primero que me llama la atención de mi «salvador» no son los ojos de hielo ni los tatuajes que asoman por el cuello de la camisa.

Es el hecho de que acaba de llamarme «princesa», exactamente igual que Declan.

Fantástico. De la obsesión irlandesa a la arrogancia rusa. Es como elegir entre que te atropelle un camión o un tren.

—¿Dónde sería casa? —repito su pregunta, mirándolo directamente a esos ojos que parecen prometer violencia y condena a partes iguales.

—Donde yo diga que es —responde, y su voz tiene ese tono que dice «no discutas, porque no te servirá de una mierda».

Oh. Qué mono. Otro que cree que puede poseerme.

—Perfecto —digo, sonriendo con todo el sarcasmo del que soy capaz—. Estaba deseando conocer a mi salvador.

Salvador. Madre mía, ya me sale alergia.

Por un segundo, algo cruza sus ojos. ¿Sorpresa? ¿Diversión? Es difícil de descifrar cuando tienes delante el rostro de alguien que probablemente solo usa la sonrisa para aterrar a sus enemigos antes de matarlos.

—Vamos —dice, ignorando por completo mi evidente irritación—. No tenemos tiempo para presentaciones formales.

—¿Perdona? —Me levanto de la cama, y solo ahora me doy cuenta de lo alto que es. Por lo menos un metro noventa. Todo músculo bajo lo que parece un traje de sastre que cuesta más que el coche de papá—. ¿Y tú quién cojones eres para decirme...?

La palabra se me apaga en la garganta cuando él se gira completamente hacia mí.

Madre del amor hermoso.

Vale, está bien, puede ser tan alto como quiera y tan arrogante como quiera, pero no puedo negar que sea... bueno, que sea probablemente el hombre más peligrosamente atractivo que he visto en mi vida.

No guapo en el sentido tradicional. Demasiado angular para eso. Demasiado duro. La mandíbula cuadrada, la nariz que parece haberse roto al menos una vez, la boca que incluso cuando no sonríe promete cosas que probablemente debería temer.

Y luego están esos malditos ojos grises que me miran como si pudieran ver a través de todos mis secretos y encontrarlos... interesantes.

—Yo —dice, acercándose un paso— soy quien te va a sacar de aquí. Eso es todo lo que necesitas saber por ahora.

—¿Por ahora? —Río, pero el sonido sale más nervioso de lo que quisiera—. ¿Y cuándo exactamente tendré derecho a la versión completa?

—Cuando yo decida que es el momento.

La arrogancia de este hombre es literalmente para quitarte el aliento. Es como si se creyera Dios encarnado en lugar de... bueno, sea lo que sea. Mafia rusa, supongo, por la forma en que ha despachado a Declan y a sus gorilas.

—Mira, gracias por la intervención heroica y todo eso —digo, cruzando los brazos—, pero no soy el tipo de chica que sigue a desconocidos solo porque tienen la pistola más grande.

Detrás de él, el hombre que supongo será su mano derecha —alto, cabeza rapada, con suficientes cicatrices para parecer un manual de primeros auxilios— hace un sonido que podría ser una risa.

—Pakhan —dice Viktor (porque, claro, se llama Viktor, ¿qué nombre podría ser más estereotipado?)—, igual deberíamos movernos. Otros irlandeses podrían...

—No hay otros irlandeses —dice mi presunto salvador sin apartar la mirada de mí—. Los hemos liquidado a todos.

A todos. Como si hablara de un trabajo de jardinería en lugar de un asesinato en masa.

—Bien hecho —comento—. Así que ahora estáis en la lista para el premio «Ciudadanos Modélicos del Año».

Viktor vuelve a hacer ese sonido. Su jefe, en cambio, da otro paso hacia mí.

—Selena De Luca —dice, y la forma en que pronuncia mi nombre me eriza la espalda—. Tienes dos opciones. Vienes conmigo voluntariamente, o te llevo igual. La diferencia es solo lo desagradable que va a ser para ti.

—¿Desagradable para mí? —Río de nuevo, esta vez con más convicción—. Cariño, yo crecí en una familia de criminales. Mi concepto de «desagradable» podría ser ligeramente distinto del tuyo.

—Lo dudo.

Hay algo en la forma en que lo dice que me hace entender que este hombre ha visto y hecho cosas que ni en mis peores pesadillas conseguiría imaginar.

Y el hecho de que esa constatación, en lugar de aterrorizarme, me excite un poco es probablemente la señal de que tengo serios problemas psicológicos.

—Bueno —prosigo, ignorando la vocecita en mi cabeza que me dice que me calle y vaya con él—, agradezco la oferta, pero creo que me las apañaré sola, gracias.

—¿Sola? —Ladea la cabeza, y por un momento parece sinceramente desconcertado—. ¿A dónde irías?

—A casa. Con mi maravilloso padre, que me ha vendido como un trozo de carne en el mercado.

—Tu padre —dice despacio— es el que me ha pedido que te salvara.

—Y estoy segura de que lo ha hecho por puro amor paterno —replico—. No porque tuviera algún acuerdo conveniente contigo.

Silencio. Un silencio largo y cargado de significado.

—Eres más inteligente de lo que pensaba —dice al final.

—Gracias. Es el cumplido más bonito que he recibido nunca de un desconocido armado que acaba de matar a una docena de personas.

—No eran personas —dice, con una frialdad que me hiela la sangre—. Eran irlandeses.

Vale. Nota mental: nunca bromear sobre prejuicios étnicos con este hombre.

—Bueno —digo, dando una palmada—. Ha sido un placer conocerte, Mr...

—Morozov. Konstantin Morozov.

El nombre me suena familiar. Vagamente amenazador. Como si tuviera que conocerlo.

—Bueno, Mr. Morozov. Gracias por el rescate, pero ahora de verdad tengo que...

—¿Ir a dónde? —me interrumpe—. Tu padre ya te ha vendido una vez. ¿Qué te hace pensar que no lo volverá a hacer?

Ahí está. Da en el punto débil.

Porque tiene razón. Papá me ha vendido a Declan, y si vuelvo a casa, ¿qué le impedirá venderme otra vez al próximo gilipollas que ofrezca el precio adecuado?

—Por lo menos —digo, odiando cuánto se me quiebra la voz—, en mi casa conozco al enemigo.

—¿El enemigo? —Konstantin se acerca aún más, y ahora puedo oler su perfume. Algo caro mezclado con pólvora y peligro—. ¿Quién ha dicho que yo soy tu enemigo?

—Tú mismo, cuando has dicho que iba a hacer lo que tú dijeras.

—No he dicho que fueras a ser mi prisionera.

—¿Y qué seré entonces?

—Mi esposa.

Por un momento, estoy segura de haber oído mal.

—¿Perdona?

—Mi esposa —repite, como si estuviera diciendo «mi coche» o «mi perro».

—¿Tu esposa? —La voz me sale una octava más alta de lo normal—. Pero ¿quién cojones te crees que eres?

—El hombre que acaba de salvarte la vida.

—¿Y eso te da derecho a arruinarla?

—Eso me da derecho a protegerla.

Protegerla. Como si fuera un objeto frágil al que poner en una estantería.

—No necesito tu protección.

—¿En serio? —Mira mi mejilla hinchada y mi labio partido—. ¿Cómo te ha ido la última vez que has intentado protegerte sola?

Cabrón. Cabrón arrogante con la respuesta justa.

—Mira —digo, intentando mantener la calma—, te agradezco de verdad el rescate. En serio. Pero no tengo ninguna intención de pasar de un cautiverio a otro.

—No será un cautiverio.

—¿Y qué será?

—Un matrimonio.

—¡Contra mi voluntad!

—Inicialmente, sí.

La honestidad brutal de esa respuesta me deja sin aire por un momento.

—Estás completamente loco —susurro.

—Soy práctico —corrige—. Y soy tu única opción si quieres sobrevivir.

—Siempre hay otras opciones.

—No para ti. Ya no.

Me mira con esos ojos de hielo, y veo algo que podría ser compasión. O quizá solo sea imaginación mía.

—Selena —dice, y mi nombre en su boca suena diferente. Más suave—. El mundo en el que has nacido no te dará jamás la libertad que buscas. Pero yo puedo darte poder.

—¿Qué tipo de poder?

—El tipo que te impedirá volver a ser nunca más víctima de nadie.

Por un momento, solo un momento, estoy tentada. Porque tiene razón sobre el mundo en el que he nacido. Y tiene razón en que nunca seré realmente libre.

Pero entonces me acuerdo de que ese es el mismo discurso que hacen todos los hombres poderosos. Prometen protección a cambio de control.

—No —digo, dando un paso atrás—. Gracias, pero no.

Konstantin suspira, como si estuviera decepcionado pero no sorprendido.

—Viktor —dice sin volverse.

—¿Sí, Pakhan?

—Coge a la señorita. Es hora de irnos a casa.

—¿Qué? ¡No! —Salto hacia atrás, pero Viktor ya está en movimiento.

Y aquí descubro que la mano derecha de Konstantin es mucho más rápida de lo que parecía.

Me agarra por la cintura antes de que pueda dar otro paso, y al instante me golpean dos cosas: primero, es fuerte como un toro. Segundo, a pesar de todo, es delicado. No me está haciendo daño.

—¡Suéltame! —Lucho contra su agarre, pero es como intentar mover una montaña.

—Lo siento, pequeña —dice Viktor, y suena sincero—. Órdenes del jefe.

—¡Konstantin! —Grito, intentando alcanzarlo a puñetazos—. ¡No puedes hacer esto!

—Puedo —dice, dirigiéndose a la puerta—. Y lo estoy haciendo.

Viktor empieza a arrastrarme hacia la salida y yo sigo luchando aunque sé que es inútil.

Y entonces tropiezo con mis propios pies.

Y Konstantin, sin decir una palabra, me levanta en brazos como si no pesara nada.

De pronto estoy contra su pecho, rodeada por su perfume, por su calor. Sus brazos son como acero alrededor de mí, pero su agarre es firme sin ser brutal.

Por un segundo, un segundo estúpido e irracional, me siento... a salvo.

Luego me acuerdo de que este hombre me está literalmente secuestrando.

—Bájame —protesto, pero mi voz ya no tiene la misma convicción.

—Cuando estemos en el coche —dice, y empieza a caminar.

—No quiero casarme.

—De eso hablaremos después.

—¡No hay nada de qué hablar!

—Siempre hay algo de qué hablar.

Lo miro, intentando entender si está loco, es arrogante, o ambas cosas.

Lo que veo, en cambio, son ojos que, a pesar de todo el hielo que llevan dentro, no son crueles.

Peligrosos, sí. Despiadados, probablemente. Pero no crueles.

Y eso, maldición, es el problema más grande de todos.

7 Konstantin



El Mercedes G-Wagon blindado vale más que la mayoría de las casas, pero sentado al lado de Selena De Luca me siento como atrapado en una jaula con una tigresa especialmente irritada.

Y atractiva.

Muy atractiva.

Que es exactamente el tipo de pensamiento que debería evitar si quiero mantener el control de esta situación.

—Bueno —dice ella, acomodándose en los asientos de cuero negro como si fuera la reina de Inglaterra en lugar de una prisionera recién rescatada—. Hagamos un resumen de la velada. Me ha secuestrado un irlandés loco, me ha rescatado un ruso loco, y ahora aparentemente debería casarme con el ruso loco. ¿Es correcto?

—Es una simplificación excesiva —respondo, mirando por la ventanilla mientras atravesamos las calles oscuras de Manhattan—. Pero sustancialmente exacta.

—Perfecto. —El sarcasmo en su voz podría cortar el acero—. ¿Y mi opinión en todo esto cuenta algo o es puramente decorativa?

—Decorativa.

Viktor, desde el asiento delantero, hace ese sonido que podría ser una risa contenida. Lo ignoro.

—Qué romántico —dice Selena—. Apuesto a que todas las chicas sueñan con propuestas de matrimonio así.

—No es una propuesta. Es un hecho.

—¿Un hecho? —Se gira completamente hacia mí, y puedo notar el calor que irradia su cuerpo. Huele a algo que podría ser vainilla mezclada con rabia y adrenalina—. Los matrimonios requieren consentimiento, cariño. Es algo así como... la ley.

—La ley —digo, mirándola por fin— es una convención para la gente que no tiene suficiente poder para ignorarla.

Sus ojos verdes destellan con la luz de las farolas que pasan. Son más bonitos de lo que recordaba de hace cinco minutos. Más intensos. Como esmeraldas engastadas en un rostro que pertenece más a una diosa de la guerra que a una princesa necesitada de salvación.

Es un problema. Un puto problema enorme.

—Qué filosofía tan fascinante —dice ella—. ¿Esa fue tu propuesta de matrimonio a las otras esposas?

—No ha habido otras esposas.

—Ah. —Ladea la cabeza, estudiándome como si yo fuera un puzle especialmente complicado—. Así que yo soy el experimento piloto. Qué honor.

—Eres la primera con la que vale la pena casarse.

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas y me arrepiento de inmediato. Porque están demasiado cerca de la verdad, y la verdad es una debilidad que no puedo permitirme.

Selena se detiene a mitad de lo que probablemente habría sido otra réplica sarcástica. Por un momento, muy breve, veo algo vulnerable cruzar su rostro.

Después vuelve a ser todo fuego y sarcasmo.

—¿Vale la pena en qué sentido? ¿Como trofeo? ¿Como criadero de herederos? ¿Como accesorio para completar la decoración de la villa del jefe mafioso?

—Como compañera.

Mierda. Lo he hecho otra vez.

Viktor me mira por el retrovisor con una expresión que dice claramente: «Estás perdiendo el control, idiota».

Tiene razón. Pero ver a Selena luchar con las palabras, verla intentar entenderme y al mismo tiempo resistirse, es... estimulante de un modo que no había previsto.

—¿Compañera? —repite, y hay algo distinto en su voz. Menos sarcasmo, más curiosidad genuina—. ¿Compañera en qué?

—En construir un imperio.

—Tu imperio.

—Nuestro imperio.

Por un momento, el silencio llena el coche. Solo el ruido del motor V8 y de los neumáticos sobre el asfalto mojado.

—¿Y si no quisiera un imperio? —pregunta finalmente—. ¿Y si solo quisiera... una vida normal?

Río, pero no hay crueldad en el sonido. Solo una comprensión amarga.

—¿Normal? —Niego con la cabeza—. Selena, naciste en una familia criminal. Has crecido rodeada de violencia y poder. Te han vendido a un jefe irlandés antes de que te rescatara uno ruso. ¿Cuándo crees exactamente que tu vida ha sido alguna vez normal?

La veo cerrar los puños sobre los asientos, los nudillos se le ponen blancos.

—Podría llegar a serlo. Si me dejarais en paz.

—¿Y luego? ¿Volverías a la universidad? ¿Te casarías con un buen chico de barrio residencial? ¿Fingirías que la sangre De Luca no te corre por las venas?

—Quizá.

—Mentirías.

—¿Cómo lo sabes?

Me giro completamente hacia ella, estudiando cada detalle de su cara. La mandíbula obstinada. El fuego en los ojos. La forma en que mantiene la barbilla en alto incluso cuando sabe que está en desventaja.

—Porque te he visto enfrentarte a O'Rourke. Te he visto resistir al miedo cuando deberías haber temblado. Te he visto sonreír cuando reventé esa puerta, como si estuvieras esperando a que alguien viniera a desatar el infierno.

Hago una pausa, dejando que las palabras se posen.

—Tú no quieres una vida normal, Selena. Tú quieres una vida en la que nadie pueda volver a hacerte daño. Y la única forma de tenerla es contar con suficiente poder para que las consecuencias resulten demasiado aterradoras para cualquiera que quiera intentarlo.

Traga, y veo el momento exacto en el que mis palabras dan en el blanco.

—¿Y tú me darías ese poder? ¿Así, sin más?

—Nada es gratis.

—Por supuesto. —El sarcasmo ha vuelto, pero más débil que antes—. ¿Y el precio sería...?

—Tu fidelidad. Tu lealtad. Tu cuerpo en mi cama.

La última parte sale más brutal de lo que pretendía, pero no la retracto. Es mejor que sepa exactamente qué esperar.

Selena no se sonroja. No aparta la mirada. Me mira directamente a los ojos como si estuviera valorando si aceptar un desafío.

—¿Y si te dijera que prefiero seguir siendo vulnerable antes que vender mi alma?

—Te diría que estás mintiendo otra vez.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Es ahí donde cometo el error. El error que va a cambiarlo todo.

Me inclino hacia ella, lo bastante cerca para sentir su aliento, lo bastante cerca para ver las pequeñas motas doradas en sus ojos verdes, lo bastante cerca para notar cómo se le dilatan ligeramente las pupilas cuando me acerco.

—Porque —digo, la voz más baja que antes— he visto cómo me mirabas cuando entré en esa habitación.

—¿Y cómo te miraba?

—Como si fueras la respuesta a mis plegarias.

—Eras la respuesta a mis plegarias. Cualquiera habría sido mejor que Declan.

—No —susurro, y ahora estoy lo bastante cerca para contarle las pestañas—. Me has mirado como una mujer mira a un hombre que desea.

El silencio que sigue es eléctrico. Cargado de tensión, de posibilidad y de peligro.

Puedo ver el momento exacto en el que Selena se da cuenta de que tengo razón. El momento en el que entiende que, a pesar de toda su resistencia, de toda su rabia justificada, hay una parte de ella atraída por el poder que represento.

Atraída por mí.

—Eres un hijo de puta arrogante —susurra, pero a su voz le falta convicción.

—Sí —concedo—. Pero soy tu hijo de puta arrogante ahora.

Y entonces hace algo que no me espero.

Me da una bofetada.

El golpe es fuerte, preciso y absolutamente inesperado. La cabeza me gira a un lado, y por un instante veo las estrellas.

Cuando vuelvo a mirarla, está sonriendo. No la sonrisa sarcástica de antes. Algo más salvaje. Más peligroso.

—No —dice, y su voz es seda y acero fundidos—. No soy tuya. Aún no. Y si crees que va a ser fácil que lo sea, te equivocas de cabo a rabo.

Me toco la mejilla donde me ha golpeado, sintiendo el calor extendiéndose bajo la piel. Debería estar furioso. Debería castigarla por la insubordinación.

En cambio, suelto una carcajada.

Es una risa genuina, llena de sorpresa y de algo que podría ser respeto.

—Mierda —digo, todavía riendo—. Viktor tenía razón.

—¿En qué? —pregunta Selena, claramente confundida por mi reacción.

—En que dócil es lo último que ibas a ser.

Viktor desde delante hace de nuevo ese sonido. Esta vez no hay duda de que es una risa.

—Pakhan —dice, sin volverse—. Hemos llegado a casa.

Miro por la ventanilla y veo las puertas de hierro forjado de mi villa. Casa. Mi santuario. El lugar donde voy a llevar a esta mujer imposible y a intentar transformarla en mi esposa.

Buena suerte para mí.

—Bienvenida a tu nueva vida, princesa —digo mientras se abren las puertas.

Selena mira la villa que se recorta contra el cielo nocturno: tres plantas de piedra y cristal, elegante e imponente como un castillo moderno.

—Impresionante —dice—. Es el tipo de sitio en el que esperas encontrarte un cadáver en cada habitación.

—Solo en las habitaciones de invitados —respondo con seriedad.

Me mira para ver si estoy bromeando.

Y no es broma.

Y eso, sospecho, es solo el inicio de nuestros problemas.

8 Selena



La villa de Konstantin Morozov es exactamente el tipo de sitio que esperarías de un jefe mafioso ruso con demasiado dinero y demasiado poco buen gusto.

Es imponente, elegante e irremediablemente aterradora. Como un castillo de cuento de hadas si los cuentos los escribiera Stephen King después de una sobredosis de vodka.

—Madre mía —murmuro mientras Viktor me ayuda a bajar del SUV—. Es una cárcel de máxima seguridad disfrazada de residencia de lujo.

—Es casa —dice Konstantin, como si eso lo explicara todo.

Casa. Claro. Si por casa entiende una fortaleza de piedra y cristal rodeada por un muro de tres metros, cámaras de seguridad cada dos metros, y lo que parece un pelotón entero de guardias armados vestidos como si tuvieran que escoltar al Presidente.

—Qué acogedor —comento, fijándome en las rejas decorativas que son decididamente más «rejas» que «decorativas»—. Apuesto a que los Testigos de Jehová evitan cuidadosamente este barrio.

Konstantin hace ese sonido que podría ser diversión si no fuera tan inquietante.

—Los Testigos de Jehová no son mi problema principal.

—No, me imagino que no. Tú eres más del tipo «enemigos jurados que quieren matarte mientras duermes».

—Es una descripción exacta.

Fantástico. He pasado de ser rehén de un irlandés psicótico a esposa de un ruso con una lista de enemigos más larga que la guía telefónica de Nueva York.

Pero mientras caminamos hacia la entrada principal, me fijo en algo interesante. Los hombres de Konstantin —y son muchos, repartidos estratégicamente por los jardines cuidados como estatuas vivientes— no me miran como un hombre miraría a una mujer.

No me están tirando los tejos. No me desnudan con los ojos. Ni siquiera me sonríen amistosamente.

Me miran con respeto. Y miedo.

No miedo de mí, claro. Miedo de él.

Es como si yo ya hubiera sido marcada como «propiedad del jefe», y cualquiera que me mirara siquiera de un modo equivocado se esperase acabar hecho pedacitos muy pequeños.

Es destructivo y protector al mismo tiempo.

—Tus hombres —digo mientras subimos los peldaños de mármol que probablemente cuestan más que la casa donde crecí— parecen muy... disciplinados.

—Lo son.

—Te temen.

—Me respetan.

—La misma cosa, en este ambiente.

Konstantin se detiene frente a la puerta principal —un macizo portón de madera oscura que parece importado directamente de un castillo medieval— y me mira.

—El miedo y el respeto no son lo mismo, Selena. El miedo sirve para tener a raya a los enemigos. El respeto es lo que mantiene a raya a la familia.

Familia. Otra de esas palabras que en el mundo del crimen significa algo completamente distinto a lo que significa para la gente normal.

La puerta se abre antes de que Konstantin tenga que llamar. Un hombre mayor con un esmoquin impecable nos saluda con una

reverencia que parecería apropiada en la corte de Versalles.

—Bienvenido a casa, Pakhan —dice con un acento que podría ser ruso o sencillamente viejo—. Y bienvenida, señorita.

—Sergei —dice Konstantin, quitándose la chaqueta y pasándosela al hombre—. La señorita De Luca será... nuestra invitada permanente.

Invitada permanente. Qué manera tan bonita de decir «prisionera consentida».

—Por supuesto, Pakhan. He preparado la suite de invitados.

—No —dice Konstantin, y hay algo en su voz que me eriza las antenas del instinto de supervivencia—. La habitación matrimonial.

Oh, mierda.

Sergei no parpadea, lo que me dice que ha visto suficientes gilipolleces en esta casa como para no sorprenderse ya por nada.

—Por supuesto, Pakhan. ¿Preparo algo para la cena?

—Después. Antes tenemos un invitado esperándonos.

¿Invitado?

Y entonces veo el interior de la villa, y tengo que admitir que Konstantin tiene buen gusto cuando se trata de gastar dinero ilegal.

El salón principal es todo mármol negro y madera oscura, con un techo tan alto que podrías hacer volar dentro un avioncito. Hay cuadros que probablemente son originales (y seguramente robados), muebles que parecen pertenecer a un museo (y seguramente cuestan más de lo que la mayoría de la gente gana en una vida), y una chimenea lo bastante grande para asar dentro un buey entero.

Es elegante. Es opulento. Es intimidante como el infierno.

También es lo bastante frío para que te entren ganas de ponerte un abrigo incluso en julio.

—Qué ambiente tan cálido —comento—. ¿Decorador de interiores: Drácula?

—El decorador de interiores está muerto —dice Konstantin con seriedad.

—¿Por problemas de salud o por desavenencias profesionales?

—Estás haciendo demasiadas preguntas.

No estoy bromeando cuando digo que el hombre tiene cero sentido del humor cuando se trata de chistes sobre sus métodos de

business.

Justo entonces veo quién nos está esperando en el salón.

Papá.

Don Antonio De Luca está sentado en uno de los sofás de cuero negro como si esperara los resultados de un análisis médico que pudiera determinar si vive o muere. Lo cual, considerando dónde estamos y por qué estoy yo aquí, podría ser exacto.

—Papá —digo, y todo el sarcasmo desaparece de mi voz, sustituido por una rabia tan pura que podría quemar esta villa hasta los cimientos solo con mirarla.

—Selena. —Se levanta, las manos le tiemblan ligeramente—. Hija mía, estás a salvo.

—¿A salvo? —La voz me sube por lo menos una octava—. ¿A salvo? ¡Me has vendido!

—Yo... yo te he salvado.

—¡Me has trocado como a una vaca en el mercado!

—Selena, por favor, déjame explicarte...

—¿Explicar qué? —lo interrumpo, acercándome a él con la rabia bullendo en las venas—. ¿Cómo decidiste que tu hija valía exactamente diez millones de dólares y un matrimonio forzado?

Papá mira a Konstantin, como si esperara una ayuda que no va a llegar nunca.

—Era la única solución —dice al final—. O'Rourke te habría matado.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Has intentado negociar alguna vez? ¿Has intentado pagar tus deudas en lugar de pagar conmigo?

—¡No tenía elección!

—¡Todo el mundo tiene siempre una elección! —grito, y mi voz resuena en el salón gigantesco—. Tú elegiste apostar dinero que no tenías. Tú elegiste hacer negocios con los irlandeses. ¡Tú elegiste venderme en lugar de afrontar las consecuencias de tus cagadas!

El silencio que sigue es tan denso que podrías cortarlo con un cuchillo.

Konstantin observa todo esto como si fuera una obra de teatro montada para su diversión. Viktor ha desaparecido discretamente,

probablemente para darle a la familia una apariencia de privacidad para su confrontación dramática.

Sergei sigue ahí, quieto como una estatua, fingiendo que no oye nada.

—Selena —dice papá, y la voz se le quiebra—. Eres todo lo que me queda de tu madre.

Ahí está. Juega la carta de mamá.

Por un momento, solo un momento, la rabia tambalea. Porque he querido a mamá más que a ninguna otra cosa en el mundo, y ella se murió cuando más la necesitaba.

Pero luego me acuerdo de que mamá nunca, jamás habría vendido a su hija para salvarse a sí misma.

—No te atrevas —susurro, la voz peligrosamente baja—. No te atrevas a sacar a colación a mamá. Se revolvería en la tumba si supiera lo que has hecho.

—Ella entendería...

—Ella te mataría con sus propias manos.

Es la verdad y los dos lo sabemos. Mamá era pequeña, dulce y absolutamente feroz cuando se trataba de proteger a su familia.

—Esto es muy emotivo —interviene Konstantin, la voz seca como un martillo golpeando madera—, pero tenemos cosas prácticas de las que hablar.

—¿Qué cosas prácticas? —pregunto, aunque sospecho que no quiero saber la respuesta.

—La boda. Los preparativos empiezan mañana.

—¿Mañana? —Papá parece conmocionado—. ¿Tan pronto?

—Cuanto más esperemos, más tiempo tendrá O'Rourke para organizar una venganza —explica Konstantin con la paciencia de quien le explica lo obvio a un niño especialmente lento—. Una vez que Selena sea legalmente mi esposa, tocarla supondría guerra directa con la Bratva. Es un riesgo que ni siquiera él estará dispuesto a correr.

—¿Y yo? —intervengo—. ¿Mi opinión cuenta algo en esta discusión sobre mis planes de vida?

—No —dice Konstantin, sin más.

—¿No?

—No.

La absoluta tranquilidad con la que lo dice resulta casi más ofensiva que la arrogancia.

—Bien —digo, sonriendo con todo el veneno del que soy capaz —. Entonces va a ser una boda muy interesante.

—Estoy seguro de que lo será —concuerda Konstantin, sonriendo a su vez.

Es la primera vez que lo veo sonreír de verdad, y el resultado es... aterrador y fascinante a la vez.

Porque en esa sonrisa está la promesa de una batalla. Una guerra de voluntades entre dos personas igualmente tercas.

Y de pronto, a pesar de todo, me doy cuenta de que estoy deseando que empiece.

9 Konstantin



Ver a Don Antonio De Luca intentar justificar la venta de su hija es como ver a un hombre que se está ahogando intentando convencer a todos de que en realidad se está dando un baño.

Patético, pero útil.

—Bueno —digo, sirviéndome un whisky del mueble bar mientras Selena se va dando un portazo con tanta fuerza que tiemblan los cuadros—, hablemos de los detalles prácticos de nuestro acuerdo.

Antonio se seca el sudor de la frente con un pañuelo que parece caro pero apesta a desesperación.

—¿Qué detalles?

—Los territorios, para empezar. Tú me entregas Little Italy y todo lo que viene con ella. Extorsión, tráfico, locales nocturnos. Todo.

—Pero... pero eso es el trabajo de toda una vida...

—Es el precio de tu hija. —Me siento en el sillón frente a él, saboreando el whisky y su agonía—. A menos que pienses que vale menos que un puñado de callejones llenos de restaurantes y tiendas de souvenirs.

Antonio cierra la boca. Buen perrito. Ha entendido que eso era una trampa.

—Por supuesto, Pakhan. Todo lo mío es tuyo.

—Bien. Segundo: tus hombres. Los que decidan quedarse juran lealtad a mí. Los que no... bueno, no serán un problema durante mucho tiempo.

Traga ruidosamente.

—Entiendo.

—Tercero: tú mantienes un papel de consultor. Ayudas con la transición, te aseguras de que los viejos clientes entiendan que ahora hacen negocios con la Bratva. A cambio, te quedas con un porcentaje pequeño pero digno de los ingresos.

—¿Qué porcentaje?

—Diez por ciento.

—¿Diez por ciento? —La voz se le quiebra—. Pero, Pakhan, solo los alquileres...

—Antonio. —Mi tono baja unos grados, hasta convertirse en ese tipo de voz que les hace entender a las personas cuándo están a punto de cruzar una línea que no deberían cruzar—. Tú me has vendido a tu hija para borrar una deuda de diez millones. ¿Y ahora estás negociando un porcentaje mayor? ¿En serio?

Silencio. Largo y pesado.

—El diez por ciento está bien —dice al final.

—Perfecto. —Termino el whisky y poso el vaso vacío sobre la mesa de cristal—. Ahora hablemos de la boda.

—¿Qué hay que discutir?

—La ceremonia será mañana por la noche.

—¿Mañana? —Antonio parece sinceramente conmocionado—. Pero... los preparativos, las invitaciones, el vestido...

—De los detalles se encargará Sergei. En cuanto a las invitaciones, asistirán los jefes de las familias principales. El mensaje tiene que estar claro: Selena De Luca es ahora Selena Morozov, bajo la protección de la Bratva.

—¿Y ella? ¿Está de acuerdo?

Río, el sonido llena el salón como un cristal al romperse.

—Su acuerdo es irrelevante. Es un matrimonio de negocios, no una historia de amor.

—Pero si ella se niega a decir que sí ante el cura...

—No se va a negar.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque la alternativa es volver con O'Rourke. Y, después de lo que ha pasado esta noche, él no va a estar de humor para amabilidades.

Antonio asiente despacio. Es un criminal, pero no es estúpido. Sabe cómo funciona este mundo.

—Hay... hay otra cosa, Pakhan.

—¿Qué?

—El matrimonio... ¿se consumará?

Es una pregunta interesante. Y la respuesta debería ser obvia. Me he casado con Selena por poder político y por el control sobre los territorios de su padre. El sexo es solo una propina.

Pero cuando pienso en ella —en los ojos verdes que me han desafiado, en cómo ha resistido tanto a O'Rourke como a mí, en la curva de su cuerpo cuando la he levantado en brazos...—

—Eso —digo— es entre mi mujer y yo.

—Por supuesto. Por supuesto, perdona.

Entonces oigo los pasos en el suelo de mármol del piso de arriba. Ligeros pero decididos. Selena caminando de un lado para otro en la habitación que Sergei le ha asignado.

Como una leona enjaulada.

—Se lo ha tomado bien —comenta Viktor, apareciendo por la puerta del salón como una sombra silenciosa.

—Se lo ha tomado como me esperaba.

—¿Es decir?

—Como una De Luca.

Viktor hace ese sonido que podría ser una risa.

—¿Y eso qué significa?

—Que va a luchar. Pero al final entenderá que esta es su mejor opción.

—¿Y si no lo entiende?

Buena pregunta. Una que debería haberme planteado antes de hacer lo que he hecho.

Pero mirando a Antonio sudando en su sillón caro, oyendo los pasos de Selena encima de nosotros, pienso que quizá no importa si lo entiende o no.

Porque hay algo en ella que quiero. No solo el cuerpo —eso es fácil de conseguir con dinero o por la fuerza—. Algo más profundo.

Quiero romper su resistencia y reconstruirla como mi aliada. Quiero transformar ese fuego que tiene en los ojos: que deje de ser un arma contra mí y pase a ser un arma a mi favor.

Es un proyecto ambicioso. Quizá imposible.

Pero no me he convertido en el jefe más temido de la costa este aceptando proyectos fáciles.

—Si no lo entendiera —digo al final—, se lo enseñaré.

—¿Y cómo?

—Con paciencia. Firmeza. Y la comprensión de que a veces las personas necesitan tiempo para aceptar su destino.

Viktor sacude la cabeza.

—Ya no te reconozco.

—¿Cómo?

—El Konstantin que conozco coge lo que quiere y no se preocupa por el consentimiento. Tú estás hablando de paciencia y comprensión como si estuvieras negociando un tratado de paz.

Tiene razón, y eso me molesta más de lo que quiero admitir.

—Quizá —digo, levantándome del sillón—, este caso requiere un enfoque distinto.

—O quizá —dice Viktor con esa sonrisa inquietante—, este caso te está cambiando.

Antes de que pueda responder, oímos el ruido de algo que se rompe en el piso de arriba. Después una serie de sonidos que podrían ser muebles arrastrados o lanzados.

—¿Está redecorando? —pregunta Viktor.

—Está descargando la rabia —corrijo—. Mejor sobre los muebles que sobre nosotros.

—Por ahora.

Por ahora. Exacto.

—Antonio —digo, volviéndome hacia Don De Luca, que parece haber envejecido diez años en las últimas dos horas—. Puedes irte. Mañana a las ocho para la ceremonia.

—Y... ¿después? ¿Después de la boda?

—Después, empezarás tu nueva vida como subalterno mío. Te sugiero que te vayas acostumbrando.

Antonio se levanta lentamente, como un anciano que carga con el peso de todos sus pecados.

—Pakhan —dice cuando llega a la puerta—. Cuide de ella. Es todo lo que me queda de mi mujer.

—Estará a salvo.

—No me refería a a salvo. Me refería a... feliz.

Lo miro a los ojos, y por un momento veo algo que podría ser amor paterno genuino. Tardío y mal concebido, pero genuino.

—La felicidad —digo— es algo que tendrá que ganarse ella sola.

Cuando se va, Viktor y yo nos quedamos solos en el salón silencioso. Los sonidos del piso de arriba han cesado. O Selena ha terminado de destruir la habitación, o ha encontrado otra cosa con la que descargarse.

—Bueno —dice Viktor, sirviéndose una copa de mi mueble bar—. Boda mañana. ¿Has llamado al cura?

—Padre Dmitri. El que bautizó a mi sobrina.

—¿El corrupto?

—Es un sacerdote ortodoxo dispuesto a casar a un jefe mafioso ruso con la hija de un jefe mafioso italiano sin hacer preguntas. Por supuesto que es corrupto.

Viktor asiente, como si fuera la cosa más normal del mundo. En nuestro mundo, probablemente lo sea.

—¿Y los anillos?

—De eso se ocupará Sergei.

—¿El vestido?

—También.

—¿Las invitaciones?

—Ya las he enviado, Viktor. No es mi primera boda de negocios.

—No —dice Viktor, sorbiendo su copa—. Pero es la primera que te importa de verdad.

Me detengo.

—No me importa.

—¿No?

—No. Es business.

—Business que requiere que te cases personalmente con la chica en lugar de organizar un matrimonio por poderes.

—La presencia física es necesaria para...

—Business que te hace sonreír cuando ella te desafía en lugar de pegarle un tiro.

—Aprecio el espíritu combativo...

—Business que te hace hablar de conquistar su felicidad en lugar de doblegarla a tu voluntad y punto.

—Viktor.

—¿Sí, Pakhan?

—Estás caminando por una línea muy fina.

—Lo sé. —Termina la copa y deja el vaso—. Pero alguien tenía que decírtelo.

—¿Decirme qué?

—Que esta chica ya te ha cambiado, y la boda ni siquiera ha tenido lugar.

Antes de que pueda responder, Viktor se va, dejándome solo con mis pensamientos y el silencio de la villa.

Pero no es un silencio completo. Si presto atención, oigo el sonido del agua corriendo en el piso de arriba.

Selena dándose un baño. Probablemente intentando lavarse el trauma del día, la rabia, la sensación de haber sido traicionada por todos aquellos en los que confiaba.

Por un momento, solo un momento, siento algo que podría ser sentimiento de culpa.

Después me acuerdo de que le he salvado la vida. Que le estoy ofreciendo más poder del que la mayoría de las mujeres puede soñar jamás. Que la estoy protegiendo en un mundo que se la comería sin mí.

El sentimiento de culpa pasa.

Pero cuando apago las luces y subo a mi habitación, no consigo dejar de pensar en lo que ha dicho Viktor.

Quizá esta chica ya me ha cambiado.

Y quizá, solo quizá, eso no sea necesariamente malo.

—Mañana —le digo al techo oscuro de mi habitación— te convertirás en mi esposa, Selena De Luca. Y luego veremos quién

cambia a quién.

Pero incluso mientras lo digo, tengo la sensación de que la respuesta a esa pregunta podría no ser la que espero.

10 Selena



La suite que me han asignado es probablemente más grande que el apartamento entero donde crecí.

Tampoco tiene absolutamente nada que pueda usarse como arma o como vía de escape. Las ventanas son blindadas, la puerta tiene cerradura electrónica, y estoy segura de que hay cámaras escondidas en alguna parte vigilándome mientras camino de un lado para otro sobre la alfombra persa que probablemente vale más que el coche de papá.

Ex papá. Porque ese cabrón ya no es mi padre.

Los padres protegen a sus hijas. No las venden al mejor postor como si fueran ganado en el mercado.

—Veintiún años —murmuro al techo decorado con frescos que parecen representar ángeles en guerra—. Veintiún años de «eres mi princesa, haré lo que sea por protegerte, eres todo lo que me queda de tu madre». Y a la primera dificultad seria me tira a la basura como un saco de mierda.

Lo bonito es que me lo esperaba. En el fondo, lo sabía. Creciendo en una familia criminal aprendes pronto que las mujeres son trofeos o moneda de cambio. La abuela Lucia me lo había dicho mil veces: «Selena, cariño, en este mundo las mujeres solo sirven para tres cosas: tener hijos, mantener la boca cerrada, y ser vendidas cuando hace falta».

Pensaba que papá era distinto. Pensaba que me quería lo bastante como para mantenerme fuera de sus juegos de poder.

Vaya idiota ingenua que he sido.

Llaman a la puerta. Tres golpes secos, educados.

—Adelante —digo, aunque tampoco tengo elección. La puerta se abre igualmente.

Es papá. Cómo no. Porque este día de mierda no puede terminar sin otra dosis de hipocresía paterna.

—Selena, ¿podemos hablar?

—¿Hablar de qué? ¿De cómo me has vendido? ¿De cómo me has trocado para borrar tus deudas de juego? ¿De cómo me has destruido la vida para arreglar las cagadas que tú has hecho?

Entra en la habitación y cierra la puerta a su espalda. Parece haber envejecido diez años en las últimas dos horas. El pelo gris parece más gris, las arrugas alrededor de los ojos más profundas.

Bien. Espero que le dé un infarto.

—No tenía elección —dice, la voz cansada.

—¡Mentiras! —Mi voz se eleva lo bastante como para hacer temblar los cuadros de las paredes—. ¡Todo el mundo tiene siempre una elección! Tú elegiste apostar dinero que no tenías. Tú elegiste hacer negocios con los irlandeses. ¡Tú elegiste meterme en medio de tus problemas en lugar de afrontar las consecuencias de tus actos!

—Selena, por favor...

—¿Por favor qué? ¿Por favor entiéndelo? ¿Por favor perdóname? ¿Por favor finge que lo que has hecho es normal? —Río, y el sonido es cortante como cristal roto—. No hay nada que entender, papá. Me has vendido. Es así de simple.

—¡No te he vendido, te he salvado!

—¿SALVADO? —Ahora sí estoy gritando de verdad—. ¡Me has entregado a un desconocido! ¡A un criminal ruso que me va a tener prisionera el resto de mi vida!

—¡Es mejor que estar muerta!

—¿Estás seguro? Porque ahora mismo la muerte parece una opción bastante atractiva.

Papá se sienta pesadamente en uno de los sillones de terciopelo, la cara entre las manos.

—O'Rourke te habría matado después de casarse contigo —dice con la voz amortiguada—. Lo sabes tú también. No te quería como esposa. Te quería como venganza contra mí.

—¿Y Morozov me quiere como qué? ¿Como trofeo? ¿Como objeto decorativo para completar la decoración de la villa?

—Como protección.

—¿Protección de qué?

—De un mundo que te devoraría sin mí.

Dejo de caminar y lo miro. Lo miro de verdad.

—Estás loco —digo despacio—. Completamente, irremediablemente loco si crees que lo que has hecho es protección.

—¡Es la única protección que puedo darte!

—¿La única protección que puedes darme? ¡Tú me has puesto en peligro! Si no hubieras hecho deudas con los irlandeses, si no te hubieras jugado al azar el dinero de la familia, si no hubieras hecho negocios con personas que te habrían matado sin pestañear, ¡yo nunca habría necesitado protección!

Silencio. Largo y pesado.

—Tienes razón —dice al final.

—¿Qué?

—Tienes razón. Es culpa mía. Todo lo que te está pasando es culpa mía.

No me lo espero. La admisión directa. Sin excusas, sin justificaciones, sin «hice lo que tenía que hacer».

Solo la verdad cruda y simple.

Por un momento, muy breve, siento que el dolor sustituye a la rabia. Porque este es mi padre. El hombre que me enseñó a montar en bicicleta, que me llevaba el helado cuando tenía fiebre, que lloró en el funeral de mamá tanto como yo.

El hombre que acaba de destruirme la vida.

—Entonces arréglalo —susurro.

—¿Qué?

—Has dicho que es culpa tuya. Bien. Pues arréglalo. Encuentra otra manera. Habla con Morozov. Negocia otra cosa. Vende la casa,

vende todo lo que tienes, pero no me vendas a mí.

Papá levanta la cabeza y me mira con los ojos llenos de lágrimas que no vierte.

—No puedo.

—¿No puedes o no quieres?

—No puedo. Ya es demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué?

—La boda es mañana por la noche.

Las palabras me caen encima como una piedra.

—¿Mañana?

—Morozov quiere que todo sea oficial cuanto antes. Por protección.

—¿Mi protección o la suya?

—Las dos.

Mañana. Mañana por la noche me convertiré en la esposa de un hombre al que conozco desde hace menos de veinticuatro horas. Un hombre que me ha rescatado solo para poseerme. Un hombre que va a mantenerme prisionera en una villa de lujo durante el resto de mi vida.

—¿Y después? —pregunto, la voz estrangulada—. ¿Después de la boda? ¿Qué pasa?

—Vivirás aquí. Con él. Como su esposa.

—Como su propiedad.

—Como su reina.

—¿Reina de qué? ¿De un imperio construido sobre la sangre y la violencia?

—Es el único tipo de imperio que conoces, Selena. Es el mundo en el que has nacido.

—¡Pero no el mundo en el que quería quedarme!

—Nunca tuviste elección sobre el mundo en el que quedarte. Eres una De Luca. La sangre criminal te corre por las venas tanto como me corre a mí.

—¡La sangre no determina el destino!

—En este mundo sí.

Me dejo caer sobre la cama, de pronto agotada. Toda la rabia, toda la lucha, toda la resistencia se descargan de mi cuerpo como

aire de un globo pinchado.

—Te odio —digo, y las palabras salen más tristes que enfadadas.

—Lo sé.

—Te odiaré para siempre.

—También lo sé.

—No te perdonaré nunca. Ni a ti ni a él.

—Lo sé.

Papá se levanta del sillón y se acerca a la cama. Por un momento creo que quiere abrazarme, como hacía cuando era pequeña y tenía pesadillas.

Pero se detiene a unos pasos de distancia.

—Selena —dice, y su voz es la del hombre que un día me cantaba nanas—. Sé que lo que te estoy pidiendo es imposible. Pero intenta... intenta aceptar la situación.

—¿Aceptar haber sido vendida?

—Aceptar ser protegida.

—Por un hombre al que no conozco.

—Por un hombre que puede darte más poder del que jamás has soñado.

—No quiero el poder. Quiero la libertad.

—La libertad es un lujo que las mujeres como tú no pueden permitirse.

Las mujeres como tú. Como si ya me hubiera convertido en alguien como él. Como si la criminalidad estuviera en mi ADN y no hubiera manera de escapar de ella.

Quizá tiene razón. Quizá siempre estuve destinada a terminar así. Quizá la vida normal con la que soñaba era solo una ilusión que me he creado para no volverme loca.

—Vete —digo, sin mirarlo.

—Selena...

—¡VETE! —Grito, y esta vez hay tanta rabia en mi voz que papá da un paso atrás.

—Mañana a las ocho —dice, dirigiéndose hacia la puerta—. La ceremonia es a las ocho.

—¿Y si me niego a decir que sí?

Se detiene en el umbral.

—No te negarás.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Porque eres inteligente. Y las personas inteligentes saben cuándo han perdido.

La puerta se cierra a su espalda con un golpe seco.

Y yo me quedo sola en mi jaula dorada, mirando fijamente el techo y preguntándome cuándo exactamente mi vida se convirtió en un cuento de hadas escrito por un sociópata.

Mañana por la noche seré Selena Morozov.

Mañana por la noche perteneceré a un hombre que me asusta y me atrae a partes iguales.

Mañana por la noche mi vida como Selena De Luca terminará para siempre.

Y lo peor es que, en el fondo, sé que papá tiene razón.

Ya he perdido.

Pero si estoy destinada a ser la esposa de Konstantin Morozov, si estoy destinada a vivir en este mundo de violencia y poder, entonces me aseguraré de que él también pague un precio por poseerme.

Porque puede que haya ganado la guerra, pero las batallas diarias... esas las libraremos juntos.

Y yo no tengo intención de perderlas todas.



La reunión con Don Antonio terminó hace una hora, pero yo sigo en mi despacho mirando un vaso de vodka que no tengo intención de beber.

Debería estar satisfecho. Acabo de adquirir Little Italy sin pegar un solo tiro. He neutralizado una amenaza irlandesa. He cerrado un matrimonio que va a consolidar mi poder en la costa este.

En cambio, estoy inquieto como un adolescente antes de la primera cita.

Es ridículo. Soy Konstantin Morozov. El Ángel de la Muerte. Maté a mi primer hombre con dieciséis años y desde entonces he matado por lo menos a doscientos. He construido un imperio sobre el miedo y el respeto. Las mujeres se tirarían por la ventana por una noche conmigo.

Pero Selena De Luca me está volviendo loco, y ni siquiera me he casado todavía con ella.

Llaman a la puerta de mi despacho. Un golpe seco, profesional.

—Adelante.

Viktor entra con la expresión de quien está a punto de decir algo que no me va a gustar.

—¿Problemas? —pregunto.

—Depende de cómo definas «problemas».

—Suéltalo, Viktor.

—La chica está destrozando su habitación.

Me detengo con el vaso a medio camino de los labios.

—¿Qué quieres decir con «destrozando»?

—Quiero decir que ha lanzado todo lo que ha podido levantar contra las paredes. La mesilla, la lámpara, todos los libros, hasta los cojines del sofá.

No puedo evitar sonreír. Vaya carácter.

—¿Está herida?

—Físicamente no. Pero parece dispuesta a arrasar el ala este entera de la villa solo con la fuerza de voluntad.

—Perfecto. Significa que tiene carácter.

Viktor me mira como si me hubiera vuelto loco.

—Pakhan, esto no es un desafío divertido. Esto es una mujer que te odia con cada fibra de su ser y que mañana por la noche se va a convertir en tu esposa. ¿No ves el problema?

—Veo la oportunidad.

—¿Qué oportunidad?

Me levanto del escritorio y camino hacia la ventana que da al jardín. Fuera, mis hombres patrullan el perímetro con precisión militar. Todo bajo control. Todo según el plan.

Salvo ella.

—La oportunidad de transformar ese fuego en algo útil.

—¿Y si no se pudiera transformar?

—Todo se puede transformar, Viktor. Es solo cuestión de... técnicas apropiadas.

—¿Y cuáles serían esas técnicas apropiadas para domar a una italiana furiosa que preferiría verte muerto?

Buena pregunta. Las técnicas que uso para doblegar a los enemigos no van a funcionar con Selena. La tortura física queda descartada, no porque me haya vuelto un caballero de pronto, sino porque romperla del todo invalidaría todo el ejercicio.

No, Selena va a requerir algo más sutil. Más... estratégico.

—Paciencia —digo al final—. Firmeza cuando haga falta. Y la demostración gradual de que resistirse es más cansado que colaborar.

—Suena a adiestrar a un animal salvaje.

—No anda lejos de la verdad.

Viktor sacude la cabeza.

—Has perdido la cabeza, ¿lo sabes?

—He adquirido una esposa. Hay diferencia.

—Una esposa que quiere matarte.

—Una esposa que cree querer matarme. También ahí hay diferencia.

Antes de que Viktor pueda responder, oímos pasos en el pasillo. Pasos ligeros pero decididos. Selena viniendo hacia mi despacho.

Interesante. Esperaba que se atrincherara en su habitación el resto de la noche.

—¿Me voy? —pregunta Viktor.

—No. Quédate. Quiero ver qué tiene que decir.

Los pasos se detienen frente a la puerta de mi despacho. Pausa larga. Después tres golpes secos, idénticos a los de Viktor de hace unos minutos.

—Adelante —digo, intentando mantener la voz neutra.

La puerta se abre y Selena entra como una reina visitando a sus súbditos. Ha cambiado la ropa rasgada de antes por un vestido negro que Sergei debe de haber encontrado en alguna parte de la villa. Le queda perfectamente, abrazándole las curvas de maneras que deberían ser ilegales.

El pelo oscuro lo lleva recogido en una cola alta que le deja descubierto el cuello elegante. Lleva el maquillaje perfecto a pesar de todo lo que ha pasado.

Y los ojos verdes le arden con una rabia tan pura que podría fundir el acero.

Está magnífica.

—Konstantin —dice, y la forma en que pronuncia mi nombre suena a declaración de guerra.

—Selena. —Me apoyo en el escritorio, cruzando los brazos—. ¿Cómo encuentras tu habitación?

—Acogedora. He hecho algunos cambios en la decoración.

—Lo he oído. Espero que no te hayas hecho daño.

—Estoy completamente entera. Lista para lo que tengas que decirme.

—¿Qué tengo que decirte?

—Las normas. —Entra del todo en la habitación, cerrando la puerta a su espalda—. Imagino que habrá normas para ser la esposa de un jefe mafioso ruso. Pensé que era mejor conocerlas antes de la boda que descubrirlas después.

Inteligente. Muy inteligente. En lugar de seguir montando escenas inútiles, está intentando entender el juego para poder jugarlo mejor.

—Las normas son sencillas —digo—. Obedeces. No haces preguntas. No intentas escapar. Eres una esposa respetuosa en público.

—¿Y en privado?

—En privado, intentas no cabrearme demasiado.

—¿Y si fallara en ese intento?

—Entonces aprenderías rápidamente a no fallar más.

Selena sonríe, pero no hay calor en esa sonrisa. Es todo dientes y promesas de violencia.

—Qué romántico. ¿Y mis normas?

—¿Tus normas?

—Sí. Las normas que tendrás que seguir tú para ser mi marido.

Viktor hace un sonido que podría ser una risa contenida. Lo ignoro.

—Yo no sigo normas, princesa. Yo las hago.

—Ah. —Selena se acerca a mi escritorio, los dedos deslizándose por el borde de caoba lustrada—. Y yo que pensaba que el matrimonio era un acuerdo entre iguales.

—El matrimonio es un contrato. Yo aporto protección y lujo. Tú aportas obediencia y... otros servicios.

—¿Otros servicios? —Sus ojos destellan peligrosamente—. ¿Qué tipo de otros servicios?

Su voz es seda pura, pero hay acero debajo. Está intentando provocarme, hacerme decir algo que pueda usar contra mí.

En cambio, me aparto del escritorio y le doy la vuelta despacio, como un depredador que estudia a su presa.

—Los servicios que una esposa le presta a su marido —digo, deteniéndome detrás de su silla—. En mi cama. Cuando lo decida yo. Como lo decida yo.

La veo tensarse, pero no se gira. No me da la satisfacción de ver su reacción.

—¿Y si yo no fuera... colaboradora... en esas áreas?

—Entonces te enseñaría a serlo.

—¿Cómo?

Me inclino hacia ella, lo bastante cerca para oler su pelo. Vainilla y algo que podría ser rabia pura.

—Por todos los medios necesarios.

Y entonces se gira. Tan rápido que casi me golpea con el respaldo de la silla.

—Escúchame bien, Konstantin Morozov —dice, levantándose y apuntándome con un dedo al pecho—. Puedes obligarme a casarme. Puedes tenerme prisionera en esta villa. Puedes incluso forzarme a fingir que soy una esposa obediente delante de tus amigos criminales.

Hace una pausa, los ojos ardiendo como dos trozos de jade incandescente.

—Pero si crees que voy a ser una muñequita dócil que dice que sí a todo lo que tú quieras, te equivocas de cabo a rabo. Pero a lo grande.

—¿Es una amenaza?

—Es una promesa.

Por un momento, nos miramos a los ojos en silencio. Es una batalla de voluntad pura, y ninguno de los dos tiene intención de ceder.

Es ahí cuando me fijo en algo que no había visto antes. Selena no me está mirando a los ojos. Me está mirando el cuello, donde el cuello de la camisa deja entrever el borde de uno de mis tatuajes.

Su mirada se desliza hacia la muñeca izquierda, donde la manga se ha levantado lo suficiente para mostrar parte de la cruz ortodoxa con las armas cruzadas que me hice tatuar cuando maté a mi primer irlandés.

Tiene curiosidad. Está intentando entender quién soy de verdad a través de los signos de mi piel.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunto, desabrochándome el puño y subiéndome la manga.

Sus ojos se abren cuando ve el tatuaje completo. La cruz ortodoxa negra con dos pistolas cruzadas debajo y las palabras en cirílico que significan «muerte a los enemigos».

—¿Qué significa? —pregunta, y por primera vez su voz ha perdido ese tono de desafío constante.

—Significa que he matado por la Bratva.

—¿Cuántas veces?

—Las suficientes para merecer el tatuaje.

Selena traga, pero no aparta la mirada.

—¿Y los demás? ¿Cuántos otros tatuajes tienes?

—¿Quieres verlos?

—Quiero entender con qué tipo de monstruo voy a casarme.

Monstruo. Es una descripción exacta.

Empiezo a desabrocharme la camisa, despacio, sin apartarle los ojos de encima en ningún momento. Ella no retrocede. No aparta la mirada. Se queda ahí, mirándome mientras me desnudo el torso.

Cuando la camisa cae al suelo, oigo a Viktor hacer un ruido de desaprobación y salir de la habitación. Sabio. Esta no es la clase de conversación que necesite testigos.

Selena examina cada centímetro de mi pecho y de mis brazos. Las estrellas en los hombros, que indican mi rango. Las cúpulas de iglesia en el brazo derecho —una por cada año pasado en prisión de joven—. La calavera sobre el corazón, que significa que no muestro piedad con los enemigos.

Y las cicatrices. Tantas cicatrices que he perdido la cuenta.

—Madre del amor hermoso —susurra.

—Esto es lo que soy, Selena —digo, la voz más seria de lo que ha estado nunca—. No soy un buen chico que juega a ser criminal. Soy un asesino que ha construido un imperio sobre la sangre. Si te casas conmigo, pasas a formar parte de este mundo para siempre.

—¿Y si no quisiera formar parte de este mundo?

—Entonces tendrías que haberlo pensado antes de nacer en una familia criminal.

La veo cerrar los puños, la mandíbula tensa.

—No soy tu propiedad —dice, pero a la voz le falta la convicción de antes.

—Lo eres —respondo, volviéndome a poner la camisa—. Desde el momento en que tu padre aceptó mi ayuda, te convertiste en mía. La boda solo es para hacerlo oficial.

—¿Y si me escapara?

—No te escaparías.

—¿Por qué? ¿Porque tienes guardias por todas partes?

—Porque no tienes a dónde ir.

Es la verdad y los dos lo sabemos. El mundo de ahí fuera se la comería viva. O'Rourke la mataría. Su padre ya la ha vendido. No tiene amigos lo bastante poderosos para protegerla.

Yo soy su única opción.

—Te odio —dice, pero ya no hay fuego en las palabras. Solo cansancio.

—Lo sé.

—Te odiaré siempre.

—Quizá. O quizá aprendas a apreciar las ventajas de ser la esposa del hombre más poderoso de la costa este.

—¿Qué ventajas?

Me acerco otra vez, lo bastante para ver las pequeñas motas doradas en sus ojos verdes.

—Poder, Selena. Más poder del que una mujer en tu mundo pueda soñar nunca. Respeto. Miedo por parte de tus enemigos. La capacidad de destruir a cualquiera que se atreva a hacerte daño.

Veo el momento en el que las palabras le calan. El momento en el que se da cuenta de que quizá ser la esposa de un monstruo tiene sus ventajas.

—¿Y todo lo que tengo que hacer es obedecer?

—Y compartir mi cama.

—Como una puta.

—Como mi esposa.

—¿Cuál es la diferencia?

—A las putas se les paga y se las despide. Las esposas se quedan y comparten el imperio.

Selena me estudia un buen rato, como si intentara averiguar si miento.

—¿Y si decidiera compartirlo de verdad? ¿Si decidiera convertirme en la reina de tu imperio criminal en lugar de resistirme?

—Entonces —digo, sonriendo por primera vez desde que ha entrado en la habitación— nos convertiríamos en la pareja más peligrosa de América.

—¿Peligrosa cómo?

—Como Bonnie y Clyde. Pero con más estilo y menos posibilidades de morir jóvenes.

Por un momento, veo algo en sus ojos que podría ser interés genuino. Quizá hasta excitación.

Después la máscara de hielo vuelve a caer.

—Ya veremos —dice, dirigiéndose hacia la puerta—. Mañana me casaré con Konstantin Morozov. Pero en quién me convierta después... eso lo decidiré yo.

Se detiene en el umbral, sin volverse.

—¿Y, Konstantin? Te enseñaré a obedecer, maridito.

La puerta se cierra a su espalda con un sonido final, y yo me quedo solo en mi despacho sonriendo como un idiota.

Porque por primera vez en mi vida tengo la sensación de haberme cruzado con alguien que podría ser un compañero de verdad.

O mi ruina total.

Probablemente las dos cosas.

12 Selena



Me despierto a las seis de la mañana del día de mi boda con la sensación de que alguien me ha pasado por encima del alma con un camión.

Por un momento, un momento maravilloso e ilusorio, pienso que todo ha sido una pesadilla. Que me voy a despertar en mi habitación de siempre, que papá llamará a la puerta para decirme que el desayuno está listo, que Konstantin Morozov solo es producto de demasiadas pelis de gánsteres vistas por la noche.

Después veo las rejas en las ventanas y lo recuerdo todo.

Hoy me convierto en Selena Morozov. Hoy mi vida como persona libre se acaba oficialmente.

Perfecto. Justo como había soñado pasar el día de mi boda.

Llaman a la puerta antes de que pueda decidir si vale la pena levantarme o si es mejor quedarme en la cama mirando al techo hasta el fin de los tiempos.

—Adelante —murmuro, esperando que sea Sergei con la última comida antes de la ejecución.

En cambio, entra una mujer que parece sacada directamente de una película sobre bodas de lujo, si las bodas de lujo las organizaran criminales con demasiado dinero y demasiado poco buen gusto.

Es alta, rubia, vestida con un traje que probablemente cuesta más que el coche de papá, y sonríe con ese tipo de sonrisa que dice «voy a hacer que este día sea especial aunque tenga que matar a alguien para conseguirlo».

—¡Buenos días, querida! —dice con un entusiasmo que debería ser ilegal antes de las nueve de la mañana—. Soy Natasha, tu wedding planner.

Wedding planner. Por supuesto. Porque incluso los matrimonios forzados necesitan coordinación profesional.

—Qué alegría —murmuro, tirándome la almohada por encima de la cabeza—. No veo el momento de discutir los detalles de mi prisión matrimonial.

Natasha se ríe, pero es ese tipo de risa que pone cuando los clientes difíciles dicen cosas que ella considera monas.

—Ay, querida, ¡entiendo que estés nerviosa! Es perfectamente normal. Todas las novias tienen los nervios a flor de piel el día de su boda.

«Nerviosa» no es exactamente la palabra que usaría. «Aterrorizada», «atrapada» y «al borde de un ataque de nervios» serían más exactas.

—Pero no te preocupes —prosigue Natasha, abriendo lo que parece un maletín lleno de muestras de tela y carpetas de colores—. Voy a hacer que este día sea absolutamente perfecto para ti.

—Perfecto. —Río, pero el sonido sale más amargo que divertido —. Sí, no hay nada más perfecto que una boda forzada con un jefe mafioso ruso al que conozco desde hace menos de cuarenta y ocho horas.

—Ay, querida —dice Natasha, y su tono se vuelve más dulce, más profesional—. Sé que las bodas... concertadas... pueden ser estresantes. Pero confía en mí: he organizado bodas para muchas familias importantes. Sé cómo hacer que todo quede precioso.

Bodas concertadas. Qué manera tan delicada de decir «venta de mujeres en el mercado negro».

—¿Cuántas bodas concertadas has organizado? —pregunto, sentándome en la cama y mirándola con curiosidad genuina.

—¡Oh, muchas! Familias italianas, rusas, alguna familia irlandesa antes de... bueno, antes de los últimos acontecimientos. —Esboza una pequeña sonrisa que podría ser de bochorno—. El secreto es recordar que aunque el matrimonio empiece como business, puede convertirse en amor de verdad.

—¿Y cuántos de esos matrimonios business se han convertido efectivamente en amor de verdad?

Natasha duda un instante. Solo un instante, pero el suficiente para hacerme entender que la respuesta es «menos de los que querría admitir».

—Bueno —dice al final—, el amor de verdad requiere tiempo. Y compromiso por las dos partes.

—¿Y si una de las partes prefiere tirarse por una ventana en lugar de comprometerse?

—Entonces nos aseguramos de que las ventanas estén bien cerradas —dice Natasha con una sonrisa que podría parecer inocente si no supiera en qué tipo de familia me estoy metiendo.

Me levanto de la cama y camino hacia la ventana blindada, mirando los jardines bien cuidados donde los hombres de Konstantin patrullan como soldaditos decorativos.

—Dime, Natasha —digo sin volverme—, ¿cuál es el porcentaje de novias que intentan escapar durante tus bodas concertadas?

—¡Oh, querida, eso no ha pasado nunca! —dice, pero hay algo en su voz que me dice que no está siendo del todo sincera—. Las novias siempre acaban entendiendo que es por su bien.

—¿Entendiendo o rindiéndose?

—Es lo mismo, ¿no?

Su honestidad brutal me deja sin aire. Porque tiene razón. En este mundo, entender y rendirse son efectivamente lo mismo.

—Bueno —digo, volviéndome hacia ella con la sonrisa más sarcástica que consigo poner—, cuéntame mi boda de ensueño. ¿Qué has planeado para el día más especial de mi vida?

Natasha se ilumina como un árbol de Navidad, abriendo sus carpetas con el entusiasmo de quien por fin puede hacer su trabajo.

—¡Ay, va a ser magnífico! El Pakhan ha dado carta blanca para todo. Ceremonia ortodoxa en el jardín al atardecer, decoración

blanca y roja, cena para cincuenta invitados de las familias más importantes...

—Espera —la interrumpo—. ¿Cincuenta invitados? ¿Quiénes son esos invitados? Yo no conozco a nadie.

—Ay, querida, no son tus invitados. Son los testigos. Representantes de todas las familias criminales importantes de la costa este. Es muy importante que todos vean la unión, ¿entiendes?

Por supuesto. No soy un ser humano que se casa. Soy un sello sobre un contrato comercial que tiene que atestiguarse públicamente.

—¿Y mi familia? ¿Mis amigos?

—Tu padre estará, naturalmente. En cuanto a los amigos... —Natasha consulta sus papeles—. El Pakhan ha dicho que los invitados tienen que ser aprobados personalmente por él por motivos de seguridad.

Seguridad. Claro. No se fía de que mis amigos no intenten ayudarme a escapar. Lo cual sería exacto, si mis amigos tuvieran los medios para desafiar a la Bratva rusa.

—¿Y mi amiga Chiara?

—No aprobada.

—¿Por qué?

—Civil. Sin vínculos con familias criminales. Riesgo de seguridad.

Fantástico. Así que me voy a casar rodeada de cincuenta criminales que no conozco y la única persona del mundo en la que confío ni siquiera puede estar presente.

—Esto cada vez va mejor —murmuro.

—¡Pero espera a ver el vestido! —dice Natasha, ignorando por completo mi sarcasmo—. Es absolutamente divino. Vintage años veinte, seda pura, cuentas de Swarovski...

—¿Años veinte? —La interrumpo otra vez—. ¿Por qué años veinte?

—El Pakhan lo ha pedido específicamente. Dice que te gusta el estilo Gatsby.

Yo nunca le he dicho a nadie que me gusta el estilo Gatsby. Pero ahora que lo pienso, durante nuestra conversación de anoche mencioné algo sobre Bonnie y Clyde...

Madre mía. El hombre ha prestado atención a un comentario casual y ha basado en eso el tema entero de la boda.

No sé si estar impresionada o aterrada por el nivel de atención al detalle.

—¿Y si yo no quisiera un vestido vintage de los años veinte?

—Ay, querida —dice Natasha con una sonrisa paciente—, estoy segura de que cuando lo veas, te enamorarás. Es realmente espectacular.

Como si mis preferencias contaran algo. El vestido ya se ha elegido, los invitados se han seleccionado, la ceremonia se ha planeado. Yo solo soy el accesorio que tiene que presentarse a la hora.

—Bien —digo, sentándome en el sillón y cruzando los brazos—. Enséñame ese vestido espectacular.

Natasha aplaude como una niña excitada y va hacia la puerta.

—¡Chicas! —llama—. ¡Traedlo todo!

Lo que sigue es una invasión de estilistas, peluqueros, maquilladores y diversas asistentas que transforman mi habitación en un salón de belleza improvisado. Todos hablan en ruso mezclado con inglés, todos me tratan como a una muñeca a la que hay que vestir y decorar.

El vestido es... vale, lo tengo que admitir, es espectacular.

Seda blanca pura que cae como agua, cuentas que atrapan la luz, un corte que abraza las curvas sin ser vulgar. Es exactamente el tipo de vestido con el que toda chica sueña para su boda.

Lástima que la boda sea una pesadilla.

—Es precioso —digo con sinceridad, porque el vestido no tiene la culpa de nada.

—¿Verdad? —Natasha está en el séptimo cielo—. Y espera a ver los accesorios. Joyas de época, zapatos de diseño, todo perfectamente coordinado.

Me hacen probar el vestido y, naturalmente, me queda perfecto. Konstantin debe de haber facilitado mis medidas exactas, lo que significa que ha mirado mi cuerpo muy atentamente cuando me cargó al coche.

Inquietante y... vagamente halagador a la vez.

El peluquero —un ruso de mediana edad con manos increíblemente delicadas— empieza a trabajar en mi pelo mientras la maquilladora prepara sus utensilios.

—Ondas suaves —dice el peluquero en inglés con acento muy marcado—. Vintage pero moderno. Perfecto para cara de princesa.

Princesa. Otra vez esa palabra. Es como si todos en este mundo estuvieran de acuerdo en que soy una princesa y que, por tanto, debería estar agradecida de que alguien quiera casarse conmigo.

—Dime, Yuki —le digo a la maquilladora japonesa que me está aplicando primer en la piel—, ¿a cuántas novias has maquillado para bodas concertadas?

—Muchas —dice sin más—. Pero tú primera no llorar.

—¿Primera no llorar?

—Sí. Normalmente novias lloran mucho. Maquillaje difícil con lágrimas.

—¿Y por qué crees que no estoy llorando?

Yuki se detiene un momento, mirándome a los ojos en el espejo.

—Tú fuerte. O en shock. No decidir aún cuál.

Probablemente las dos cosas. Soy lo bastante fuerte para no ceder, pero estoy lo bastante en shock como para no darme cuenta del todo de lo que está pasando.

Las horas pasan en un torbellino de preparativos. Cada detalle se cuida hasta lo maniaco. El maquillaje queda perfecto pero no cargado. El pelo es una cascada de ondas perfectas. El vestido se adapta como si me lo hubieran cosido encima.

Cuando todo termina, me miro en el espejo y casi no me reconozco.

La chica del reflejo parece una novia de verdad. Elegante, hermosa, serena. Parece alguien que ha elegido casarse por amor, no alguien que ha sido vendida para borrar una deuda.

Es una ilusión perfecta.

—Ay, querida —susurra Natasha, con las lágrimas en los ojos—. Estás absolutamente radiante.

—Gracias —digo, y mi voz suena rara, como si perteneciera a otra persona.

En ese momento llaman a la puerta. Tres golpes secos, familiares.

—¿Está lista? —pregunta la voz de Konstantin desde el otro lado de la puerta.

—¡Un momento! —dice Natasha, ajustándole un último pliegue al vestido—. ¿Lista, querida?

No. Nunca voy a estar lista para esto.

—Lista —digo de todos modos.

La puerta se abre y entra Konstantin.

Se detiene en seco cuando me ve, y durante un largo momento ninguno dice nada.

Va vestido con un esmoquin negro perfecto, el pelo oscuro peinado hacia atrás, la barba arreglada a la perfección. Parece un príncipe oscuro salido de un cuento de hadas para adultos.

Y la forma en que me mira... como si viera algo que no se esperaba. Algo que le ha golpeado más fuerte de lo que pensaba.

—Mierda —susurra, tan bajo que solo lo oigo yo.

—¿Problemas con la novia? —pregunto, intentando mantener un tono ligero.

—Al contrario —dice, acercándose despacio—. Eres más hermosa de lo que imaginaba.

No es lo que esperaba oír. Esperaba satisfacción, posesión, quizá aprobación profesional.

No esperaba esa voz ronca, casi vulnerable.

—Gracias —digo, porque es la educación básica, incluso cuando se es prisionera.

—¿Estás lista? —pregunta, ofreciéndome el brazo.

—¿Para qué? ¿Para el final de mi vida tal como la conozco?

—Para el inicio de tu nueva vida.

—Es lo mismo.

—No —dice, y hay algo en sus ojos que no consigo interpretar—. No lo es.

Le cojo el brazo porque no tengo elección, y salimos de la habitación juntos.

Mientras caminamos hacia el jardín donde nos espera el sacerdote, tengo un último pensamiento desesperado.

Quizá, si corro lo suficientemente rápido, si los pillo a todos por sorpresa, si consigo llegar a las verjas...

Pero después miro a Konstantin —mi futuro marido— y veo algo en lo que no me había fijado antes.

No parece un hombre que acaba de ganar un trofeo.

Parece un hombre que acaba de darse cuenta de que ha asumido un compromiso mucho mayor del que pensaba.

Y eso, extrañamente, me da un poco de esperanza.

Quizá esta guerra tenga más de un ganador.

13 Konstantin



El jardín de mi villa se ha transformado en un set cinematográfico de presupuesto ilimitado.

Rosas blancas y rojas por todas partes, velas que crean una atmósfera de ensueño en el crepúsculo, una alfombra persa que va desde la villa hasta el altar improvisado bajo el roble más antiguo de la propiedad.

Cincuenta de los criminales más poderosos de la costa este están sentados en sillas doradas como si estuvieran en el estreno de una ópera. Jefes italianos, capos de la Bratva, algún irlandés superviviente para demostrar que no guardo rencor. Todos vestidos con sus mejores trajes, todos fingiendo que esto es una boda normal en lugar del sello sobre un acuerdo comercial bañado en sangre.

Padre Dmitri está delante del altar improvisado, sus vestiduras ortodoxas negras ondeando en la brisa de la tarde. Ya ha bendecido los vinos y preparado las coronas rituales: oro de verdad, naturalmente, porque cuando se trata de impresionar a los enemigos, no se repara en gastos.

Es todo perfecto. Todo según el plan.

Entonces, ¿por qué tengo las manos sudando como un adolescente en su primera cita?

—¿Nervioso, Pakhan? —susurra Viktor a mi lado, elegante en su esmoquin de testigo.

—Yo nunca estoy nervioso.

—Por supuesto que no. Por eso has mirado el reloj seis veces en los últimos dos minutos.

Cuando la he visto en su habitación hace media hora, vestida de novia por primera vez, he sentido algo desplazarse en mi pecho. Algo que aún no consigo definir.

Viktor tiene razón, y eso me irrita. Soy Konstantin Morozov. He afrontado guerras territoriales, traiciones, intentos de asesinato. Una boda de conveniencia no debería hacerme latir el corazón como a un crío.

Pero entonces empieza la música. Esa melodía ortodoxa tradicional que sabe a incienso y promesas antiguas. Y todo cambia.

Selena aparece en lo alto de las escaleras de la villa, y el mundo se detiene.

El vestido se le adapta como si se lo hubieran pintado directamente sobre la piel. El pelo oscuro le cae en ondas perfectas sobre los hombros desnudos. El maquillaje realza cada detalle de su cara sin esconder la fuerza que arde en sus ojos verdes.

Es más hermosa de lo que había imaginado. Más de lo que es físicamente posible para un ser humano.

Y camina hacia mí con la elegancia de una reina que se dirige al patíbulo. Orgullosa, recta, sin miedo.

Madre del amor hermoso. ¿Qué he hecho?

—Mierda —susurro, esperando que Viktor no lo oiga.

—¿Problemas, Pakhan?

—Mírala.

—La estoy mirando. Está magnífica.

—Está demasiado magnífica.

—¿En qué sentido «demasiado magnífica»?

No puedo explicárselo. No puedo decirle que ver a Selena caminando hacia mí con el vestido de novia me está haciendo darme cuenta de que esto no es solo business. No puede ser solo business cuando la mujer con la que te estás casando parece la personificación de cada fantasía prohibida que has tenido en tu vida.

Ella llega al altar y, durante un momento, nos miramos a los ojos en silencio. Los suyos están llenos de un desafío silencioso, como si me estuviera diciendo: «Has ganado esta batalla, pero la guerra aún no ha terminado.»

Los míos, probablemente, revelan más de lo que querría.

—Bonita noche para una boda —susurro cuando se coloca a mi lado.

—Bonita noche para un funeral —replica en voz baja, sonriendo para los invitados.

—¿El tuyo o el mío?

—Ya lo descubriremos.

Padre Dmitri inicia la ceremonia en ruso antiguo, su voz resonando en el jardín como un encantamiento. La mayoría de los invitados no entiende ni una palabra, pero saben que están presenciando algo importante.

—Konstantin Morozov —dice el cura en ruso—, ¿aceptas a esta mujer como esposa, en la alegría y el dolor, en la riqueza y la pobreza, en la salud y la enfermedad, hasta que la muerte os separe?

Es una pregunta formal. La respuesta es obvia.

—Acepto —digo, mirando a los ojos verdes de Selena.

—Selena De Luca —prosigue padre Dmitri—, ¿aceptas a este hombre como esposo, en la alegría y el dolor, en la riqueza y la pobreza, en la salud y la enfermedad, hasta que la muerte os separe?

Hay una pausa. Lo bastante larga para hacerme sudar frío.

Selena me mira y, durante un segundo, creo que va a decir que no. Creo que va a arruinarlo todo delante de cincuenta testigos criminales, transformando mi momento de triunfo en una catástrofe política.

En cambio, sonríe. Esa sonrisa que he aprendido a conocer. La que promete problemas.

—Acepto —dice, y su voz es nítida como el cristal.

Los aplausos son educados pero genuinos. Algún jefe italiano parece sinceramente conmovido. Probablemente se acuerdan de sus matrimonios concertados.

Padre Dmitri coge las coronas de oro de la mesa del altar. Coronas de verdad, pesadas, con rubíes engarzados que atrapan la luz de las velas.

—Estas coronas —dice en inglés para los invitados no rusos— simbolizan la realeza de los esposos en su reino doméstico. Como Cristo es rey de la Iglesia, así el marido es rey de la familia. Como la Iglesia se somete a Cristo, así la mujer se somete al marido.

Noto a Selena tensarse a mi lado. Por supuesto. Una feminista moderna escuchando hablar de sumisión conyugal en una ceremonia ortodoxa tradicional.

Me inclino hacia su oído mientras padre Dmitri me coloca la corona en la cabeza.

—Tranquila, princesa —susurro—. Todo es para el espectáculo.

—¿En serio? —replica en voz baja cuando le colocan la corona—. Y yo que pensaba que eras un tradicionalista.

—Soy pragmático. Las reinas sumisas son útiles. Las reinas rebeldes son interesantes.

—¿Y cuál prefieres?

—Aún no lo he decidido.

Padre Dmitri nos une las manos con una cinta de seda blanca, símbolo de nuestra unión. Las manos de Selena son más pequeñas que las mías, más delicadas, pero noto la fuerza en sus dedos.

—Ahora compartiréis el vino sagrado —anuncia el cura, tendiéndonos un cáliz de plata antiguo.

Bebo yo primero, después le paso el cáliz a Selena. Nuestros dedos se rozan cuando lo coge, y siento una descarga eléctrica que no tiene nada que ver con los simbolismos religiosos.

Ella bebe manteniendo el contacto visual y, por un momento, olvido que hay cincuenta personas mirándonos.

—Y ahora —dice padre Dmitri con una sonrisa que conoce todos mis pecados y los ha perdonado a cambio de una donación generosa —, la danza de la eternidad.

Tradicionalmente, los esposos deberían caminar tres veces alrededor del altar mientras el coro canta himnos sagrados. Pero no tengo coro, y caminar en círculo me parece ridículo.

En cambio, cojo la mano libre de Selena y la conduzco en lo que podría llamarse un baile muy lento y muy formal.

—¿Sabes bailar? —susurro mientras nos movemos al ritmo de la música sagrada.

—Sé hacer muchas cosas que no te esperas.

—¿Como qué?

—Como sobrevivir a cualquier cosa que hayas planeado para mí.

Es una promesa y una amenaza al mismo tiempo. Y el hecho de que me la esté haciendo mientras bailamos en nuestra boda, delante de un público de criminales, la hace infinitamente más fascinante.

La música se detiene, y padre Dmitri nos retira las coronas y desata la cinta que une nuestras manos.

—Por el poder que me ha sido conferido por la Iglesia Ortodoxa Rusa —anuncia—, os declaro marido y mujer.

Hace una pausa teatral, sonriendo.

—Puedes besar a la novia.

Es el momento que he estado esperando. El sello oficial sobre nuestro contrato matrimonial. La demostración pública de que Selena De Luca ahora me pertenece.

Me acerco a ella, una mano se posa en su cintura, la otra le acaricia la mejilla.

—¿Lista para tu primer beso como mujer casada? —susurro.

—Lista para tu último momento de control total —replica.

Y entonces la beso.

No es el beso casto y formal que cabría esperar en una ceremonia pública. Es posesivo, dominante, una marca de propiedad que les dice a todos los presentes que esta mujer es mía.

Pero Selena no se somete pasivamente. Me devuelve el beso con la misma intensidad, las manos aferradas a mi chaqueta como si me estuviera reclamando tanto como yo a ella.

Cuando nos separamos, los dos respiramos más pesadamente de lo que deberíamos.

Los aplausos estallan a nuestro alrededor, pero yo solo consigo oír el latido de mi corazón y la respiración de mi esposa.

Mi esposa.

Selena Morozov.

—¡Felicidades, Pakhan! —grita alguien entre la multitud.

—¡Hermosa novia! —añade otro.

Viktor se acerca con dos copas de champán, sonriendo con genuina satisfacción.

—Por la pareja feliz —dice, alzando su copa.

—Feliz —repite Selena, aceptando el champán—. Es exactamente la palabra que usaría yo.

Pero hay algo en sus ojos que antes no estaba. Algo que podría ser respeto. O quizá solo resignación al hecho de que ahora estamos atados para siempre.

—¡Señoras y señores! —anuncio, alzando mi copa hacia los invitados—. Gracias por presenciar la unión de la familia Morozov con la familia De Luca. Que esta boda traiga prosperidad a todos nuestros negocios.

—¡Salud! —gritan los invitados, bebiendo.

—¡Y paz entre nuestras familias! —añade Don Salvatore, uno de los jefes italianos más mayores.

Paz. Como si no fuera precisamente lo que siempre he querido: consolidar el poder a través de alianzas estratégicas en lugar de a través de guerras sangrientas.

—Paz —concuerdo, bebiendo.

Mientras la fiesta empieza y los invitados se dirigen a las mesas preparadas en la terraza, Selena se acerca a mi oído.

—Bueno, marido —susurra, y la palabra suena como una promesa peligrosa—, ¿cuáles son los planes para la noche de bodas?

La pregunta me golpea más fuerte de lo que debería.

Porque, por toda la planificación de esta boda, por toda la estrategia y la organización, nunca he pensado realmente en lo que pasaría después.

Nunca he pensado en el hecho de que Selena se va a convertir de verdad en mi esposa. Que va a compartir mi habitación. Que cada noche tendré acceso a ese cuerpo magnífico envuelto en seda blanca.

Y, sobre todo, nunca he pensado en el hecho de que después de besarla delante del altar, desearla podría no ser solo una cuestión de conveniencia física.

—Los planes —digo, la voz más ronca de lo que querría— ya los descubrirás.

—No veo el momento —dice, y en su sonrisa está todo el peligro que siempre sospeché que se escondía detrás de esos ojos verdes.

Mientras la conduzco hacia la terraza para la cena del banquete, tengo la sensación de que la verdadera boda —la verdadera batalla por el poder entre nosotros— acaba de empezar.

Y por primera vez en mi vida, no estoy completamente seguro de quién va a ganar.

14 Selena



Si hay algo peor que un matrimonio forzado es la fiesta que viene después.

Cincuenta criminales fingiendo celebrar la boda más romántica del año cuando en realidad están festejando el cierre de un negocio comercial muy lucrativo. Es como ver a actores recitando una comedia cuando tú eres la única que sabe que en realidad es una tragedia.

—Felicidades, Mrs. Morozov —dice un anciano con más cicatrices que dientes, estrechándome la mano con una presa que podría romper huesos—. Es un honor tener a una italiana tan hermosa en la familia rusa.

—Gracias —respondo con la sonrisa que he perfeccionado en los últimos dos días: lo bastante genuina para parecer educada, lo bastante vacía para no prometer nada—. Es un honor... estar aquí.

Estar aquí. Como si hubiera tenido elección.

—Mikhail Petrov —se presenta el hombre—. Jefe de Boston. Conozco a tu padre desde hace muchos años.

—Qué bien —digo, y luego añado porque no puedo contenerme —, espero que hayáis hecho buenos negocios juntos.

Mikhail estalla en carcajadas, como si hubiera hecho la broma más ingeniosa del año en lugar de un comentario sarcástico sobre los tráficos criminales que han llevado a mi venta.

—Tiene chispa, esta —dice dirigiéndose a Konstantin, que ha aparecido a mi lado como una sombra elegante—. Te mantendrá en vilo.

—Estoy seguro —responde Konstantin, y su mano se posa en mi espalda con un gesto que parece protector pero que yo siento más como posesivo.

Mikhail se aleja y es sustituido inmediatamente por una mujer elegante de unos cuarenta años con suficientes diamantes para iluminar una ciudad entera y una sonrisa que promete muerte si dices algo equivocado.

—Querida Selena —dice con un acento ruso menos marcado que los demás—. Soy Elena Volkov. Esposa de Dmitri Volkov, de Filadelfia.

Ah. Una mujer de jefe. Una de esas mujeres que han aprendido a navegar este mundo sin perder la cabeza. Literalmente.

—Encantada de conocerte, Elena.

—El placer es mío. —Elena me estudia con ojos que ven demasiado—. ¿Es tu primera boda?

Pregunta extraña. Como si muchas mujeres en este ambiente tuvieran matrimonios múltiples.

—Sí —respondo.

—La primera boda siempre es... un ajuste. Pero se aprende rápido.

—¿A aprender qué?

—A sobrevivir. A prosperar. A transformar lo que parece una desventaja en tu punto fuerte.

Me mira directamente a los ojos cuando lo dice, y comprendo que no está hablando en general. Está hablando de su experiencia.

—¿Y si no quisiera transformar nada? ¿Si solo quisiera ser... normal?

Elena ríe, pero no es un sonido cruel. Es comprensivo.

—Querida, te has casado con Konstantin Morozov. Lo normal salió por la ventana en el momento en que dijiste que sí.

—No tuve mucha elección al decir que sí.

—Ninguna de nosotras tuvo nunca elección al decir que sí —dice Elena, y su voz se vuelve más amable—. Pero siempre tenemos

elección sobre lo que hacemos después.

Antes de que pueda responder, Elena es arrastrada por su marido, un hombre que parece estar hecho enteramente de músculos y mal humor.

La velada continúa de esta manera. Un circo de felicitaciones que saben más a condolencias, de buenos deseos que parecen más bien advertencias, de sonrisas que esconden cálculos políticos.

—Bonita ceremonia —comenta una mujer de unos cincuenta con una voz que ha fumado demasiados cigarrillos y visto demasiada violencia—. Mi marido dice que Konstantin ha hecho un excelente negocio.

Negocio. Naturalmente.

—Gracias —digo otra vez, porque parece ser la única respuesta segura en esta conversación surrealista.

—La primera noche siempre es difícil —prosigue la mujer, como si fuera la cosa más normal del mundo discutir la vida sexual de unos desconocidos en una fiesta de boda—. Pero los rusos son... vigorosos.

Y aquí estamos. El momento en el que estaba esperando que alguien lo mencionara.

La primera noche.

El momento en el que Konstantin esperará que cumpla con mis deberes conyugales. El momento en el que esta farsa de boda se volverá horriblemente real.

—No veo el momento —digo, y el sarcasmo es tan denso que podrías cortarlo con un cuchillo.

Pero la mujer lo interpreta como entusiasmo genuino y sonríe con aprobación.

—Buena chica. La actitud correcta marca toda la diferencia.

La actitud correcta. Como si todo dependiera de lo colaboradora que sea en lugar del hecho de que estoy a punto de ser violada legalmente por un hombre al que conozco desde hace menos de tres días.

La fiesta continúa. Brindis con champán que cuesta más de lo que la mayoría de la gente gana en un mes. Comida que parece sacada de una revista de cocina gourmet. Música en directo que

crea la atmósfera perfecta para celebrar la unión de dos almas gemelas en lugar de la venta de una mujer.

Y a través de todo esto, Konstantin se queda a mi lado como un guardaespaldas elegante. Me trae copas que no bebo. Me presenta a personas a las que preferiría no conocer. Sonríe y acepta felicitaciones por su «boda perfecta».

—¿Estás bien? —me pregunta en cierto momento, cuando tenemos un instante de relativa privacidad.

—Estoy estupendamente —miento—. Es exactamente como había soñado siempre que sería el día de mi boda.

—El sarcasmo no te hace más atractiva —dice, pero hay algo en sus ojos que podría ser diversión.

—No estoy intentando ser atractiva. Estoy intentando sobrevivir a esta farsa.

—La farsa está casi terminada.

Ahí está. El momento que he temido toda la noche.

Porque cuando la fiesta termine, cuando los invitados se vayan, cuando las luces se apaguen y la música pare, nos quedaremos solo él y yo.

En la habitación matrimonial.

Con expectativas que prefiero no contemplar.

—Estás nerviosa —observa Konstantin, y no es una pregunta.

—¿Debería estarlo?

—Depende de qué te esperes.

—Me espero lo que se espera todo el mundo. Que reivindiques tus derechos conyugales. Que consumes este matrimonio. Que me conviertas oficialmente en tu propiedad de todas las maneras posibles.

Konstantin me mira un buen rato, y no consigo leer la expresión de sus ojos.

—¿Y si te dijera que mis expectativas podrían ser distintas de tus miedos?

—Te diría que eres un mentiroso muy convincente.

—O te diría que quizá no me conoces tan bien como crees.

Antes de que pueda responder, Sergei aparece a su lado.

—Pakhan —dice discretamente—, los invitados están empezando a marcharse.

—Perfecto —dice Konstantin—. Es hora de despedirse de todos.

Las despedidas finales son otro calvario de sonrisas forzadas y felicitaciones embarazosas. Más de uno hace comentarios sobre la «primera noche», como si fuera el momento más romántico de la historia en lugar de la inevitable conclusión de un contrato comercial.

—Recuerda —me susurra Elena Volkov antes de irse—, transforma la desventaja en fuerza.

Después, por fin, el último invitado se va. El último coche abandona el camino de entrada. Las últimas luces de la fiesta se apagan.

Y nos quedamos solos.

Konstantin y yo, marido y mujer, de pie en el salón silencioso de la villa donde voy a vivir el resto de mi vida.

—Bueno —digo, porque alguien tiene que decir algo—. Ha sido una bonita fiesta.

—¿Estás cansada?

—Soy muchas cosas. Cansada es una de ellas.

—Subamos.

Tres palabras simples que suenan como una condena a muerte.

Subimos las escaleras en silencio. Nuestros pasos resuenan sobre el mármol como tambores fúnebres. Cuando llegamos delante de la puerta de la habitación matrimonial, Konstantin se detiene.

—Selena —dice, y hay algo en su voz que no consigo identificar.

—¿Sí?

—Lo que pase esta noche... lo que no pase... es entre tú y yo. No le concierne a nadie más.

—¿Qué significa eso?

—Significa que no todo tiene que ser como todo el mundo se espera.

Abre la puerta y se aparta para dejarme entrar.

La habitación matrimonial es... espectacular. Elegante. Romántica de una manera que rompe el corazón porque debería ser el lugar más feliz del mundo en lugar del lugar de mi rendición final.

—Es preciosa —digo, y lo pienso de verdad.

—Sergei ha querido que todo fuera perfecto para ti.

Para mí. Como si esto fuera de verdad mi boda, mi día especial, mi noche romántica.

—Konstantin —digo, volviéndome hacia él—. ¿Qué quieres de mí? De verdad. No lo que se supone que deberías querer, no lo que todo el mundo espera. ¿Qué quieres tú?

Me mira un tiempo que parece eterno.

Después, con una delicadeza que no me espero, me toca la mejilla.

—¿Esta noche? —dice—. Quiero que duermas. Mañana empezamos a entender en qué nos hemos convertido al casarnos. Pero esta noche... ya has dado bastante.

Y con eso, sale de la habitación, dejándome sola con mi confusión y mi alivio y la aterradora constatación de que quizá Konstantin Morozov es mucho más complejo de lo que jamás había imaginado.

15 Konstantin



Salgo del dormitorio matrimonial y cierro la puerta tras de mí con la disciplina de hierro que me ha mantenido vivo durante veintisiete años.

Pero dentro de mi pecho hay una guerra civil que ninguno de mis enemigos ha conseguido jamás desatar.

Camino por el pasillo hacia mi antiguo despacho, el que ahora se ha convertido en mi dormitorio temporal, y cada paso resuena como un reproche. Mis hombres están apostados discretamente a lo largo del corredor: saben cuándo darme intimidad, saben cuándo no hacer preguntas.

Pero veo la confusión en sus ojos. El Pakhan que conocen habría reclamado sus derechos matrimoniales hace media hora. El Pakhan que conocen no sale del dormitorio matrimonial en la primera noche dejando a su esposa intacta.

Hostia, ni siquiera yo entiendo qué cojones estoy haciendo.

Me sirvo tres dedos de vodka del decantador que tengo sobre el escritorio y me los bebo de un trago, como si fueran medicina. Quema, pero no lo bastante como para borrar la imagen de Selena de pie en el dormitorio, con esos ojos verdes mirándome como si tratara de entenderme.

Como si pensara que puede entenderme.

—¿Qué quieres de mí? De verdad.

Su pregunta resuena en mi cabeza como una bala que rebota. ¿Por qué cojones no sé responder?

Sé lo que debería querer. Sé lo que un hombre en mi posición esperaría de su nueva esposa. Sé lo que cincuenta criminales esperan que haga esta noche.

Consumar el matrimonio. Reclamar mi territorio. Establecer el dominio.

En cambio, estoy aquí bebiendo vodka y mirando las paredes como un adolescente virgen que no sabe qué hacer con una mujer.

Es patético.

—¿Pakhan? —Viktor llama a la puerta y entra sin esperar permiso. Un privilegio que se ha ganado con quince años de lealtad absoluta y que solo le concedo a él.

—¿Qué quieres, Viktor?

—Quería asegurarme de que todo iba... bien.

La forma en que lo dice, la pausa deliberada, me hace entender exactamente qué está preguntando. Y me cabrea.

—Todo va perfectamente.

—Naturalmente. —Viktor se sirve una copa sin pedir permiso, lo que significa que se está preparando para una conversación que no quiero tener—. Es solo que... bueno, normalmente, cuando un hombre se casa con una mujer hermosa, la primera noche es un poco más... enérgica.

—¿Estás insinuando algo, Viktor?

—Estoy observando que estás aquí en lugar de... en otro sitio.

Lo miro con la expresión que reservo para quienes cruzan líneas que no deberían cruzar.

Pero, en lugar de retirarse, Viktor sonríe. El hijo de puta sonríe.

—¿Y bien? —pregunta—. ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada. Ese es el problema.

—Ah. —Viktor asiente como si acabara de resolver un puzle complicado—. No ha pasado nada porque tú decidiste que no pasara nada.

—Exacto.

—¿Y decidiste que no pasara nada porque...?

—Porque es asunto mío, Viktor. No tuyo.

—Naturalmente. Pero ¿puedo al menos preguntarme por qué el hombre más despiadado que conozco acaba de dejar a su esposa intacta en su noche de bodas?

Es una pregunta de mierda, y los dos la odiamos porque no tengo una respuesta que no me haga parecer débil.

El problema es que, cuando entré en ese dormitorio, cuando vi a Selena de pie ahí con su vestido de novia y esos ojos desafiándome incluso mientras esperaba que la poseyera... algo se rompió dentro de mí.

O quizá se reparó. No consigo distinguir cuál de las dos.

—Estaba cansada —digo al fin, y suena patético hasta para mí mismo.

—Cansada. —Viktor repite la palabra como si estuviera catando un vino estropeado.

—Ha sido un día largo. Estresante.

—Lo es para todos los matrimonios. Normalmente eso no detiene al novio.

—Yo no soy «todos los novios», Viktor.

—No. Tú eres peor. Eres el hombre que mandó matar a tres personas porque miraron mal su coche. Eres el hombre que torturó a un traidor durante dieciséis horas porque había mentido sobre las ganancias semanales. Eres el hombre que no muestra piedad con nadie.

—¿Y entonces?

—Entonces espero que muestres aún menos piedad con una esposa que te han vendido.

Sus palabras me dan justo donde duele, y no porque sean crueles. Me hieren porque son verdad.

El Konstantin Morozov que Viktor conoce habría tomado lo que le pertenecía. Sin preguntas, sin culpa, sin esa estúpida voz en la cabeza que susurra que quizá Selena merece algo mejor.

—Quizá —digo despacio— he decidido que quiero algo distinto de este matrimonio.

—¿Algo distinto, como qué?

Es la pregunta del millón, ¿no?

¿Qué quiero de Selena que sea distinto a lo que he querido de todas las demás mujeres?

Las otras eran cuerpos. Placer temporal. Satisfacción física y nada más. Usar y tirar, como dijo Viktor hace unos días.

Pero Selena...

Selena me desafía. Me estudia. Se me resiste de formas que me excitan y me frustran al mismo tiempo. No la intimido: es cauta, pero no está aterrorizada. No intenta gustarme; me trata como a un igual en una guerra de voluntades.

Y cuando la he visto esta noche en el dormitorio, cuando me ha preguntado qué quería de verdad, me he dado cuenta de que la respuesta no es solo su cuerpo.

Quiero su mente. Quiero que me desafíe. Quiero conquistarla, no romperla.

Y no puedo conquistarla si la tomo por la fuerza la primera noche.

—Quiero que me elija —digo al fin, y las palabras salen como una confesión.

Viktor casi escupe el vodka.

—¿Que te elija? ¡Eres Konstantin Morozov! ¡Es tu esposa! ¿Qué cojones significa que quieres que te elija?

—Significa que cuando finalmente comparta mi cama, será porque quiere estar ahí. No porque esté obligada.

—¿Y si no te eligiera nunca?

Es la pregunta que me aterra. Porque la respuesta es que no lo sé. No sé qué haría si Selena decidiera que prefiere odiarme para siempre antes que amarme alguna vez.

—Entonces le haré cambiar de opinión.

—¿Cómo?

—Mostrándole lo que puede tener si deja de luchar contra mí y empieza a luchar conmigo.

Viktor me mira como si acabara de anunciar que estoy pensando en hacerme poeta.

—Estás completamente jodido —dice al fin.

—Probablemente.

—Esta chica ya te ha cambiado, y ni siquiera os habéis acostado todavía.

—No me ha cambiado. Solo ha... revelado algo que ya estaba ahí.

—¿Y qué sería?

—Las ganas de tener una compañera en lugar de una propiedad.

Viktor termina su vodka y deja el vaso sobre el escritorio.

—Pakhan —dice, y su voz es más seria que antes—, ¿puedo darte un consejo?

—Puedes intentarlo.

—Este camino que estás tomando, esto de «conquistarla en lugar de tomarla», es peligroso.

—¿Por qué?

—Porque si ella no te elige, si decide que prefiere morir antes que amarte, no solo habrás perdido a una esposa. Habrás perdido la cara delante de todos los criminales de la costa este.

Tiene razón. Naturalmente, tiene razón. En nuestro mundo, el respeto lo es todo. Y el respeto se basa en el miedo. Y el miedo se basa en demostrar que siempre tomas lo que quieres, cuando lo quieres.

Si Selena me rechaza públicamente, si deja claro que no me ha elegido, cada enemigo que tengo verá una debilidad que explotar.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr —digo.

—¿Por qué?

Buena pregunta. Una que merece una respuesta honesta.

—Porque tengo veintisiete años, Viktor. He matado a más hombres de los que puedo contar. He reconstruido un imperio sobre sangre y miedo. Tengo más dinero del que podría gastar en tres vidas.

Hago una pausa, mirando el reflejo de mi cara en la ventana oscura.

—Y estoy vacío. Completamente jodidamente vacío por dentro. No siento nada cuando mato a alguien. No siento nada cuando me follo a una mujer. No siento nada cuando gano una guerra.

Me vuelvo hacia Viktor.

—Pero cuando miro a Selena, cuando veo ese fuego en sus ojos, cuando me desafía... siento algo. No sé qué es, pero es la primera vez en diez años que siento algo real.

—¿Y si lo que sientes no es suficiente? ¿Si no es recíproco?

—Entonces volveré a estar vacío. Pero al menos habré intentado ser otra cosa.

Viktor asiente despacio, y veo respeto en sus ojos. Respeto y quizá un poco de lástima.

—Bien —dice—. Entonces buena suerte, hermano. La vas a necesitar.

Cuando Viktor se marcha, me quedo solo con mis pensamientos y la botella de vodka.

A través de las paredes oigo, vagamente, los sonidos de la villa preparándose para la noche. Selena moviéndose en el dormitorio matrimonial. Probablemente se está preparando para acostarse, probablemente se está preguntando por qué su marido la ha dejado sola en su noche de bodas.

Probablemente piensa que es un juego. Una tortura psicológica. Una manera de mantenerla desequilibrada.

Si supiera que el desequilibrado soy yo.

Bebo otro trago de vodka y miro fijamente la puerta que nos separa.

Mañana empieza la parte más difícil. Mañana empiezo la campaña para conquistar a mi esposa.

Y si fracaso, si Selena decide que prefiere ser mi enemiga en lugar de mi compañera, entonces Viktor tiene razón.

Estoy completamente jodido.

Pero mirando esa puerta, pensando en la mujer que duerme al otro lado, creo que quizá valga la pena estar jodido.

Por primera vez en mi vida.



Me despierto la mañana siguiente a mi boda con la sensación de haber dormido en un museo.

La cama de matrimonio es una obra maestra del confort que probablemente cuesta más de lo que la mayoría de la gente gana en un año. Las sábanas son de seda pura, los almohadones son perfectos, el dormitorio es una sinfonía de lujo y buen gusto.

Pero sigo en una prisión.

Una prisión elegante, con vistas a unos jardines impecables y decorada por alguien con el dinero de Creso y el gusto de un príncipe renacentista, pero prisión al fin y al cabo.

¿Lo más raro de todo esto? Konstantin no me ha tocado.

Ni siquiera me ha besado. Me ha dejado sola en el dormitorio matrimonial como si fuera una invitada en lugar de su esposa. Como si hubiera sido amable.

Lo cual es completamente desconcertante, porque los hombres como Konstantin Morozov no son amables. Son posesivos. Son dominantes. Toman lo que quieren cuando lo quieren.

En cambio, mi marido se largó a su antigua habitación después de decirme que descansara.

No sé si sentirme aliviada u ofendida.

Me levanto de la cama y camino hasta la ventana para mirar los jardines, que se extienden hasta donde alcanza la vista. Son

preciosos, de una manera que rompe el corazón. Rosales perfectos, fuentes que borbotean con suavidad, senderos de grava que serpentean entre arriates dignos de una revista de jardinería.

Y por todas partes, situados con la discreción de unas estatuas decorativas, los hombres de Konstantin.

Cuento al menos seis guardias solo en lo que abarco desde la ventana. Todos vestidos de jardineros o de personal de mantenimiento, pero la rigidez de su postura y la forma en que sus ojos escrutan el horizonte sin descanso traicionan su verdadera naturaleza.

No están aquí para regar las flores.

—Vale —murmuro contra la ventana blindada—, veamos hasta qué punto es realmente impenetrable esta prisión.

Me visto con la ropa que alguien ha colgado en el armario durante la noche —¿y cuándo cojones ha pasado eso? ¿De verdad dormía tan profundamente, o Konstantin tiene personal entrenado en movimientos ninja?— y salgo del dormitorio matrimonial.

El pasillo está en silencio, pero no vacío. Noto la presencia de gente aunque no la vea. Es como atravesar una villa que respira, donde cada pared tiene ojos y cada sombra puede esconder a alguien que me observa.

—Buenos días, Mrs. Morozov —dice una voz dulce a mi espalda.

Me giro y veo a una mujer de mediana edad vestida de ama de llaves. Es bajita, pulcra, con ojos amables y una sonrisa que parece genuina.

—Buenos días —respondo, aunque lo de «buenos» es discutible.

—Soy Anna, el ama de llaves. El Pakhan me ha pedido que me ocupe de sus necesidades.

Sus necesidades. Como si fuera una mascota a la que hay que atender.

—Qué amable por su parte —digo, y el sarcasmo es tan denso que se podría untar en el pan.

Anna no parece captar el sarcasmo, o finge no captarlo.

—¿Tiene hambre? El Pakhan está desayunando en el comedor formal. Me ha pedido que la acompañe hasta él en cuanto se despertara.

Naturalmente. Porque Dios sabe que no se me puede dejar sola ni para comerme un tazón de cereales.

—Qué considerado —digo—. ¿Y si prefiriera desayunar en mi habitación?

—Oh, lo siento —dice Anna, y parece sincera—. El Pakhan ha dejado muy claro que prefiere que tomen las comidas juntos. Para... ¿cómo lo ha dicho?... «conocerse mejor».

Conocernos mejor. Como si estuviéramos de luna de miel en lugar de en una situación de secuestro doméstico.

—De acuerdo —digo, siguiendo a Anna por un pasillo que parece tan largo como la calle principal de un pueblo pequeño—. Vamos a conocernos mejor con mi marido.

El comedor formal es... bueno, formal. Una mesa donde cabría una reunión de las Naciones Unidas, sillas que parecen tronos, una lámpara de araña probablemente robada de Versalles. Konstantin está sentado a la cabecera, vestido con un traje gris que seguramente cuesta más que la casa en la que crecí, leyendo lo que parece un periódico financiero mientras bebe café en una taza de porcelana tan fina que se podría leer a través de ella.

—Buenos días, esposa —dice sin levantar la vista del periódico.

Esposa. La palabra suena rara en su boca. Demasiado íntima, demasiado real.

—Buenos días, marido —respondo, sentándome en el otro extremo de la mesa. Está lo bastante lejos como para que necesitemos megáfonos para comunicarnos con un mínimo de decencia.

—¿Has dormido bien?

—De maravilla. Para ser una cama de prisionera, es muy cómoda.

Konstantin baja el periódico y me mira con esos ojos grises que parecen ver demasiado.

—Prisionera es una palabra muy dramática.

—¿Prefieres «huésped permanente no consensual»?

—Prefiero «esposa».

—Las esposas tienen elección. Las prisioneras no.

—Todas las esposas tienen limitaciones.

—No todas las esposas están vigiladas por hombres armados.

Konstantin sonríe, y el gesto resulta más inquietante que divertido.

—No —concede—. Pero todas mis posesiones, sí.

Posesiones. Al menos es honesto.

Anna aparece con un plato de lo que parece el desayuno más gourmet de la historia. Huevos Benedict perfectos, bacon con pinta de estar hecho a mano, fruta fresca cortada en formas artísticas, pan que huele como si acabara de salir del horno del paraíso.

Está delicioso, y por eso lo odio.

—Bueno —digo, mientras me como un trozo de bacon que sabe a pecado y a felicidad—, ¿cuáles son las normas de mi cautiverio?

—Las normas de nuestro matrimonio —corrige Konstantin.

—Es lo mismo.

—La villa y los jardines están a tu disposición. Puedes ir adonde quieras dentro del perímetro.

—¿Y el perímetro sería...?

—El muro perimetral. Verás que está claramente delimitado.

—¿Y si quisiera salir del perímetro?

—Necesitarías un acompañante.

—¿Un acompañante o un guardia?

—La distinción es semántica.

Fantástico. O sea, que puedo moverme libremente por mi prisión de lujo, pero no puedo abandonarla nunca.

—¿Y las visitas? ¿Los amigos? ¿La familia?

—Tienen que pasar por aprobación.

—¿De quién?

—Mía.

Naturalmente. Porque lo último que Konstantin querría es que hablase con personas capaces de recordarme que aún existen opciones en la vida.

—¿Y si quisiera... no sé... ir de compras? ¿A la peluquería? ¿Al cine?

—Posible, con los acompañantes adecuados.

—¿Cuántos acompañantes?

—Los suficientes para garantizar tu seguridad.

Mi seguridad. Como si el peligro viniera del mundo exterior y no del monstruo sentado al otro lado de la mesa.

Termino el desayuno en silencio, planeando. Porque si hay algo que aprendí creciendo en una familia criminal, es que toda prisión tiene puntos débiles. Todo sistema tiene grietas. Toda vigilancia tiene puntos ciegos.

Solo tengo que encontrarlos.

—Bien —digo, levantándome de la silla—, gracias por esta esclarecedora conversación sobre los términos de mi encarcelamiento matrimonial. Ahora, si me disculpas, me gustaría explorar mi nueva casa.

—Naturalmente —dice Konstantin—. Anna te enseñará la villa.

—Qué adorable. Una guía turística.

Salgo del comedor con toda la dignidad que consigo reunir, ignorando el sonido de la risa contenida de Konstantin a mi espalda.

La visita guiada con Anna resulta... instructiva.

La villa es todavía más grande de lo que pensaba. Tres plantas, más de veinte habitaciones, incluida una biblioteca digna de Harvard y un gimnasio donde cabrían unas Olimpiadas. Hay una sala de cine, una bodega de vinos que probablemente vale más que algunos países pequeños, y suficiente arte en las paredes como para llenar un museo.

Pero lo que más me llama la atención son las cámaras de seguridad.

Están colocadas con discreción, camufladas como elementos decorativos, pero las veo. En las esquinas del techo, detrás de espejos demasiado perfectos para ser normales, integradas en lámparas situadas estratégicamente.

Cada habitación. Cada pasillo. Cada rincón.

Konstantin puede verme en cualquier punto de la villa.

—Las cámaras —le digo a Anna mientras atravesamos lo que debe de ser el decimoquinto salón—, ¿son por seguridad?

—Naturalmente —dice Anna, como si fuera lo más normal del mundo—. El Pakhan se toma muy en serio la protección de su familia.

Familia. Otra forma bonita de decir «propiedad».

—¿Y los jardines?

—También están vigilados. Por su seguridad, naturalmente.

Naturalmente.

Cuando termina el tour, le doy las gracias a Anna y le digo que me gustaría explorar los jardines sola. Duda un instante y luego asiente.

—Por supuesto, Mrs. Morozov. Si necesita cualquier cosa, lo que sea, basta con que se lo pida a uno de los guardias.

Guardias. Al menos ha dejado de fingir que son jardineros.

Salgo a los jardines con un plan. Un plan muy simple, muy estúpido, pero un plan al fin y al cabo.

Voy a encontrar un punto ciego. Un instante de distracción. Una manera de llegar hasta el muro perimetral.

Y entonces escaparé.

Es un plan de idiota, lo sé. Konstantin tiene seguramente sistemas de seguridad con los que la NASA solo sueña. Pero tengo que intentarlo. Necesito saber si existe siquiera una posibilidad de escapar.

Porque si no la hay, si de verdad estoy atrapada aquí para siempre, entonces tendré que aceptar la realidad y empezar a planear cómo convertir la vida de Konstantin en un infierno diario.

Pero si existe una posibilidad, por pequeña, por desesperada que sea...

Recorro los jardines durante una hora, fingiendo admirar las rosas mientras en realidad estudio los patrones de movimiento de los guardias. Son profesionales, pero no perfectos. Hay un instante, muy breve, en el que el que patrulla el sector este dobla la esquina de la villa y el que vigila la verja principal mira en dirección contraria.

Tres segundos, quizá. Cuatro como mucho.

Es todo lo que necesito.

Me acerco al muro fingiendo interés por una variedad concreta de rosas que crece justo al lado. Mide tres metros, pero hay suficientes asideros —los adornos de hierro forjado, las irregularidades de la piedra— como para que pueda escalarlo.

Si soy rápida. Si soy silenciosa. Si tengo una suerte increíble.

Espero el momento oportuno. El guardia del sector este dobla la esquina. El guardia de la verja mira hacia la avenida.

Ahora.

Me lanzo hacia el muro, apoyándome en los adornos de hierro. Mis pies encuentran los puntos correctos, mis manos se aferran a los salientes. Es más fácil de lo que pensaba. Estoy a punto de coronarlo cuando...

—¡MIERDA! —grito al perder el agarre y resbalar de vuelta al jardín.

17 Konstantin



La alarma del sistema perimetral suena en mi despacho mientras reviso los contratos para la importación de «antigüedades» desde Rusia.

Tres pitidos largos seguidos de dos cortos. El código de «movimiento no autorizado en el jardín este».

Interesante.

Viktor levanta la vista de los documentos que está leyendo y arquea una ceja.

—¿Problemas de seguridad? —pregunta.

—Depende de cómo definas «problemas» —respondo, comprobando el monitor del sistema de seguridad sobre mi escritorio.

La imagen que aparece en pantalla me hace sonreír. Selena, mi esposa desde hace menos de veinticuatro horas, camina decidida por el jardín hacia el muro perimetral. Se ha quitado los zapatos y va descalza sobre la hierba, con el pelo suelto ondeando en la brisa de la mañana.

Parece una ninfa planeando una fuga del Olimpo.

—Vaya —dice Viktor, mirando también la pantalla—. La esposa probando los límites.

—Más rápido de lo que esperaba.

—Es una De Luca. La sangre criminal no se queda quieta mucho tiempo.

En el monitor, veo a Selena estudiando el muro perimetral con ojo de auténtica profesional. Cuenta los ladrillos, palpa la rugosidad de la superficie, calcula ángulos de escalada. No es el intento de fuga emocional de una chica aterrorizada. Es reconocimiento estratégico.

Qué mujer magníficamente imposible.

—¿Mando a los hombres? —pregunta Viktor.

—Dentro de un momento. Quiero ver hasta dónde llega.

Selena se acerca al muro y, con una elegancia que me golpea de lleno en el pecho, empieza a escalarlo. No tiene experiencia trepando, pero tiene instinto y determinación. Consigue llegar a un metro del suelo antes de que sus dedos resbalen sobre los ladrillos.

Aterriza con más dignidad de la que debería tener tras una caída.

Luego se levanta, se sacude las manos y vuelve a intentarlo.

Hostia. Va en serio: pretende coronar un muro de tres metros rematado con alambre de espino.

—Pakhan —dice Viktor con algo que podría ser admiración en la voz—, tu mujer tiene cojones.

—Sí —digo, levantándome del escritorio—. Y está a punto de descubrir que yo también.

Salgo del despacho y camino hacia el jardín, sin prisa. No hay urgencia. Selena puede escalar hasta el cielo si quiere, pero no va a llegar a ninguna parte. El muro tiene sensores de movimiento, alambre de espino y, aunque consiguiera milagrosamente saltarlo, hay patrullas móviles que rodean la propiedad cada quince minutos.

Pero aprecio la iniciativa.

Cuando llego a la puerta que da al jardín, Selena va por el tercer intento. Esta vez ha llegado más arriba, casi lo bastante como para tocar el alambre de espino.

Casi.

Vuelve a caer, esta vez con menos elegancia. Se levanta más despacio, y veo que se ha despellejado las manos contra los ladrillos rugosos.

Y entonces abro la puerta y activo la alarma.

El sonido la hace saltar como un gato asustado. Se vuelve hacia la villa y me ve salir junto a mis guardias.

La expresión de su cara no tiene precio. Culpa, desafío, irritación y algo que podría ser alivio, todo mezclado.

—Mrs. Morozov —digo, indicándoles a los guardias que la rodeen, pero sin acercarse demasiado—. Qué agradable sorpresa encontrarte aquí fuera.

—Estaba tomando el aire —dice, y la forma en que levanta la barbilla mientras miente es tan descarada que me dan ganas de soltar una carcajada.

—Naturalmente. ¿Y se respira mejor cerca del muro?

—La vista es más interesante.

—¿Y qué estabas mirando, exactamente?

—La arquitectura. Muy... imponente.

Esta vez no consigo disimular la sonrisa. Mi mujer miente con más creatividad que la mayoría de los criminales profesionales.

—La arquitectura es una de mis pasiones —digo, acercándome despacio—. Quizá pueda hacerte de guía.

—No es necesario. He visto todo lo que quería ver.

—Lo dudo.

Ya estoy lo bastante cerca como para distinguir los arañazos en sus manos, la mancha de tierra en el vestido, la determinación feroz en sus ojos verdes.

—Selena —digo, y uso el tono que reservo para los subordinados que han hecho algo estúpido pero divertido—. ¿Qué estabas haciendo de verdad?

Por un instante, creo que va a continuar con la historia de la arquitectura. Después veo cambiar algo en su expresión. Decide decir la verdad.

—Estaba buscando una manera de salir de aquí.

—¿Y cómo ha ido?

—Tu muro es más alto de lo que parecía desde la segunda planta.

—Está diseñado para disuadir.

—Misión cumplida.

—Pero no lo bastante como para hacerte renunciar del todo, ¿verdad?

Selena me mira directamente a los ojos, y en ese momento veo exactamente quién es de verdad. No la chica aterrorizada que han vendido. No la esposa obediente que se supone que debe ser. Es una guerrera nata que jamás se va a rendir del todo.

Es perfecta.

—No —dice sin más—. No lo bastante.

—Qué esposa más terrible —digo, pero estoy sonriendo al decirlo.

—Lo terrible que puedo llegar a ser todavía no lo has visto.

Es un desafío. Una promesa. Una declaración de guerra disfrazada de conversación educada.

Y se me pone dura.

Doy un paso hacia ella, después otro, hasta que estamos lo bastante cerca como para que pueda oler su piel calentada por el sol.

—Selena —digo, con la voz más baja que antes—, ¿de verdad has pensado que iba a ser tan fácil?

—He pensado que valía la pena intentarlo.

—¿Y ahora que lo has intentado?

—Ahora voy a planearlo mejor.

Hostia. Habla en serio. No está fanfarroneando. Está literalmente planeando el próximo intento de fuga rodeada por mis guardias.

Y entonces hago lo que tendría que haber hecho desde el momento en que la vi por primera vez en aquella sala de O'Rourke.

Le pongo una mano en la nuca y la empujo con suavidad pero con firmeza contra el muro de ladrillo que estaba intentando escalar.

No es violento. No es agresivo. Pero es absolutamente dominante.

Selena no se resiste, pero tampoco se somete. Me sostiene la mirada con un desafío que me dan ganas de besarla hasta que pierda el sentido.

—Escúchame bien, cariño —digo, lo bastante cerca como para que mis palabras le rocen los labios—. Puedes planear todo lo que quieras. Puedes estudiar cada centímetro de este sitio. Puedes urdir

los planes más elaborados que tu mente brillante sea capaz de concebir.

Hago una pausa, asegurándome de que cada palabra tenga el peso justo.

—Pero no vas a escapar nunca de aquí. No porque no puedas, sino porque al final no vas a querer.

—¿Tan seguro estás?

—Segurísimo.

—¿Y si te equivocas?

—Yo nunca me equivoco.

—Siempre hay una primera vez.

—En esto, no.

Durante un largo instante nos miramos a los ojos en silencio. Es una batalla de voluntades que ninguno de los dos piensa perder.

Entonces, lentamente, dejo caer la mano de su nuca.

—Vamos dentro —digo.

—¿Y si no quiero entrar?

—Entonces te llevaré yo.

—¿Cómo?

—Al hombro, si hace falta.

Selena valora la opción un momento y luego empieza a caminar hacia la villa.

—Esto no se acaba aquí —dice sin volverse.

—Lo sé —respondo—. Acaba de empezar.

Mientras caminamos hacia la casa, Viktor aparece a mi lado.

—Interesante técnica de captura —comenta.

—Hacía falta una demostración de poder.

—¿Eso era?

—¿A qué te refieres?

—Parecía más una demostración de... interés.

Viktor tiene razón, y lo odio por eso.

—Es mi mujer. Naturalmente hay interés.

—¿Interés conyugal o interés personal?

—¿Hay alguna diferencia?

—¿En tu caso? Sí.

Miro a Selena, que camina delante de nosotros con la espalda recta y el paso firme incluso en la derrota.

—Quizá —digo al fin— la diferencia no es tan importante como pensaba.

—Quizá —dice Viktor con esa sonrisa inquietante— ese era el quid de la cuestión.

Cuando llegamos a la villa, Selena se detiene en el umbral y se vuelve hacia mí.

—Una pregunta —dice.

—Dime.

—Si dejara de intentar escapar, si me convirtiera en la esposa perfecta y obediente, ¿me dejarías marchar?

Es una pregunta trampa. Una pregunta cuya respuesta debería ser obvia.

Pero, mirando sus ojos verdes, sabiendo lo que acabo de descubrir sobre mí mismo, la respuesta que doy nos sorprende a los dos.

—No —digo—. No te dejaría marchar nunca. Independientemente de cómo te comportes.

—¿Por qué?

—Porque ahora eres mía. Y yo no comparto lo que es mío.

—¿Ni siquiera si me lo mereciera?

—Sobre todo si te lo merecieras.

Selena asiente despacio, como si acabara de obtener la respuesta a una pregunta que no sabía haber hecho.

—Entonces sabemos en qué punto estamos —dice.

—¿En qué punto estamos?

—En guerra.

—Una guerra que no puedes ganar.

—Ya veremos.

Entra en la villa, dejándome en el porche con Viktor y la conciencia de que mi esposa acaba de declararme oficialmente la guerra.

Y estoy deseando librarla.



La alarma se ha apagado, los guardias se han dispersado y ahora estoy en mitad del salón de la villa que se ha convertido en mi prisión, con mi marido mirándome como si fuera un puzle interesante por resolver.

Yo, en cambio, soy un cartucho de dinamita con la mecha encendida.

—Bien —digo, cruzando los brazos y enfrentándolo con toda la rabia que llevo conteniendo las últimas veinticuatro horas—. Hablemos.

—¿De qué quieres hablar exactamente? —Konstantin se quita la chaqueta y la cuelga con cuidado del respaldo de una silla. Como si no acabara de cazarme intentando huir de nuestro matrimonio de pesadilla.

—De esto. —Hago un gesto que lo abarca a él, a mí, la villa, la situación entera—. De que mi vida está hecha pedazos. De que me han vendido como a una vaca en el mercado. De que tú te crees que me posees.

—No me lo creo, Selena. Te poseo.

Y ahí. La gota que colma el vaso.

—¡VETE A LA MIERDA! —grito, y mi voz rebota contra los techos altos como un grito de guerra—. ¡Tú no posees nada! ¡No eres más que un criminal arrogante con demasiado dinero y demasiado poco cerebro!

Konstantin no pestañea. No se enfada. Se limita a sonreír con esa sonrisa que promete violencia y condena a partes iguales.

—¿Te sientes mejor ahora que has soltado la rabia?

—¡No! ¡Me siento peor! ¡Porque tú estás ahí sonriendo como si todo esto fuera divertido en vez de tomarme en serio!

—Te tomo muy en serio. Por eso he puesto sensores de movimiento en todo el perímetro.

—¡Estás loco! —Me acerco a él y le clavo un dedo en el pecho—. ¡Completamente, irremediablemente loco si crees que este matrimonio va a funcionar!

—Va a funcionar porque yo voy a hacer que funcione.

—¿Cómo? ¿Manteniéndome prisionera para siempre? ¿Siguiéndome a todas partes? ¿Controlándome cada segundo del día?

—Si hace falta.

—¿Y yo? —Mi voz se quiebra ligeramente, traicionando cuánto me está doliendo todo esto—. ¿Yo en qué me convierto en todo esto? ¿En una mascota? ¿En un adorno? ¿En un agujero donde meter la polla cuando te apetezca?

Konstantin deja de sonreír. Sus ojos se oscurecen peligrosamente.

—Cuidado con cómo hablas, Selena.

—¿Por qué? ¿Qué vas a hacer? ¿Matarme? ¿Pegarme? ¿Encerrarme en una celda? —Me río, pero el sonido sale histérico—. Última hora, Konstantin: ¡ya estoy en una celda! ¡Esta villa es una prisión de lujo y tú eres mi carcelero!

—Eres mi esposa.

—¡Soy tu víctima!

—Eres mía.

—¡No soy de nadie!

Y entonces Konstantin se mueve. Tan rápido que ni siquiera consigo reaccionar. En un momento estoy de pie frente a él

gritándole, al siguiente tengo la espalda contra la pared del salón, sus manos sujetándome las muñecas, su cuerpo encerrándome.

—Eres mía —repite, y su voz suena tan baja, tan peligrosa, que me recorre un escalofrío por la columna—. Te guste o no, eres mi esposa. Llevas mi apellido. Vives en mi casa. Estás bajo mi protección.

—¿Tu protección? —Me río en su cara, aunque su cuerpo pegado al mío le está haciendo cosas raras a mi sistema nervioso—. ¡Tú eres de quien tengo que protegerme!

—¿De verdad? ¿Y de quién te protegía cuando maté a O'Rourke? ¿De quién te protegía cuando eliminé a todos los irlandeses que sabían de tu existencia?

Sus palabras me revientan por dentro. No porque sean crueles, sino porque son verdad.

—Eso... eso fue por ti. Por tu poder. Por tus negocios.

—Fue por ti. —Sus ojos se clavan en los míos, y por un instante aterrador veo algo que podría ser sinceridad—. Todo lo que he hecho desde que te conocí ha sido por ti.

—Mentiroso.

—Yo no miento nunca.

—Entonces dime la verdad. Dime por qué te has casado conmigo de verdad.

Durante un largo instante, ninguno de los dos dice nada. Oigo el latido de su corazón contra mi pecho, siento el calor de su cuerpo a través de la ropa. Veo cada detalle de su cara: la cicatriz de la mejilla izquierda, las pequeñas arrugas alrededor de los ojos, los labios que son más suaves de lo que deberían serlo en un asesino.

—Porque —dice al fin—, cuando te vi por primera vez, cuando me miraste con esos ojos verdes y me desafiaste en lugar de suplicarme, sentí algo que no sentía desde hacía años.

—¿El qué?

—Interés. Curiosidad. El deseo de conquistar algo en lugar de tomarlo sin más.

Sus palabras me golpean de formas que no me esperaba. Porque no es lo que quería oír. Quería oír que era solo negocios, solo poder, solo la típica arrogancia masculina.

No quería oír que hay algo personal. Algo real.

—Konstantin —susurro, y no sé por qué mi voz suena distinta. Más ronca. Más... vulnerable.

—Dime.

—Suéltame.

—¿Las muñecas o en general?

—En general.

—No.

—¿Por qué?

—Porque ahora que te tengo, soy incapaz de imaginar no tenerte.

Es ahí cuando ocurre algo que no habría previsto ni en un millón de años.

Mi cuerpo, mi estúpido cuerpo traidor, reacciona a sus palabras. A sus manos en mis muñecas. Al calor que irradia desde su pecho. A la voz ronca que me susurra cosas que deberían aterrorizarme en lugar de excitarme.

Siento una llama prendiéndoseme en el bajo vientre. Siento que la respiración se me acelera. Siento que se me endurecen los pezones contra el sujetador.

Y lo peor de todo es que Konstantin se da cuenta.

—Interesante —murmura, y su mirada baja hasta mis labios—. Tu cuerpo no opina lo mismo que tu cabeza.

—Mi cuerpo es un idiota —digo, pero a mi voz le falta convicción.

—Tu cuerpo es honesto.

—Mi cuerpo no sabe con quién está tratando.

—Sabe perfectamente con quién está tratando. Por eso reacciona así.

Una de sus manos abandona mi muñeca y se mueve hacia mi cara, acariciándome la mejilla con una ternura que no encaja para nada con la imagen del asesino despiadado.

—Selena —dice, y la forma en que pronuncia mi nombre me hace temblar—, deja de luchar contra mí y empieza a luchar conmigo.

—¿Qué significa eso?

—Significa que podemos ser enemigos o podemos ser socios. Podemos pasarnos el resto de la vida en guerra o podemos construir un imperio juntos.

—¿Y si no quisiera ni una cosa ni la otra?

—Entonces te convenceré de que te equivocas.

—¿Cómo?

No responde con palabras. En vez de eso, se inclina hacia mí, tan despacio que tengo todo el tiempo del mundo para detenerlo, para girar la cabeza, para decir no.

En vez de eso, me quedo quieta y dejo que me bese.

El beso es... devastador.

No es dulce. No es romántico. Es posesivo, dominante, una reclamación de territorio que me marea y me derrite las rodillas.

Y yo, que Dios me ayude, le respondo.

Mis labios se abren bajo los suyos. Mi lengua encuentra la suya en una danza que sabe a guerra y a deseo. Mis muñecas dejan de pelear contra su agarre y empiezan a desear que sus manos me toquen por todas partes.

Entonces Konstantin se separa de mí, dejándome sin aliento y confusa contra la pared.

—Ahí lo tienes —dice, y hay satisfacción en su voz—. Así es como te voy a convencer.

Mi cerebro se reconecta de golpe, y la rabia vuelve en una oleada de calor rojo.

—¡Cabrón! —Le doy una bofetada tan fuerte que me arde la mano—. ¡Cabrón manipulador!

Konstantin se toca la mejilla donde lo he golpeado, pero está sonriendo.

—Te ha gustado, princesa. Ni se te ocurra negarlo.

—¡Me das asco!

—Tu cuerpo dice lo contrario.

—¡Mi cuerpo está confundido!

—Tu cuerpo sabe lo que quiere.

—¡Lo que quiero es no haber nacido!

—Lo que quieres —dice Konstantin, acercándose otra vez— es volver a sentir lo que acabas de sentir. Quieres que te bese de

nuevo. Quieres que te toque. Quieres dejar de luchar contra algo que es inevitable.

—¡No es inevitable!

—¿Ah, no? Entonces ¿por qué estás temblando?

Es verdad. Estoy temblando. Pero no de miedo.

—Te odio —susurro.

—Lo sé —dice Konstantin—. De momento.

—Te odiaré siempre.

—Ya veremos.

Se aparta de mí, dejándome sola contra la pared con el corazón latiéndome como un tambor enloquecido y la aterradora certeza de que quizá, solo quizá, tenga razón.

Mi cuerpo quiere más de lo que acaba de tener.

Y esa es la parte más aterradora de todas.

19 Konstantin



Viktor me encuentra en la armería cuarenta minutos después de mi... enfrentamiento con Selena.

Estoy desmontando y volviendo a montar mi Glock con precisión quirúrgica, una costumbre que he ido desarrollando con los años para cuando necesito pensar sin que me molesten los sentimientos inútiles.

—¿Problemas con la artillería? —pregunta Viktor, apoyado en el quicio de la puerta con esa sonrisita que significa líos.

—Mantenimiento de rutina.

—Ah. ¿Como el mantenimiento de rutina que has hecho con tu... consorte?

Consorte. Viktor y sus palabras elegantes cuando le da por tocarme los cojones.

—Si tienes algo que decir, Viktor, dilo.

—He oído gritos. Después silencio. Después otros ruidos que no he conseguido identificar.

Los ruidos que no ha conseguido identificar eran Selena chocando contra la pared del salón, seguidos del beso que lo cambió todo y nada al mismo tiempo.

—Estábamos discutiendo los términos de nuestro... acuerdo doméstico.

—¿Los términos del acuerdo exigían inmovilizarla contra una pared?

—Exigían que dejara claras unas cuantas reglas básicas.

Viktor entra del todo en la armería y cierra la puerta a su espalda. Lo cual significa que esta conversación va a ir en una dirección que no me va a gustar.

—Pakhan —dice, y el tono es el que usa cuando piensa que estoy a punto de hacer algo potencialmente suicida—, ¿puedo señalar una cosa?

—Adelante.

—En los quince años que hace que te conozco, no te he visto nunca perder los nervios con una mujer.

—No he perdido los nervios.

—¿No? Entonces ¿por qué has tenido que inmovilizarla físicamente?

Buena pregunta. Una pregunta para la que no tengo una respuesta que no me haga parecer un idiota integral.

—Selena requiere... técnicas de gestión específicas.

—Técnicas de gestión. —Viktor repite las palabras como si estuviera catando un vino estropeado—. ¿Así lo llamamos ahora?

—Lo llamamos como nos da la gana.

—¿Y cómo lo llamamos cuando ella te quita las manos de encima y te suelta una bofetada que se oye desde el otro lado de la casa?

Mierda. También ha oído eso.

—Tiene carácter.

—Tiene carácter, ¿o te está volviendo loco?

—Las dos cosas no se excluyen.

Viktor se sienta en un taburete y me observa mientras sigo desmontando y montando la pistola. Es un ritual relajante que normalmente me ayuda a aclarar las ideas.

Hoy no está funcionando.

—Konstantin —dice Viktor, llamándome por el nombre en lugar de por el título, lo que significa que está hablando como amigo y no como subordinado—, ¿qué está pasando de verdad?

—No está pasando nada.

—Y una mierda. Algo está pasando desde que viste a esa chica por primera vez. Estás... distinto.

—¿Distinto en qué?

—Más humano. Más... vulnerable.

Vulnerable. Es la palabra que no quería oír.

—No soy vulnerable. Soy estratégico.

—Estratégico habría sido follártela la primera noche, dejar establecido el dominio, dejarle claro quién manda y luego ignorarla durante el resto del matrimonio.

Tiene razón. Es exactamente lo que tendría que haber hecho. Es lo que cualquier hombre en mi posición habría hecho.

En cambio, la dejé dormir sola, desayuné con ella como si fuéramos una pareja normal, la observé planeando la fuga como si me resultara divertido en lugar de un insulto personal.

Y después la besé como si la vida me fuera en ese beso.

—Quizá —digo despacio— he decidido probar un enfoque distinto.

—¿Qué tipo de enfoque distinto?

—El tipo que de verdad podría funcionar.

—¿Funcionar para qué?

Es la pregunta que me atormenta desde hace dos días. ¿Funcionar para qué, exactamente?

¿Para hacerla feliz? ¿Para hacerla obediente? ¿Para que se enamore de mí?

¿O para que yo me sienta menos vacío por dentro?

—Para que deje de odiarme —digo al fin, y las palabras salen más sinceras de lo que pretendía.

Viktor me mira como si acabara de confesarle que quiero hacerme misionero.

—¿Te importa si te odia?

—Me importa si sigue luchando contra mí para siempre.

—¿Por qué?

—Porque va a ser agotador.

—¿Y?

—Y porque... —Me detengo, porque la siguiente parte es la que no he dicho nunca en voz alta. Ni siquiera a mí mismo—. Y porque

me gusta cuando me planta cara. Me gusta cuando me mira como si fuera un puzle por resolver y no un monstruo al que temer.

—Hostia santa —susurra Viktor—. Estás enamorado de ella.

—No estoy enamorado de nadie. No soy capaz de amar.

—Entonces ¿cómo lo llamas?

—Obsesión.

—¿Y cuál es la diferencia?

—La obsesión se puede controlar. El amor no.

Viktor sacude la cabeza despacio.

—Hermano —dice—, estás metido en el lío más profundo que te he visto nunca.

—¿Por qué?

—Porque estás intentando controlar algo que no se puede controlar. Y cuando no lo consigas —y no lo vas a conseguir—, o te volverás loco o te convertirás en el tipo de monstruo que ni siquiera yo voy a reconocer.

Sus palabras me golpean porque tienen sabor a verdad.

—¿Y cuál es la alternativa?

—Admitir que esa chica ya te ha cambiado. Admitir que quizá ha llegado el momento de dejar de ser solo el Ángel de la Muerte y empezar a ser también Konstantin.

—¿Y si Konstantin no le bastara?

—Entonces, al menos, sabrás que lo has intentado.

Antes de que pueda responder, suena el teléfono que tengo sobre el escritorio. El número es irlandés.

—Diga —respondo, poniendo el manos libres para que Viktor pueda oír.

—Morozov. —La voz es familiar, llena de rabia y de lo que suena a whisky bebido demasiado pronto—. Cabrón ruso.

—O'Sullivan —digo, reconociendo la voz del segundo de O'Rourke—. Qué agradable sorpresa.

—No hay nada de agradable en esta llamada.

—Imagino que llamas para felicitarme por mi boda.

—Llamo para decirte que has cometido un error mortal.

—¿Qué error?

—Creer que matar a Declan y casarte con la chica italiana cerraba el asunto.

Viktor se endereza en el taburete, pasando automáticamente a modo combate.

—El asunto está cerrado, O'Sullivan. Tu jefe está muerto. Sus hombres están muertos. Vosotros sois lo que queda de una organización acabada.

—Somos lo que queda de una organización cabreada. Y tenemos una reputación que defender.

—¿Qué clase de reputación?

—La que dice que nadie, ni siquiera el Ángel de la Muerte, puede matar a un jefe irlandés sin pagar el precio.

Interesante. Así que no se ha terminado como pensaba.

—¿Y cuál sería el precio, O'Sullivan?

—Tu vida. Y la de tu hermosa esposa italiana.

La línea se corta con un clic seco.

Viktor y yo nos miramos en silencio un momento.

—Bueno —dice por fin Viktor—, parece que tienes otros problemas además de tu matrimonio complicado.

—Eso parece.

—¿Qué hacemos?

Lo que hacemos siempre que alguien amenaza lo que es nuestro. Los eliminamos.

Pero esta vez es distinto. Esta vez no me amenazan solo a mí. Amenazan a Selena.

Y caer en la cuenta de que esto me cabrea más que cualquier amenaza personal me arrolla como un tren.

—Doblamos la seguridad —digo, levantándome de la silla—. Patrullas perimetrales cada diez minutos. Nadie entra ni sale sin mi permiso directo.

—¿Y Selena?

—Selena no sale de la villa. Bajo ningún concepto.

—¿Se lo dirás tú?

Pienso en cómo va a reaccionar cuando descubra que su prisión dorada acaba de hacerse aún más estrecha. Pienso en los gritos, en las acusaciones, en la rabia justificada.

Pienso también en cómo me he sentido cuando O'Sullivan ha amenazado su vida.

—Sí —digo—. Se lo diré yo.

—Mucha suerte, hermano.

Mientras salimos de la armería, tengo la sensación de que voy a necesitar toda la suerte posible.

Porque convencer a Selena de aceptar una seguridad aún más férrea va a ser más difícil que librar una guerra contra los irlandeses.

Pero al menos las guerras sé cómo ganarlas.

Los matrimonios, en cambio, son un territorio completamente inexplorado.

20 Selena



Nunca habría imaginado que oír cómo pronuncian tu propia condena de muerte por teléfono pudiera resultar tan... instructivo.

Estoy escondida detrás de la puerta entornada del salón cuando Konstantin atiende la llamada. No estaba espiando, técnicamente. Solo pasaba por allí cuando he oído sonar el teléfono.

Llamémoslo intuición femenina, pero he pensado que la cosa podía ponerse interesante.

—O'Sullivan —dice Konstantin, y el nombre me hiela la sangre.

He oído ese nombre. Lo oí en las conversaciones de papá cuando creía que no lo escuchaba. O'Sullivan era el segundo de Declan O'Rourke. Lo cual significa que, evidentemente, no todos los irlandeses están muertos como Konstantin había dicho.

—Llamo para decirte que has cometido un error mortal.

Las palabras del irlandés al otro lado del teléfono se oyen con claridad aunque no esté en manos libres. Tiene una de esas voces que llegan lejos, probablemente afinada por años de gritar órdenes por encima del ruido de los tiroteos.

—El asunto está cerrado, O'Sullivan. Tu jefe está muerto. Sus hombres están muertos. Vosotros sois lo que queda de una organización acabada.

Hay algo en la voz de Konstantin que no había oído nunca. Algo peligroso que va más allá de su frialdad calculada habitual. Suena...

protector.

—Somos lo que queda de una organización cabreada. Y tenemos una reputación que defender.

Ah, perfecto. De Guatemala a Guatepeor, versión 2.0.

Mi matrimonio forzado con un criminal ruso no era suficiente. Ahora encima tengo una vendetta con la mafia irlandesa que quiere vengarse de la muerte de su jefe.

—¿Y cuál sería el precio, O'Sullivan?

—Tu vida. Y la de tu hermosa esposa italiana.

Ahí está. Mi condena de muerte pronunciada con acento irlandés.

Es raro lo que se siente cuando oyes a alguien planeando matarte. No es miedo, no de inmediato. Es más bien... sorpresa. Como cuando ves un accidente de tráfico horrible y por un momento tu cerebro no consigue procesar lo que está viendo.

Después llega el miedo, como una ola.

No el miedo a morir; bueno, no solo eso. El miedo de entender que todo lo que Konstantin me había dicho sobre la protección era verdad.

Si no se hubiera casado conmigo, si no me hubiera sacado de las manos de O'Rourke, estaría muerta. Quizá no enseguida, pero a la larga sí. Porque, evidentemente, da igual lo bien que te portes con la mafia irlandesa: si eres italiana y tu padre les debe dinero, eres un blanco móvil.

Y ahora, por culpa del matrimonio que creía mi prisión, soy un blanco todavía mayor.

La llamada termina con un chasquido, y yo me quedo escondida tras la puerta intentando procesar lo que acabo de oír.

Pieza a pieza, empieza a tener sentido.

Konstantin no se ha casado conmigo solo por los territorios de papá.

Me está protegiendo de verdad.

Es una conclusión aterradora, porque significa que todo lo que había pensado de él, todo el odio que había alimentado, todo el resentimiento por haber sido «vendida» y «encarcelada», puede ser... complicado.

Oigo pasos en el vestíbulo. Konstantin y Viktor saliendo de su despacho, seguramente para organizar lo que van a hacer respecto a la amenaza irlandesa.

Me alejo de la puerta y finjo estar interesada en un libro que no había visto en mi vida.

—Selena —dice Konstantin al verme en el salón—, tenemos que hablar.

Ya. El momento que temía.

—¿De qué? —pregunto, fingiendo inocencia.

Viktor me mira con una expresión que dice claramente que sabe que lo he oído todo. Pero no dice nada. Se limita a hacerle un gesto a Konstantin y se va, dejándonos solos.

—Mira —empieza Konstantin, y veo que está escogiendo las palabras con cuidado—, ha habido... novedades que pueden afectar a tu seguridad.

—¿Qué tipo de novedades?

—El tipo que requiere precauciones adicionales.

Precauciones adicionales. Una manera elegante de decir que mi prisión está a punto de hacerse aún más estrecha.

—A ver, oigamos esas precauciones adicionales —digo, dejando el libro y mirándolo directamente a los ojos.

—Nada de salidas de la villa. Ni siquiera a los jardines sin escolta. Patrullas de seguridad dobladas. Todas las visitas canceladas indefinidamente.

—¿Y cuánto va a durar este... encierro?

—Hasta que la amenaza esté neutralizada.

—¿Qué tipo de amenaza?

Konstantin duda, y veo el instante en que decide decirme la verdad.

—Los irlandeses quieren vengarse. Por O'Rourke. Y te consideran un blanco legítimo.

Sus palabras confirman lo que ya había oído, pero oírlas dichas en voz alta las vuelve más reales. Más aterradoras.

—Así que —digo despacio— de verdad me estás protegiendo. No solo me tienes prisionera.

—Te estoy haciendo las dos cosas —dice con honestidad—. Pero la protección es lo que más cuenta ahora mismo.

Por primera vez desde que lo conozco, la rabia que siento hacia Konstantin no es pura. Está mezclada con otra cosa. Algo que podría ser... ¿gratitud?

—Selena —dice, acercándose—, sé que esto te complica todavía más la situación. Sé que te sientes atrapada. Pero tienes que entender que...

—He oído la llamada —lo interrumpo.

Se detiene en seco.

—¿Qué?

—Pasaba por aquí cuando O'Sullivan ha llamado. Lo he oído todo.

Por un instante, ninguno de los dos dice nada. Konstantin me estudia con esos ojos grises que parecen ver demasiado.

—¿Y? —pregunta al fin.

—Y ahora entiendo que quizá... quizá no eres solo el monstruo que pensaba que eras.

—¿Qué soy, entonces?

Buena pregunta. Una cuya respuesta no sé si conozco.

—Eres el monstruo que me está manteniendo a salvo —digo al fin.

—¿Y cómo te hace sentir eso?

—Confundida. Enfadada. Asustada. —Hago una pausa—. Y, por primera vez desde que te conozco, preocupada por ti.

Las palabras me salen antes de que pueda detenerlas, y veo cruzar la sorpresa por la cara de Konstantin.

—¿Preocupada por mí?

—Los irlandeses no me quieren solo a mí. Te quieren también a ti. Y si te pasara algo... —Me detengo, dándome cuenta de lo que estoy a punto de decir—. Si te pasara algo, volvería a estar sola.

—¿Y eso te asusta?

—Sí —admito—. Me asusta.

Konstantin se acerca lo bastante como para tocarme, pero no lo hace. Se limita a mirarme como si estuviera viendo algo en lo que no había reparado antes.

—Selena —dice, y su voz es más suave de lo que se la haya oído nunca—, no te voy a dejar sola jamás. Pase lo que pase con los irlandeses o con quien sea. Estás a salvo conmigo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque —dice, y sonríe con esa sonrisa que podría resultar tranquilizadora si no fuera tan inquietante— quien quiera hacerte daño tendrá que matarme a mí primero. Y yo no me muero fácil.

En ese momento, mirando al hombre que se ha casado conmigo por poder pero que ahora está arriesgando una guerra para protegerme, tengo una conclusión aterradora.

Quizá no lo odio tanto como pensaba.

Quizá lo que siento por él es mucho más complicado de lo que quiero admitir.

Y quizá, solo quizá, ser la reina del imperio de un monstruo no es el peor destino posible.

—Prepárate, princesa —dice Konstantin, dirigiéndose hacia la puerta—. La batalla acaba de empezar.

Mientras lo veo marcharse, tengo otro pensamiento aterrador.

Por primera vez desde que lo conozco, deseo que gane.

21 Konstantin



La sala de reuniones de la villa se ha convertido en lo que Viktor ha bautizado como el «centro de mando para matrimonios complicados».

Tres pantallas gigantes muestran mapas de Nueva York con marcadores rojos en las posiciones conocidas de los irlandeses que quedan. Una cuarta pantalla monitoriza todos los accesos a la propiedad en tiempo real. Sobre la larga mesa de caoba hay teléfonos cifrados, dosieres sobre los enemigos y una cantidad de café capaz de mantener despierto a un muerto.

Y aquí estoy yo, el jefe más temido de la costa este, incapaz de concentrarme en una sola palabra de las que está diciendo Viktor porque no paro de pensar en cómo Selena dijo que estaba preocupada por mí.

—...por eso propongo eliminar a O'Sullivan en primer lugar —está diciendo Viktor, señalando la foto de un irlandés con demasiados dientes y demasiado poco cerebro—. Si le cortamos la cabeza, el resto de la serpiente debería morir rápido.

—Mmm —murmuro, fingiendo escuchar mientras en realidad sigo dándole vueltas a cómo se le suavizaron los ojos a Selena cuando admitió que se preocupaba por mi seguridad.

—Por supuesto —continúa Viktor—, también podríamos plantearnos secuestrar a todos sus familiares, torturarlos delante de las cámaras y mandarles los vídeos a los irlandeses con una bonita banda sonora de música clásica.

—Sí, buena idea.

Viktor se interrumpe a media frase y me mira con la expresión de alguien que acaba de descubrir que a su hermano lo ha sustituido un alienígena.

—Acabas de aprobar la tortura de inocentes con acompañamiento musical.

—¿Qué? No. —Sacudo la cabeza, intentando devolver la atención a la conversación—. Perdona, ¿qué decías?

—Estaba comprobando si me estabas escuchando. Evidentemente, no.

—Te estaba escuchando.

—¿A qué?

—A ti, hablando de... cosas estratégicas.

Viktor deja el lápiz con el que estaba dibujando flechas sobre el mapa y me estudia con el interés clínico de un médico diagnosticando una enfermedad rara.

—Pakhan —dice despacio—, ¿cuándo fue la última vez que dormiste?

—Anoche.

—¿Cuánto rato?

—Lo suficiente.

—¿Lo suficiente para qué? ¿Para soñar con tu mujer?

La pregunta da demasiado en el blanco como para resultar cómoda.

—No sueño con Selena.

—¿No? Entonces ¿por qué acabas de pasarte los últimos diez minutos mirando al techo con una expresión que se podría describir como «románticamente distraído»?

—No estoy románticamente distraído. Estoy estratégicamente concentrado.

—¿En qué?

—En cómo proteger nuestros intereses.

—¿Nuestros intereses o a tu esposa?

Es lo mismo, quiero decir. Pero no puedo decírselo a Viktor, porque significaría admitir que Selena se ha vuelto más importante para mí que cualquier otra cosa que poseo.

Lo cual sería una debilidad. Y los líderes no pueden permitirse debilidades.

—Es lo mismo —digo de todas formas, porque al parecer hoy he decidido autodestruirme.

—Ajá. —Viktor sonríe con esa sonrisa que significa que acaba de ganar una discusión que yo no sabía que estábamos teniendo—. Así que ahora Selena es un activo estratégico vital.

—Es mi mujer. Naturalmente es estratégicamente importante.

—¿Estratégicamente importante o personalmente indispensable?

—Viktor.

—¿Sí, Pakhan?

—Estás caminando sobre una línea muy fina.

—La misma línea fina por la que caminas tú cada vez que piensas en ella en lugar de concentrarte en el asunto que podría matarnos a todos.

Tiene razón, y lo odio por eso.

—El asunto no nos va a matar —digo, levantándome y caminando hacia la ventana que da a los jardines—. Los irlandeses son aficionados. Ruidosos, emocionales, poco listos.

—Los aficionados ruidosos a veces ganan batallas por pura suerte de tontos.

—Contra nosotros, no.

—Contra nosotros, no, cuando estamos concentrados —corrige Viktor—. Cuando nuestro líder tiene la cabeza en las nubes en vez de...

Se detiene, y cuando me vuelvo hacia él, está mirando algo en los monitores de seguridad.

—¿En vez de qué?

—En vez de pendiente del coche que está llegando a la verja principal.

Miro la pantalla y veo un Mercedes negro que se acerca al control. La matrícula está registrada en nuestra base de datos:

pertenece a alguien que conozco.

Alguien a quien no quiero ver. No ahora. No con todo lo que está pasando.

—Joder —murmuro.

—¿Problema? —pregunta Viktor.

—Depende de cómo definas problema.

El coche se detiene en la verja y veo a la figura que sale del asiento trasero. Alta, rubia, vestida como si fuera a un estreno de Hollywood en vez de a visitar a un jefe criminal en modo búnker.

Valentina Kózlova. Exmodelo, examante, ex todo lo que en su día creí querer en una mujer.

Y la persona menos oportuna que podría aparecer hoy.

—¿Quién es? —pregunta Viktor, aunque por su tono sospecho que ya lo sabe.

—Valentina.

—Ah. La exnovia a la que llamabas cuando necesitabas... aliviar tensiones.

—No era mi novia.

—Tu cosa, entonces.

—Era cómoda.

—¿Y qué quiere la cómoda Valentina?

Buena pregunta. Valentina nunca se presenta sin un motivo. Y sus motivos son siempre complicados.

—No lo sé —digo, mirando a los guardias que abren la verja para dejarla pasar—. Pero apuesto a que lo descubriremos pronto.

Viktor apaga los monitores y empieza a recoger los documentos esparcidos por la mesa.

—¿Debería desaparecer discretamente? —pregunta.

—No. Quédate. Puede que necesite un testigo.

—¿Un testigo para qué?

—Para lo que sea que Valentina esté tramando.

Cinco minutos después, Sergei llama a la puerta y anuncia que «la señora Kózlova desea ver al Pakhan por un asunto urgente».

Naturalmente es urgente. Con Valentina siempre lo es.

—Hazla pasar —digo, acomodándome detrás del escritorio en modo negocios pleno.

Valentina entra en la sala de reuniones como si pisara una alfombra roja. Todo en ella es perfecto: el pelo, el maquillaje, el vestido que seguramente cuesta más de lo que mucha gente gana en un año. Es hermosa de una manera que en su día me hacía perder la cabeza.

Ahora solo me hace sentir... nada.

Lo cual es raro, teniendo en cuenta que hasta hace un mes la nada era todo lo que sentía por todas las mujeres.

—Konstantin —dice con ese delicioso acento ruso que en su día encontraba tan atractivo—. Qué placer verte.

—Valentina. Qué sorpresa inesperada.

—Espero no molestar —dice, aunque sus ojos ya están evaluando la sala de reuniones como un general que estudia un campo de batalla—. He oído que has tenido... novedades recientes en tu situación doméstica.

Novedades recientes en la situación doméstica. Una manera elegante de decir «me he enterado de que te has casado».

—Las noticias viajan rápido —digo.

—Sobre todo las noticias interesantes. —Se sienta en la silla frente a mi escritorio sin que la inviten—. Y una boda repentina del Ángel de la Muerte con una italiana desconocida es muy interesante.

—No es una desconocida. Es Selena De Luca.

—Ah, sí. La hija del don que lo perdió todo jugando. —Valentina sonríe, pero no hay calor en la sonrisa—. Qué romántico. Una boda por amor.

El sarcasmo de su voz es tan denso que se podría cortar con un cuchillo.

—Era un matrimonio de negocios —digo.

—Naturalmente. —Valentina cruza las piernas y se reclina en la silla—. Pero dime, Konstantin, ¿cómo va esa estrategia matrimonial?

Es una pregunta trampa. Lo noto en sus palabras, lo veo en sus ojos.

—Va según lo previsto.

—¿De verdad? Porque he oído que tu mujer intentó escapar el segundo día de matrimonio.

¿Cómo demonios sabe estas cosas? Valentina siempre ha tenido una red de informadores que daría envidia a la CIA, pero esto es demasiado específico para ser simple cotilleo criminal.

—La información siempre ha estado... coloreada por la imaginación —digo.

—Y la de Konstantin siempre ha estado coloreada por el orgullo. —Se levanta de la silla y camina hacia la ventana—. Y bien, ¿dónde está la famosa esposa? Me encantaría conocerla.

—Selena está ocupada.

—¿Ocupada planeando la próxima fuga?

Viktor hace un ruido que podría ser una risa contenida. Le lanzo una mirada que debería bastar para callarlo.

—Selena está aprendiendo a adaptarse a su nueva vida —digo.

—Y tú estás aprendiendo a adaptarte a tener una mujer que preferiría estar en otra parte.

Justo entonces se abre la puerta de la sala de reuniones y entra Selena.

Y, naturalmente, porque mi vida se ha convertido en una comedia escrita por un sádico, va vestida de manera absolutamente perfecta. Unos vaqueros que le sientan como una segunda piel, una blusa elegante sin ser provocativa, el pelo recogido de una forma que deja al descubierto el cuello que quiero besar.

Parece una reina inspeccionando su reino.

Y Valentina, la mujer que en su día consideraba la perfección femenina, de repente parece... artificial en comparación.

—Ah —dice Selena al ver a Valentina—. Lo siento, no sabía que tenías visita.

—Selena —digo, levantándome de forma automática—, te presento a Valentina Kózlova. Valentina, mi mujer, Selena.

Las dos mujeres se estudian durante un instante que parece eterno.

Y yo, por primera vez en años, tengo miedo de lo que pueda pasar a continuación.

22 Selena



Lo primero que noto de Valentina Kózlova es que es todo lo que yo no soy.

Alta donde yo soy normal. Rubia platino donde yo soy morena. Perfecta donde yo soy... bueno, normal. Es ese tipo de mujer que parece sacada de una revista de moda, con esas piernas infinitas y esa sonrisa que promete pecados interesantes.

También es, muy claramente, el tipo de mujer con la que Konstantin se acostaba antes de casarse conmigo.

Lo cual explica un montón de cosas sobre por qué siempre parece ligeramente decepcionado cuando me mira.

—Qué placer conocerte por fin —dice Valentina con una sonrisa que sería perfecta si no fuera tan falsa—. Konstantin me ha hablado tanto de ti.

Mentirosa. Apuesto a que Konstantin no le ha contado una mierda de mí, y probablemente esa es justo la cuestión.

—¿Ah, sí? —respondo, forzando una sonrisa igual de falsa—. Qué raro, porque él a mí no me ha mencionado nunca a ti.

La sonrisa de Valentina vacila durante un nanosegundo antes de volver más luminosa que antes.

—Oh, pero claro que no. Los hombres son tan reservados con su pasado, ¿no te parece?

Pasado. Como si Konstantin fuera un libro que ella ya hubiera leído y yo apenas estuviera empezando la primera página.

—Selena —interviene Konstantin, y hay algo en su voz que no consigo identificar—. Valentina justo se iba.

—Oh, no —dice Valentina, riendo como si hubiera dicho la cosa más divertida del mundo—. Aún no. Si acabamos de empezar a conocernos.

Se vuelve hacia mí con esos ojos azules que parecen evaluar cada detalle de mi aspecto y encontrarlo insuficiente.

—Sabes —dice—, me imaginaba que la mujer de Konstantin sería... distinta.

—¿Distinta cómo?

—Más... ¿cómo decirlo?... ¿sofisticada? Konstantin siempre ha tenido unos gustos tan... refinados.

Refinados. Una manera bonita de decir que soy una pueblerina al lado de sus ex.

—¿Y tú serías un ejemplo de esos gustos refinados? —pregunto, ladeando la cabeza con interés fingido.

—Oh, Konstantin y yo hemos compartido muchas cosas —dice Valentina, y la forma en que pronuncia «muchas cosas» deja poco a la imaginación—. Experiencias... culturales. Viajes. Cenas en sitios exclusivos. Ya sabes cómo es.

No, no sé cómo es. Nunca he estado en sitios exclusivos con Konstantin. La única cena que hemos compartido fue ese primer desayuno matrimonial en el que me explicó las normas de mi cautiverio.

—Tiene que haber sido precioso —digo, y espero que el sarcasmo no se note demasiado.

—Oh, lo era. Konstantin es un hombre tan... apasionado. Tan generoso. Cuando decide dedicarte su atención... —Suspira teatralmente—. Es una experiencia inolvidable.

Cada palabra es una pequeña puñalada. No porque me importe de verdad el pasado de Konstantin —no debería importarme—, sino porque Valentina está pintando deliberadamente un cuadro de intimidad y complicidad que yo no voy a tener nunca.

Y lo peor es que funciona. Siento que algo se me retuerce en el estómago, algo que se parece peligrosamente a celos.

Lo cual es ridículo, porque no puedes estar celosa de un hombre que se casó contigo por interés y te tiene prisionera.

¿Verdad?

—¿Y vosotros dos —continúo, fingiendo conversación cortés— os seguís viendo a menudo?

—Oh, de vez en cuando. Cuando Konstantin necesita... asesoramiento. Sobre cuestiones delicadas.

Cuestiones delicadas. Seguro.

—¿Qué tipo de asesoramiento? —pregunta Viktor, que hasta ahora se había mantenido callado en una esquina—. ¿Estratégico o personal?

Valentina vuelve a reír, ese sonido que probablemente vuelve locos a los hombres.

—Viktor, siempre tan directo. Esa cualidad tuya siempre me ha gustado.

Viktor no parece especialmente halagado por el cumplido.

—Valentina —dice Konstantin, y ahora su voz es decididamente más fría—, ¿no querías hablar de aquel asunto de negocios?

—Ah, sí, claro. —Valentina se vuelve hacia mí—. Selena, querida, espero que no te importe si te robo a tu marido unos minutos. Cuestiones aburridas, ya sabes cómo son los negocios.

No, no sé cómo son los negocios. Por lo visto, no sé nada de la vida de mi marido. Pero Valentina sí.

—Naturalmente —digo, aunque cada fibra de mi ser quiere decir absolutamente que no—. Yo iba a la biblioteca, de todas formas.

Me dirijo hacia la puerta, pero, cuando estoy en el umbral, no puedo resistirlo. Me giro y veo que Valentina se ha acercado a Konstantin con una mano apoyada en su brazo, en un gesto que parece demasiado familiar.

Y Konstantin no la aparta.

Salgo del despacho con toda la dignidad que consigo reunir, pero dentro del pecho llevo un fuego que no logro apagar.

Camino hacia la biblioteca, pero no consigo concentrarme en nada. Cojo un libro, lo devuelvo, cojo otro. Las palabras se

desdibujan ante mis ojos.

Lo único en lo que pienso es en Valentina. En su mano sobre el brazo de Konstantin. En cómo lo miraba. En cómo había hablado de sus «experiencias compartidas».

Estoy casada con un hombre al que no conozco. Un hombre que tuvo una vida entera antes de mí, llena de mujeres como Valentina. Mujeres bellas, sofisticadas, que sabían cómo complacerlo.

Mujeres a las que él eligió.

Mientras que a mí simplemente me... asignaron.

Después de lo que parece una eternidad, oigo voces en el pasillo. Valentina riendo, Konstantin diciendo algo que no consigo descifrar.

Me acerco a la puerta de la biblioteca y la abro un poco, lo justo para ver el vestíbulo.

Konstantin y Valentina están cerca. Demasiado cerca. Ahora ella tiene las dos manos sobre su pecho, y él... él no la está apartando.

—Konstantin —la oigo decir—, ¿estás seguro de que este matrimonio es lo que de verdad quieres?

—Mis decisiones matrimoniales ya no son asunto tuyo, Valentina.

—¿Ya no? Pensé que había cosas entre nosotros que nunca iban a cambiar.

Y entonces hace algo que me hiela la sangre. Se pone de puntillas y le susurra algo al oído.

Sea lo que sea lo que le ha dicho, lo hace sonreír. Esa sonrisa que nunca lo he visto dirigirme a mí.

Es en ese momento cuando entiendo algo aterrador sobre mí misma.

No estoy enfadada porque Konstantin tenga un pasado. Estoy enfadada porque ese pasado parece más real, más deseable que su presente conmigo.

Estoy celosa. Visceral, estúpida, irracionalmente celosa de una mujer que representa todo lo que yo no voy a ser jamás para él.

Y esto me da más rabia que los celos en sí.

Cierro la puerta de la biblioteca más fuerte de lo necesario y me dejo caer en un sillón, mirando al techo y preguntándome cuándo se ha vuelto tan complicada mi vida.

El matrimonio se suponía que iba a ser sencillo. Yo lo odio, él me controla, vivimos en guerra fría para siempre. Fin de la historia.

En cambio, ahora hay esta mujer perfecta que conoce todas las cosas de él que yo no conozco. Que lo hace sonreír de formas en las que yo no lo hago sonreír. Que tuvo su atención cuando él no estaba obligado a dársela.

Y yo, idiota de mí, quiero lo que ella tuvo.

Quiero que Konstantin me mire como la miraba a ella. Quiero que me toque como la tocaba a ella. Quiero ser la mujer a la que elige, no aquella con la que se ha casado por conveniencia.

Lo cual es completamente delirante, porque odio a Konstantin Morozov.

¿Verdad?

Pero, si lo odio de verdad, ¿por qué me duele tanto verlo con otra mujer?

¿Por qué me importa que haya tenido una vida llena de mujeres preciosas antes de mí?

¿Y por qué, que Dios me ayude, ya estoy planeando cómo hacerle la vida imposible a Valentina Kózlova si vuelve a poner un pie en esta villa?

La respuesta es sencilla y aterradora.

Ya no odio a Konstantin tanto como pensaba.

Y eso lo cambia todo.

23 Konstantin



Valentina cierra la puerta de mi despacho a su espalda con un clic que me suena demasiado familiar.

Es el mismo sonido que hacía cuando venía aquí para nuestros... encuentros. Cuando la vida era más sencilla y las mujeres eran solo cuerpos calientes con los que descargar tensión.

—Por fin solos —dice, y su voz tiene esa cualidad ronca que en su día me hacía perder la cabeza.

Ahora solo me hace pensar en lo vulnerable que parecía Selena cuando vio la mano de Valentina sobre mi brazo.

Lo cual es un problema. Un puto problema gordo.

—Valentina —digo, pasando detrás del escritorio para poner una barrera física entre nosotros—, has dicho que tenías cuestiones de negocios que tratar.

—Oh, sí, claro. —Se acerca al escritorio con esa forma felina de caminar que en su día me ponía en éxtasis—. El negocio de salvar a un viejo amigo de un error catastrófico.

—¿Qué error?

—Este matrimonio ridículo.

Se sienta en el borde de mi escritorio, las piernas cruzadas, la falda subiéndole lo bastante para enseñar unos muslos que en otro tiempo besaba con regularidad.

No pienses en los muslos. Piensa en Selena. En cómo se le entornaron los ojos cuando vio que Valentina me tocaba.

¿Por qué estoy pensando en Selena cuando tengo a Valentina prácticamente desnuda sobre mi escritorio?

—Mi matrimonio no es un error —digo, aunque no estoy del todo seguro de creérmelo.

—¿Ah, no? Entonces ¿por qué pareces tan... tenso?

Valentina se levanta y empieza a rodear el escritorio en mi dirección. Es una depredadora que ha olido a la presa herida.

—No estoy tenso.

—¿No? Entonces ¿por qué no me has tocado todavía?

Buena pregunta. En el pasado, cuando Valentina aparecía en mi despacho con ese vestido y esa sonrisa, a estas alturas ya estaríamos medio desnudos.

En cambio, lo único en lo que pienso es en cómo me había mirado Selena cuando le dije que estaba preocupado por su seguridad. Ese instante de vulnerabilidad en sus ojos verdes antes de que la máscara desafiante volviera a su sitio.

—Estoy casado —digo, y las palabras me suenan raras incluso a mí.

Valentina suelta una carcajada.

—¿Desde cuándo te ha frenado eso? Follamos cuando estabas prometido a aquella morena... ¿cómo se llamaba? ¿Lara?

—Era distinto.

—¿En qué era distinto?

¿Cómo le explico que Lara solo era una conveniencia social mientras que Selena es... qué? ¿Mi obsesión? ¿Mi perdición? ¿La primera mujer que me ha hecho sentir algo real?

—Era distinto porque no estaba casado.

—Konstantin —dice Valentina, y ya está lo bastante cerca como para tocarme. Sus dedos resbalan por mi brazo—. Tú no eres el tipo de hombre del matrimonio. Eres del tipo de... otras cosas.

Sus manos suben hacia mi pecho y empiezan a desabrocharme la camisa.

Normalmente, a estas alturas, ya la habría empujado contra la pared.

En cambio, estoy pensando en cómo Selena dijo que estaba preocupada por mí.

¿Qué cojones me está pasando?

—Valentina —digo, deteniéndole las manos—, para.

—¿Que pare? —repite, como si le hubiera hablado en una lengua alienígena—. Konstantin, soy yo. Valentina. Sabes lo que puedo hacer por ti.

Sí, lo sé. Conozco cada centímetro de su cuerpo, cada sonido que hace, exactamente cómo tocarla para volverla loca.

Pero ahora lo único en lo que pienso es en que no es Selena.

No tiene esos ojos verdes que me desafían incluso cuando deberían tener miedo. No tiene esa boca que escupe sarcasmo y fuego a partes iguales. No tiene esa forma de caminar como si poseyera el mundo aunque técnicamente sea mi prisionera.

—Las cosas han cambiado —digo, alejándome del escritorio.

—¿Cambiado cómo?

—Ahora estoy casado.

—¡Con una niñata que te odia!

—Con una mujer que... —Me detengo, porque estaba a punto de decir algo que no estoy listo para admitir. Ni siquiera ante mí mismo.

—¿Con una mujer que qué, Konstantin?

Con una mujer que me ha hecho sentir vivo por primera vez en años. Con una mujer que desafía cada certeza que creía tener sobre mí mismo. Con una mujer que me hace querer ser algo más que el Ángel de la Muerte.

—Con una mujer que es mi esposa —digo, en cambio.

Valentina me estudia con esos ojos azules que en su día encontraba tan hermosos.

—Estás enamorado de ella —dice, y no es una pregunta.

—No estoy enamorado de nadie.

—Mentiroso.

—Valentina...

—Tú, Konstantin Morozov, el hombre que me dijo que el amor era cosa de débiles, estás enamorado de una cría italiana que preferiría morir antes que tocarte.

Sus palabras me caen encima a martillazos porque están demasiado cerca de la verdad como para resultar cómodas.

—No sabes de qué hablas.

—Sé exactamente de qué hablo. Te conozco desde hace cinco años, Konstantin. Sé cuándo mientes.

Valentina se acerca de nuevo, pero esta vez no para seducirme. Para estudiarme.

—Dios mío —susurra—. Es verdad. Estás enamorado de ella, de verdad.

—No...

—Y ella no te corresponde, ¿a que no? Por eso estás tan... desesperado.

Desesperado. La palabra que no quería oír.

—No estoy desesperado.

—¿No? Entonces ¿por qué estás rechazando sexo garantizado conmigo para serle fiel a una esposa que te odia?

Es una pregunta de mierda, y los dos lo sabemos.

Pero también es una pregunta que merece una respuesta honesta.

—Porque —digo despacio—, por primera vez en mi vida, lo que quiere otra persona es más importante que lo que quiero yo.

Valentina da un paso atrás, como si le hubiera cruzado la cara.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con el verdadero Konstantin?

—Soy el mismo hombre de siempre.

—No, no lo eres. El Konstantin que yo conozco ya se habría follado a su esposita y a mí antes del desayuno. El Konstantin que yo conozco no se priva del placer por... ¿por qué? ¿Por principios?

—Por respeto.

—¿Respeto por quién? ¿Por una mujer que te desprecia?

—Respeto por el matrimonio.

Ahora Valentina sí que se ríe de verdad, un sonido que llena el despacho como cristal roto.

—¿El matrimonio? ¿Tú respetas el matrimonio? ¿El hombre que voló por los aires la iglesia donde iba a casarse su rival ahora respeta el matrimonio?

Tiene razón. Es absurdo. Es hipócrita. Va completamente en contra de todo lo que he sido siempre.

Pero también es verdad.

—Las cosas cambian —digo.

—Las personas no cambian, Konstantin. No tan drásticamente. No tan rápido.

—Quizá esta persona sí.

Y entonces la puerta del despacho se abre con violencia y choca contra la pared con un golpe que nos hace dar un respingo a Valentina y a mí.

Selena está en el umbral como una furia griega venida a reclamar venganza.

Sus ojos verdes arden con una rabia tan pura que podría fundir el acero. El pelo le cae sobre los hombros en ondas furiosas. Tiene los puños apretados a los costados.

Está magnífica.

—Siento interrumpir —dice con una voz que podría cortar diamantes—, pero necesitaba hablar de una cosa con mi marido.

Mi marido. La forma en que lo dice, con esa posesión feroz, me da ganas de sonreír.

Valentina se incorpora, volviendo automáticamente a modo competición.

—Selena, querida —dice con esa sonrisa falsa—. Konstantin y yo estábamos justamente terminando.

—¿De verdad? —Selena entra del todo en el despacho y cierra la puerta a su espalda—. Porque desde fuera parecía que acabarais de empezar.

Ahí está. Veo lo que esperaba ver.

Celos. Celos puros, primarios en sus ojos.

Selena está celosa de Valentina.

Lo que significa que siente algo por mí. Algo que va más allá del odio y la resignación.

Y por primera vez en días, sonrío de verdad.



El silencio que sigue a mi entrada en el despacho es tan denso que se podría cortar con un machete.

Valentina me mira con una sonrisa que podría derretir el hielo, pero que a mí solo me dan ganas de arrancarle uno a uno cada cabello rubio de la cabeza perfecta.

Konstantin me mira como si estuviera viendo algo completamente nuevo e inesperado.

Y yo los miro a los dos con una rabia tan pura que podría alimentar una central nuclear durante un año.

—Selena, querida —dice Valentina con ese tono meloso que se supone debe sonar dulce, pero suena condescendiente—, no hacía falta que interrumpieras. Konstantin y yo solo estábamos... recordando los viejos tiempos.

Recordando los viejos tiempos. Con ella sentada sobre su escritorio y las manos en los botones de su camisa.

—Qué románticos —digo, y el sarcasmo en mi voz podría envenenar una ciudad entera—. Nada como los recuerdos compartidos con las exputas.

La sonrisa de Valentina vacila por primera vez desde que la conozco.

—¿Cómo dices? —pregunta, y su voz ha bajado tres grados.

—Has oído perfectamente. ¿O tienes problemas de oído además de... de profesionalidad?

Konstantin emite un sonido que podría ser una risita contenida, pero cuando lo miro su expresión es completamente seria.

—Selena —dice, y hay algo en su voz que no consigo identificar —, quizá deberías...

—¿Quizá debería qué? —lo interrumpo, volviéndome hacia él con toda la furia acumulada en los últimos diez minutos—. ¿Quizá debería irme educadamente mientras tú y tu ex zorra hacéis un viaje por la memoria?

—Yo no soy una zorra —interviene Valentina, levantándose del escritorio con movimientos felinos.

—¿No? Entonces ¿cómo definirías a una mujer que se presenta en casa de un hombre casado para seducirlo?

—Me definiría como una vieja amiga preocupada por el bienestar de Konstantin.

—¿Su bienestar o su virilidad?

—¡Selena! —dice Konstantin, y ahora su voz tiene ese tono de advertencia que conozco demasiado bien.

Pero yo estoy más allá de cualquier advertencia. Más allá de la sensatez. Más allá de cualquier cosa que no sea esta rabia cegadora que me arde en las venas como ácido.

—No me llames Selena con ese tono —espeto, girándome hacia él con una rapidez que lo sorprende—. No cuando acabas de dejar que tu ex puta te ponga las manos encima.

—Ella no es mi ex puta.

—¿No? Entonces ¿qué es?

Konstantin duda, y en esa duda veo todo lo que necesito ver.

Valentina no es solo una ex. Ha sido algo más. Algo significativo.

Y eso me duele más de lo que quiero admitir.

—Ha sido... importante para mí —dice al fin.

Importante. La palabra me da de lleno en el estómago.

—¿Cómo de importante?

—Selena, este no es el momento para...

—¿Cómo de IMPORTANTE? —grito, y mi voz rebota contra las paredes del despacho.

—Lo bastante —dice, y la honestidad de su voz duele más que cualquier mentira que pudiera haber contado.

Y ahí algo se rompe dentro de mí.

No la rabia. No el orgullo. Algo más profundo. Algo que ni siquiera sabía que poseía.

Me lanzo contra Konstantin con una furia que nos sorprende a los tres.

Mis manos encuentran su pecho y lo empujo con todas mis fuerzas. No se mueve ni un milímetro, claro está, pero el gesto me hace sentir marginalmente mejor.

—¡Cabrón! —Sigo golpeándolo, puños débiles contra su pecho de granito—. ¡Cabrón mentiroso!

—Selena, cálmate...

—¡No me digas que me calme! —Le pego una bofetada que le gira la cabeza hacia un lado—. ¡No me digas una mierda!

Konstantin se toca la mejilla donde lo he golpeado, y cuando vuelve a mirarme tiene los ojos más oscuros de lo que se los he visto nunca.

—¿Has terminado? —pregunta, con esa calma peligrosa que debería darme miedo.

—¡No, no he terminado! —Le pego otra bofetada, más fuerte que la primera—. ¡No voy a terminar nunca!

Y entonces hace algo que no me espero.

Me agarra por las muñecas, me empuja contra la pared del despacho y me besa.

No es dulce. No es romántico. Es posesivo, dominante, un acto de propiedad que debería darme asco.

En cambio, me derrite como cera ante el fuego.

Sus labios duros contra los míos, su lengua invadiéndome la boca sin pedir permiso. Sus dientes mordiéndome el labio inferior lo bastante fuerte como para arrancarme un gemido.

Y yo, que Dios me ayude, le respondo con la misma violencia.

Mis dedos se enredan en su pelo, tirando con la fuerza suficiente como para arrancarle un sonido bajo y ronco. Mi lengua pelea con la suya en una batalla que ninguno de los dos quiere ganar.

Es guerra disfrazada de pasión. Es odio con sabor a deseo. Es todo lo que llevo conteniendo los últimos días, estallando entre nosotros como dinamita.

Cuando por fin nos separamos, los dos estamos sin aliento.

—¿Has terminado? —vuelve a preguntar, pero esta vez su voz es ronca.

—No lo sé —susurro, porque es la verdad. No sé si he terminado. No sé si voy a empezar alguna vez.

Entonces me acuerdo de que no estamos solos.

Me vuelvo hacia Valentina, que nos ha estado observando con una expresión que no consigo descifrar.

—¿Algún problema? —le pregunto, aunque la voz me sale más quebrada de lo que querría.

—Ningún problema —dice Valentina, y por primera vez desde que la conozco parece genuinamente sorprendida—. Solo... esclarecedor.

—¿Esclarecedor?

—Sí. —Se dirige a la puerta, recogiendo el bolso por el camino—. Esclarecedor ver lo celosa que estás de alguien al que odias.

Sus palabras me caen encima como un bate de béisbol.

Porque tiene razón.

Estoy celosa. Visceral, estúpida, irracionalmente celosa.

Pero ¿cómo puedes estar celosa de alguien al que odias?

¿Cómo puedes querer poseer a alguien al que ojalá no hubieras conocido nunca?

¿Cómo puedes desear a alguien que te ha destrozado la vida?

—Yo no estoy celosa —digo, pero las palabras suenan flojas hasta para mí.

—¿No? —Valentina se detiene en el umbral—. Entonces ¿cómo llamas a lo que acaba de pasar?

—Protección de la propiedad.

Valentina se ríe, un sonido más comprensivo que cruel.

—Querida Selena —dice—, no estás protegiendo la propiedad. Estás protegiendo el corazón.

La puerta se cierra a su espalda con un golpe seco, dejándome sola con Konstantin y la conciencia aterradora de que quizá, solo

quizá, Valentina tenga razón.

No estoy protegiendo la propiedad.

Estoy protegiendo algo mucho, mucho más peligroso.

25 Konstantin



En el momento en que la puerta se cierra detrás de Valentina, Selena y yo nos quedamos a solas en mi despacho como dos contendientes que acaban de terminar un asalto y están sopesando si empezar otro.

La tensión entre nosotros es tan eléctrica que podría darle electricidad a toda la villa durante un mes.

—Bueno —digo, aflojándome la corbata con movimientos deliberados—. Eso ha sido esclarecedor.

—¿Esclarecedor? —Selena me mira como si acabara de declarar que la Tierra es plana—. ¿Tu ex zorra acaba de decirme que estoy protegiendo el corazón y a ti te parece esclarecedor?

—No es mi ex zorra.

—¿Ah, no? Entonces ¿qué era?

Valentina era... complicada. Era hermosa, sofisticada, sabía exactamente cómo complacerme sin desafiar nunca de verdad nada importante. Era segura. Predecible.

Todo lo que Selena no es.

—Era cómoda —digo al fin.

—Cómoda. —Selena repite la palabra como si tuviera un sabor amargo—. ¿Y yo qué soy?

Es una pregunta trampa. Una pregunta cuya respuesta debería ser obvia, pero que en cambio me da ganas de decir cosas que no estoy listo todavía para admitir.

—Tú —digo, acercándome despacio— eres todo lo que Valentina jamás ha sido.

—¿Es decir?

—Peligrosa.

Selena da un paso atrás, pero la pared está detrás de ella. No tiene adónde ir.

—¿Peligrosa para quién?

—Para mí.

Me detengo frente a ella, lo bastante cerca como para oler su piel, lo bastante cerca como para distinguir las pequeñas motas doradas de sus ojos verdes.

—Selena —digo, con la voz más baja que antes—. Has estado celosa.

—No estaba celosa.

—Mentirías aunque la casa estuviera ardiendo.

—No estaba...

La hago callar poniéndole un dedo en los labios.

—Has estado celosa —repito—. ¿Y sabes lo que significa eso?

Sus ojos se entornan peligrosamente.

—¿Significa que eres un cabrón arrogante que se cree que lo sabe todo?

—Significa que sientes algo por mí.

La veo tragar saliva, y sé que he dado en el clavo.

—No siento nada por ti.

—¿No? Entonces ¿no te importaría que esta noche fuera a casa de Valentina?

Sus ojos relampaguean con una rabia tan pura que podría fundir el acero.

—Haz lo que te dé la gana. No es asunto mío.

—¿De verdad?

Hundo la mano en su pelo, enredando los dedos en los mechones oscuros. No con la fuerza suficiente para hacerle daño, pero sí lo bastante como para que entienda que soy yo quien controla esta situación.

—¿Entonces no te importaría que le contara todas las formas en que podrías complacerme? ¿Todos los puntos en los que podrías tocarme para volverme loco?

—Konstantin... —Su voz es una advertencia, pero hay algo más por debajo. Algo que suena peligrosamente a deseo.

—¿No te importaría si le dijera a qué sabe tu boca cuando te beso? ¿Cómo reacciona tu cuerpo cuando te toco?

—Para.

—¿Por qué? ¿Te molesta?

—Me molesta que seas un cabrón manipulador.

—Y te molesta que tenga razón.

Antes de que pueda responder, aplasto mis labios contra los suyos en un beso que es todo fuego y posesión.

Selena se resiste durante un nanosegundo, y después me devuelve el beso con una ferocidad que me sorprende. Sus manos se aferran a mi camisa, atrayéndome mientras su boca se abre bajo la mía.

Es una batalla disfrazada de beso. Una guerra de voluntades que ninguno de los dos quiere perder.

Cuando nos separamos, los dos estamos sin aliento.

—Al dormitorio —ordeno—. Ahora.

—¿Y si dijera que no?

—No vas a decir que no.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque —digo, levantándola y cargándomela al hombro como un saco de patatas— ahora que sé lo celosa que estás, sé exactamente cómo conseguir lo que quiero.

Selena protesta durante todo el camino hasta el dormitorio matrimonial, pero a sus protestas les falta convicción.

Cuando llegamos a la habitación, la deposito sobre la cama con más delicadeza de la que merece después de haber intentado escapar y de haber insultado a mi ex.

—Ahora —digo, empezando a desabrocharme la camisa— voy a enseñarte la diferencia entre Valentina y tú.

—¿Qué diferencia?

—Valentina nunca me hizo perder el control.

Termino de desabrocharme la camisa y me la quito, dejándola caer al suelo.

—Tú, en cambio...

Me inclino sobre ella, las manos sobre sus caderas.

—Tú me das ganas de ser posesivo. Territorial. Primitivo.

Mis manos suben hasta encontrar el bajo de su blusa.

—Konstantin...

—Dime.

—¿Qué estamos haciendo?

—Lo que tendríamos que haber hecho hace semanas.

Le quito la blusa con movimientos deliberados, descubriendo centímetros de piel cremosa que quiero besar, morder, reclamar como mía.

—Eres preciosa —murmuro, y lo pienso de verdad.

Valentina era perfecta de una forma artificial. Selena es hermosa de una manera que me golpea directo en el pecho y me hace olvidar mi propio nombre.

—No como Valentina.

—No —concedo, las manos resbalando por sus caderas—. Mejor que Valentina.

Mis labios encuentran su clavícula y Selena emite un sonido que me hace perder la cabeza.

—Konstantin...

—Dime qué quieres, princesa.

—Quiero... quiero que dejes de hablar de otras mujeres cuando estamos así.

Sonrío contra su piel.

—¿Celosa?

—Posesiva.

Es una distinción importante, y me gusta.

—Entonces sé posesiva —susurro contra su oreja—. Demuéstrame que soy tuyo.

Mis manos se mueven hacia el sujetador y le liberan los pechos con movimientos expertos.

Selena arquea la espalda cuando mis labios encuentran su pezón, y el sonido que hace me da ganas de poseerla por completo.

Pero todavía no.

No cuando puedo ver la rendición en sus ojos. No cuando puedo notar cuánto me desea por la forma en que su cuerpo reacciona a mi roce.

—Dime que me deseas —ordeno, la boca pasando del pecho al cuello.

—Te odio —susurra, pero sus manos están en mi pelo, atrayéndome más cerca.

—Dime que me deseas —repito, mordiéndole ligeramente la piel.

—Konstantin...

—Dilo.

Mis manos van al botón de sus vaqueros, y Selena tiembla debajo de mí.

—Dilo, Selena, o me detengo aquí.

—Te deseo —susurra al fin, y las palabras me dejan sin aire.

—¿Cuánto me deseas?

—Lo suficiente como para odiarme por ello.

Es la respuesta más sincera que le haya oído nunca, y me dan ganas de darle todo lo que quiere.

Pero todavía no.

En cambio, abandono la cama y me incorporo, disfrutando de la confusión y la frustración que cruzan su rostro.

—¿Adónde vas? —pregunta, y hay pánico en su voz.

—A ningún sitio.

—¿Entonces por qué te has parado?

—Porque —digo, sonriendo con esa sonrisa que sé que es cruel— cuando estés lista para suplicar, te tendré entera.

—Cabrón.

—Probablemente. Pero ahora soy tu cabrón.

—¡No eres mío!

—¿No? Entonces ¿por qué estás temblando?

Selena se cubre con la sábana, los ojos ardiendo de rabia y de deseo insatisfecho.

—Te odio.

—Lo sé. Pero también me deseas.

—Eso no significa nada.

—Significa todo.

Vuelvo a ponerme la camisa, disfrutando de lo frustrada que está.

—Buenas noches, mujercita —digo, dirigiéndome hacia la puerta.

—¡Konstantin!

—¿Sí?

—Eres el cabrón más cruel que he conocido en mi vida.

—Gracias. Le dedico mucho esfuerzo.

Salgo de la habitación con el sonido de sus maldiciones siguiéndome por el pasillo.

Y, por primera vez desde que me casé con ella, estoy completamente seguro de que al final será mía.

Completa, irrevocablemente mía.



Me despierto la mañana siguiente a nuestra... sesión interrumpida con la sensación de haber dormido sobre una cama de clavos.

El cuerpo todavía me arde donde Konstantin me ha tocado. La piel está hipersensible, como si cada terminación nerviosa hubiera sido despertada y luego abandonada en lo mejor.

Cabrón calculador.

Sabe perfectamente lo que ha hecho. Me ha llevado al borde del abismo y luego me ha dejado allí, temblando y frustrada, con la dolorosa certeza de que lo deseo más de lo que quiero admitir.

Y lo peor es que está funcionando.

Estoy aquí en la cama matrimonial que se suponía nuestra, pero que se ha convertido en el campo de batalla de su estrategia psicológica, y en lo único en lo que pienso es en cuánto quiero que vuelva a terminar lo que ha empezado.

Lo cual es patológico, teniendo en cuenta que se supone que debo odiarlo.

Pero parece que mi cuerpo tiene una agenda propia que tiene poco que ver con la lógica.

Un golpe en la puerta me salva de mis pensamientos autodestructivos.

—Adelante —digo, esperando que no sea Konstantin. No estoy lista para otro asalto de su juego psicológico.

En cambio, entra Anna con una bandeja de desayuno y una sonrisa que parece genuinamente preocupada.

—Buenos días, Mrs. Morozov. ¿Ha dormido bien?

—De maravilla —miento—. Nada como una noche de sueño profundo e ininterrumpido.

Anna me mira como si supiera exactamente cuánto miento, pero es demasiado educada para decirlo.

—El Pakhan me ha pedido que le diga que ha tenido... asuntos urgentes que atender esta mañana. Pero ha dejado dicho que puede recibir una visita esta tarde.

¿Una visita? ¿Quién en el mundo estaría tan loco como para venir a verme a esta villa fortificada?

—¿Qué tipo de visita?

—La señorita Chiara Romano. Ha dicho que es íntima amiga suya.

Chiara. Mi mejor amiga desde el instituto, la única persona normal que conozco, la que estudia literatura y piensa que el peor crimen es copiar en un examen.

La persona que representa todo lo que era mi vida antes de que se convirtiera en esta pesadilla complicada.

—¿Chiara quiere venir aquí?

—Ya está aquí, Mrs. Morozov. La ha revisado seguridad y se le ha aprobado una visita de dos horas.

Dos horas. Como si estuviera en la cárcel en lugar de...

Bueno, técnicamente estoy en la cárcel. Una cárcel dorada, pero cárcel al fin y al cabo.

—Hazla pasar —digo, repentinamente desesperada por ver una cara amiga—. Y, Anna, llámame Selena, ¿de acuerdo? Mrs. Morozov me hace sentir como si tuviera sesenta años.

Anna sonríe.

—Naturalmente, Selena.

Diez minutos después, Chiara entra en el dormitorio matrimonial como un tornado de normalidad en un mundo que se ha vuelto completamente surrealista.

Está exactamente como la recordaba: pelo rizado que siempre escapa del intento de recogérselo, gafas que le resbalan por la nariz,

vestida como si se hubiera vestido a oscuras pero de una forma adorable.

Es todo lo que yo ya no soy.

—¡Selena! —Me abraza tan fuerte que casi no puedo respirar—. Joder, cuánto te he echado de menos.

Y entonces se detiene, mirándome de verdad por primera vez.

—Madre mía —susurra—. ¿Qué te ha pasado?

—¿Qué quieres decir?

—Que pareces... distinta. Más... no sé cómo explicarlo. ¿Más intensa? ¿Más afilada?

Intensa y afilada. Una manera bonita de decir que parezco una mujer que ha descubierto deseos que no sabía tener.

—Es el matrimonio —digo, sentándonos las dos en la cama—. Te cambia.

—El matrimonio con un jefe mafioso ruso cambiaría a cualquiera —dice Chiara, y enseguida se tapa la boca con la mano—. Perdona. No tendría que haber dicho eso.

—¿Por qué? Es verdad.

—Pero ¿cómo estás? De verdad. Sin mentiras educadas.

Buena pregunta. Una que no estoy segura de saber responder con honestidad.

—Estoy... confundida —admito al fin.

—¿Confundida sobre qué?

—Sobre todo. Sobre él. Sobre mí. Sobre en qué me estoy convirtiendo.

Chiara se quita las gafas y las limpia, un gesto nervioso que hace cuando está a punto de decir algo importante.

—Selena —dice despacio—, hace tres semanas me llamaste llorando porque tu padre te había vendido a un criminal ruso. Ahora pareces... no sé. Pareces alguien que ha encontrado algo que no sabía que buscaba.

Tiene razón, y eso me aterra.

—No he encontrado nada —protesto—. Solo me estoy... adaptando a la situación.

—¿Adaptándote cómo?

¿Cómo le explico a Chiara —dulce, inocente Chiara, que cree que la pasión es lo que lee en las novelas de Jane Austen— que estoy empezando a desear a un hombre al que debería odiar?

¿Cómo le cuento la forma en que mi cuerpo reacciona cuando Konstantin me toca? ¿Cómo me hace sentir viva y muerta a la vez?

¿Cómo le explico que ayer noche estuve celosa de otra mujer de una manera que ni siquiera sabía que era posible?

—Me estoy adaptando a vivir aquí. Con él. A estar... casada.

—¿Y él cómo se porta contigo?

La pregunta del millón.

—Es... complicado.

—¿Complicado en qué sentido?

—Complicado en que nunca consigo entender qué está pensando. En un momento parece odiarme, al siguiente parece que... no sé. Que siente algo.

—¿Qué tipo de algo?

El tipo de algo que me deja sin aliento y temblando contra las paredes. El tipo de algo que me hace olvidar mi propio nombre cuando me besa.

—Interés, supongo.

Chiara me estudia con esos ojos marrones que siempre han visto demasiado.

—Selena —dice con suavidad—, tú sientes algo por él.

No es una pregunta.

—No siento nada por él.

—Mentirías aunque la casa estuviera ardiendo.

Es lo mismo que me dijo Konstantin ayer, y el hecho de que sea verdad me cabrea todavía más.

—Vale, quizá sienta... algo. Pero solo es confusión. Síndrome de Estocolmo. Algo así.

—O quizá —dice Chiara con esa sabiduría inquietante que siempre ha tenido para los asuntos del corazón— es atracción.

—Atracción por un criminal que me tiene prisionera.

—Atracción por un hombre que te ha salvado.

—Me ha salvado para poseerme.

—¿Y tú qué sientes por él?

Antes de que pueda responder, se abre la puerta y Konstantin entra como si fuera dueño del mundo entero.

Lo cual, técnicamente, es.

Lleva un traje gris oscuro que probablemente cuesta más de lo que Chiara gana en seis meses. Tiene el pelo perfectamente peinado hacia atrás, la barba arreglada al milímetro.

Parece un príncipe oscuro salido de una novela gótica.

Y mi cuerpo reacciona a su presencia como siempre: una mezcla de miedo y deseo que me hace odiarme a mí misma.

—Señoras —dice, y su mirada se demora sobre mí un instante de más—. Espero no molestar.

—En absoluto —dice Chiara, poniéndose de pie con un respeto instintivo que ni ella misma sabe de dónde le sale—. Soy Chiara. La amiga de Selena.

—Konstantin Morozov. —Le da la mano con esa amabilidad fría que reserva para los desconocidos—. Encantado.

—El placer es mío —dice Chiara, y veo que está impresionada a pesar de todo lo que sabe de él.

Porque Konstantin tiene ese tipo de presencia que impresiona a las mujeres incluso cuando saben que deberían salir corriendo.

—¿Qué tal estáis disfrutando de la visita? —pregunta, pero sus ojos están sobre mí.

—Esclarecedora —dice Chiara.

—Seguro que sí. —Konstantin sonríe, pero hay algo en sus ojos que me hace pensar que ha oído al menos parte de nuestra conversación—. Selena puede ser muy... instructiva cuando se abre con las personas en las que confía.

Cabrón. Sabe exactamente lo que está haciendo.

—Bien —dice, dirigiéndose hacia la puerta—. Os dejo con vuestra charla de chicas. Pero, Chiara, recuerda que las visitas tienen límite de tiempo.

Es una advertencia amable pero definitiva.

Cuando se va, Chiara se vuelve hacia mí con una expresión que no consigo descifrar.

—Vale —dice despacio—. Ahora lo entiendo.

—¿Qué entiendes?

—Por qué estás confundida.

—¿Por qué?

—Porque este hombre no es el que te esperabas, ¿verdad?

Tiene razón. Konstantin no es el monstruo que yo pensaba que era. Ni siquiera es el hombre de negocios frío que creía que era.

Es algo mucho más complicado. Y mucho más peligroso.

—No —admito—. No lo es.

Y eso, quizá, sea lo más aterrador de todo.



Espero exactamente tres minutos después de que Chiara se vaya antes de volver al dormitorio matrimonial.

Tres minutos de pura autorregulación mental, porque lo que he oído de su conversación me ha dado una información que lo cambia todo: Selena está empezando a admitir lo que siente por mí.

Y ahora necesito saber todo lo que no sé de ella.

Encuentro a Selena sentada en el borde de la cama, las piernas colgando, mirando la pared con expresión pensativa.

—¿Visita interesante? —pregunto, cerrando la puerta a mi espalda.

—Mucho. Está bien ver una cara amiga de vez en cuando.

—Cara amiga. —Repito las palabras, paladeándolas—. ¿Cómo de amiga?

Selena me mira con una ceja arqueada.

—Es mi mejor amiga desde el instituto. ¿Por qué?

—Curiosidad. Es la primera persona de tu pasado que conozco oficialmente.

—¿Oficialmente?

—Está claro que he hecho que investigaran a fondo sobre ti, pero los dosieres no lo cuentan todo.

—¿Qué tipo de investigaciones a fondo?

Me siento en el sillón junto a la cama, adoptando una postura que parece casual pero que me da el control visual de la conversación.

—El tipo que me dice que estuviste dos años en Columbia estudiando literatura inglesa antes de dejarlo para ayudar a tu padre. El tipo que me dice que no tienes antecedentes penales, que no has tenido nunca problemas con drogas ni alcohol, que no tienes deudas significativas.

—¿Qué más sabe tu dosier?

—Sabe que has tenido tres relaciones documentadas en los últimos cinco años.

Selena se pone tensa imperceptiblemente.

—¿Documentadas?

—Michael Torrino, dos años. James Wilson, ocho meses. Alex Rivera, cuatro meses.

Pronuncio cada nombre con precisión quirúrgica, observando su reacción. Y no me gusta lo que veo.

Michael la ha hecho sonreír con recuerdos que yo no comparto. James le ha hecho fruncir el ceño con algo que podría ser arrepentimiento. Alex no parece haber dejado huella emocional.

Pero el hecho de que haya habido otros hombres, de que haya habido otras manos tocándola, otras bocas besándola, me da ganas de partir algo.

Preferiblemente sus caras.

—¿Has hecho que siguieran a mis ex novios?

—He hecho que recopilaran información sobre tus ex novios. Hay una diferencia.

—¿Qué diferencia?

—Una es vigilancia activa. La otra es investigación histórica.

—¿Y para qué necesitarías investigación histórica sobre mis ex?

Buena pregunta. Una pregunta para la que no tengo respuesta sin parecer un celoso posesivo.

Que es, por lo visto, en lo que me he convertido.

—Seguridad —digo, aunque los dos sabemos que es una excusa.

—¿Seguridad frente a ex novios universitarios?

—Seguridad frente a quien siga teniendo... interés por ti.

Selena se levanta de la cama y empieza a caminar hacia la ventana. Es un gesto que ya conozco bien: lo hace cuando está procesando una información que no le gusta.

—Konstantin —dice sin volverse—, ¿me estás diciendo que has investigado a mis ex porque pensabas que podían ser una amenaza de seguridad?

—Te estoy diciendo que quería saber quiénes eran los hombres que tuvieron acceso a ti antes que yo.

Las palabras me salen más sinceras de lo que pretendía, y veo a Selena ponerse rígida del todo.

—¿Acceso a mí?

—Intimidad contigo.

—¿Y eso te interesa porque...?

Porque la idea de que otros hombres hayan visto lo que vi ayer noche, hayan tocado lo que toqué yo, hayan oído los sonidos que haces cuando estás excitada, me da ganas de declararles la guerra.

Porque me he vuelto retroactivamente celoso de hombres a los que ni siquiera conozco.

Porque la idea de que pudieras haber sentido con ellos lo que sientes conmigo me vuelve loco.

—Porque ahora eres mi esposa —digo, en cambio.

—¿Y eso te da derecho a mi historia sexual?

—Me da derecho a saber con quién la has compartido.

Selena se vuelve hacia mí, y sus ojos verdes arden con una indignación que me excita más de lo que debería.

—Bien —dice, cruzando los brazos—. ¿Y yo tengo derecho a saber de tu historia sexual? ¿Cuántas Valentinas ha habido?

La pregunta me revuelve por dentro, porque la respuesta es: demasiadas para contarlas.

—Es distinto.

—¿En qué es distinto?

—Yo no estaba casado cuando tuve otras relaciones.

—¡Yo tampoco!

—Pero ahora sí lo estás.

—¿Y eso borra mi pasado?

—No, pero hace que tu futuro sea exclusivamente mío.

Selena me mira como si me hubiera salido una segunda cabeza.

—¿Exclusivamente tuyo?

—Exclusivamente mío.

—¿Y si no estuviera de acuerdo?

—No tienes elección en este asunto.

—¿No tengo la opción de ser fiel a mi marido?

—No tienes la opción de ser infiel.

Es una distinción sutil pero importante, y veo el instante en el que Selena la pilla.

—¿Estás diciendo que si quisiera dejar este matrimonio...?

—No puedes dejar este matrimonio.

—¿Y si quisiera tener una relación extramatrimonial...?

—El hombre en cuestión moriría lenta y dolorosamente.

Selena traga saliva, pero no aparta la mirada.

—¿Y si la quisiera yo?

—¿Qué?

—Si quisiera ser infiel. Si quisiera escaparme con uno de mis ex. Si quisiera recuperar mi vida de antes.

Sus palabras caen sobre mí como martillazos, porque representan mi miedo más profundo: que un día Selena se despierte y decida que prefiere la vida que tenía antes de mí.

—No lo vas a querer —digo, aunque no estoy seguro de creérmelo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque —digo, levantándome y acercándome a ella— ninguno de esos hombres te ha hecho sentir nunca como te hago sentir yo.

—¿Y cómo me haces sentir tú?

—Viva.

Es la verdad, y veo el momento en el que da en el blanco.

—¿Viva cómo?

—Como si cada terminación nerviosa de tu cuerpo estuviera sintonizada con mi frecuencia. Como si no consiguieras respirar bien cuando no estoy en la misma habitación. Como si te hubieran construido para que yo te poseyera.

Ya estoy lo bastante cerca como para tocarla, y lo hago. Mis manos sobre sus caderas, atrayéndola hacia mí.

—Dime que me equivoco, Selena. Dime que Michael, o James, o Alex te han hecho temblar alguna vez como tiemblas cuando te toco yo.

La veo tragar saliva, y sé que he ganado.

—Konstantin...

—Dime que te han besado alguna vez de una forma que te haya hecho olvidar tu nombre.

—No es... no es justo.

—Dime que te han hecho sentir alguna vez como si te estuvieras muriendo de sed y ellos fueran la única agua del mundo.

—Para.

—No puedo, porque así es como me haces sentir tú.

Las palabras me salen antes de que pueda detenerlas, y veo cruzar la sorpresa por su cara.

—¿Qué?

—Me haces sentir como si me estuviera muriendo de sed y tú fueras lo único que puede mantenerme vivo.

Es lo más sincero que le haya dicho jamás, y me aterra.

Pero también me libera.

—Konstantin... —Su voz es más suave ahora.

—A partir de ahora —digo, las manos subiendo hacia su cara—, nada de visitas no autorizadas. Nada de contactos con ex novios. Nada de conexiones con tu vida anterior.

—¿Y si protestara?

—Entonces te convencería de que tu vida está aquí ahora. Conmigo.

—¿Cómo?

En lugar de responder, la beso. Hondo, posesivo, con todo lo que no consigo decir con palabras.

Y cuando nos separamos, veo la rendición en sus ojos.

—Esta es tu vida ahora, princesa —susurro contra sus labios—. Y yo soy todo lo que vas a necesitar.

Espero tener razón.

Porque, si no la tengo, si Selena decide que prefiere la libertad antes que a mí, no estoy seguro de en qué podría llegar a convertirme.



El club Zeppelin no se parece a nada que haya visto antes.

No es el tipo de discoteca a la que iba en la universidad, esos sitios llenos de estudiantes borrachos y música demasiado alta. Esto es algo completamente distinto. Más sofisticado. Más peligroso.

E infinitamente más excitante de lo que quiero admitir.

El vestido que he elegido para esta noche es un acto de guerra sutil. Negro, ceñido, lo bastante elegante para ser apropiado pero lo bastante provocador para hacer girar cabezas. Lo he elegido específicamente para volver loco a Konstantin.

Misión cumplida, a juzgar por cómo me ha mirado al salir del dormitorio.

—¿Recuerdas las reglas? —me pregunta mientras entramos en el club, su mano posesiva en mi espalda.

—Estar pegada a ti, no hablar con desconocidos, sonreír como una buena esposita —recito mecánicamente.

—¿Y?

—Y recordar que soy la reina de tu imperio criminal en lugar de una prisionera frustrada.

—Buena chica.

El club es todo terciopelo rojo, latón pulido y atmósfera que grita «dinero criminal» desde cada rincón. El tipo de sitio donde los gángsters van a hacer negocios mientras fingen divertirse.

Y, que Dios me ayude, es absolutamente fascinante.

—¡Konstantin! —Un hombre alto y rubio con más cicatrices que piel normal se acerca a nosotros—. Hermano, por fin traes a tu mujer a conocer a la familia.

Familia. Una manera bonita de decir «socios criminales».

—Dmitri —dice Konstantin, estrechando la mano del hombre con lo que parece auténtico afecto—. Te presento a Selena. Selena, este es Dmitri Volkov. Lleva nuestras operaciones en Filadelfia.

Operaciones. Otro eufemismo encantador.

—Mrs. Morozov —dice Dmitri, besándome la mano con una galantería de la vieja escuela—. Es un honor. Konstantin no le ha hecho justicia a su belleza.

—Gracias —digo, sonriendo con lo que espero sea calidez genuina—. Es un placer conocer a... los amigos de mi marido.

Amigos. Si así es como llamamos ahora a los criminales.

Mientras avanzamos por el club, noto cómo todas las miradas se vuelven hacia nosotros. No hacia mí, en concreto. Hacia nosotros como unidad. Hacia la pareja que representamos.

Konstantin Morozov y su nueva esposa italiana.

Su brazo alrededor de mi cintura, posesivo. Es una declaración pública de propiedad que debería ofenderme pero que en cambio me da ganas de apoyarme aún más en él.

Lo cual es un problema.

—Pakhan —dice otro hombre, este con tatuajes suficientes para parecer una galería de arte ambulante—. Tu presencia honra nuestro local.

Nuestro local. Naturalmente, también este sitio pertenece a la red de Konstantin.

—Aleksei —responde Konstantin—. ¿Cómo van los negocios?

—Prósperos como siempre. El nuevo suministro del este ha llegado sin problemas.

No quiero saber qué es el «suministro del este». Probablemente algo ilegal que me convertiría en cómplice solo por haberlo oído mencionar.

Nos dirigimos a lo que debe de ser la mesa VIP: una zona elevada que domina todo el club, rodeada de sofás de piel negra y un servicio más atento de lo que debería ser legalmente posible.

—Vodka —pide Konstantin cuando llega el camarero—. Del bueno. Y champán para mi mujer.

—Yo no bebo champán —digo automáticamente.

—¿Qué bebes?

—Vodka.

Konstantin me mira como si acabara de decir algo sorprendentemente interesante.

—Dos vodkas —le dice al camarero—. Tráenos del que reserváis para las ocasiones especiales.

Mientras esperamos las copas, observo el club. Está lleno del tipo de hombres que te imaginarías en un sitio así: todos bien vestidos, todos con ese aire de peligro controlado que parece ser un requisito para trabajar en el mundo de Konstantin.

Pero lo que más me llama la atención es cómo me miran. Porque soy la mujer de Konstantin Morozov.

Y, por primera vez desde que me casé con él, siento un escalofrío de... poder.

—¿Te gusta? —pregunta Konstantin, siguiendo mi mirada.

—¿El club? Es... impresionante.

—El club no. Cómo te miran.

Justo ahí. Ha notado lo mismo que he notado yo.

—No sé de qué hablas.

—Te miran como si fueras peligrosa.

—Yo no soy peligrosa.

—No —dice Konstantin, sonriendo con esa sonrisa que promete problemas—. Pero eres mía. Y eso te convierte en la mujer más peligrosa de este local.

Llegan las copas y Konstantin alza la suya.

—Un brindis —dice—. Por mi preciosa esposa, que por fin empieza a entender lo que significa ser la reina de un imperio.

—Yo no soy una reina.

—¿No? Entonces ¿qué eres?

Miro alrededor del club, a todos esos hombres peligrosos que me tratan con respeto reverencial solo porque estoy sentada al lado de Konstantin, y de pronto lo entiendo.

No soy una prisionera aquí. No soy una víctima.

Soy la mujer del jefe. Me guste o no, eso me da un tipo de poder que jamás había imaginado poseer.

—Soy... —empiezo, y luego me detengo porque no estoy segura de cómo terminar la frase.

—¿Eres qué, princesa?

—Estoy confundida.

Konstantin se ríe, un sonido más cálido de lo que le he oído nunca.

—La confusión es normal. Es el primer paso hacia la aceptación.

—¿Aceptación de qué?

—De quién eres en realidad.

Antes de que pueda responder, la atmósfera del club cambia de repente. El volumen de las conversaciones baja. La música sigue sonando, pero hay una tensión en el aire que antes no estaba.

—¿Algún problema? —pregunto.

Konstantin no responde, pero veo cómo se le tensan los músculos. Sus ojos escrutan el club con la atención de un depredador que ha olido el peligro.

—Viktor —dice, y su mano derecha aparece instantáneamente en nuestra mesa como si se hubiera materializado de la nada.

—¿Sí, Pakhan?

—¿Los irlandeses?

—Tres hombres. Entrada principal. O'Sullivan está con ellos.

Los irlandeses. Aquí. En el territorio de Konstantin.

Esto no es una coincidencia. Es una provocación deliberada.

—¿Opciones? —pregunta Konstantin, con una voz tan calmada que resulta aterradora.

—Eliminarlos aquí saldría demasiado caro. Demasiados testigos civiles. Pero, si buscan enfrentamiento...

—Lo van a tener.

Konstantin se levanta con movimientos fluidos, ajustándose la chaqueta en un gesto que podría parecer casual si no supiera que está comprobando la posición de sus armas.

—Selena —dice, mirándome con unos ojos que se han vuelto de hielo puro—, quédate exactamente donde estás. No te muevas hasta que vuelva.

—¿Y si no vuelves?

—Volveré.

Pero hay algo en su voz que me dice que no está tan seguro como parece.

—Konstantin...

—Ahora no, princesa. Esta noche no.

Se aleja hacia la entrada del club, con Viktor a su lado, y yo me quedo sentada en la mesa VIP viendo a mi marido caminar hacia lo que podría ser su último enfrentamiento.

Y, por primera vez desde que lo conozco, rezo para que gane.

Porque si pierde, si los irlandeses consiguen hacerle daño, no solo habré perdido a mi carcelero.

Habré perdido al hombre que, me guste o no, se ha convertido en la parte más importante de mi nueva vida.



O'Sullivan ha elegido bien el momento para hacer su jugada.

El club está lleno, el ambiente es relajado y yo estoy con Selena, que representa todo aquello por lo que vale la pena luchar y, a la vez, todo lo que me hace vulnerable.

Pero, si cree que puede intimidarme en mi propio territorio, ha subestimado gravemente con quién está tratando.

—Morozov —dice O'Sullivan cuando nos encontramos en mitad del club. La música sigue sonando, pero el volumen de las conversaciones ha bajado a cero. Todo el mundo sabe que está a punto de presenciar algo histórico.

—O'Sullivan. —Mantengo la voz plana, profesional—. Qué agradable sorpresa.

—¿Sorpresa? —Sonríe, mostrando unos dientes que han recibido demasiados puñetazos—. Pensé que eras más listo. Sabías que iba a venir.

—Lo esperaba. Es más divertido cuando las presas vienen solas a la guarida del lobo.

—¿Presas? —O'Sullivan se ríe, pero el sonido es nervioso—. Mira a tu alrededor, ruso. Eres tú el que está en inferioridad numérica.

Tiene razón. Él y sus dos hombres contra Viktor y yo. Pero lo que no entiende es que en este club yo no estoy en inferioridad. Estoy en casa.

—Números —digo con una sonrisa que promete violencia—. Los irlandeses siempre habéis sido malos con las matemáticas.

—Lo bastante bueno como para calcular el precio de la cabeza de tu mujer.

Justo ahí. Cruza la línea que no debía cruzar.

El aire del club se vuelve eléctrico. Viktor se desplaza imperceptiblemente a mi derecha. Cada ruso del local —y hay al menos veinte— hace el mismo movimiento sutil hacia las armas.

—Repite lo que acabas de decir —digo, y mi voz ha bajado tanto que suena como hielo rompiéndose.

—He dicho que la guapa esposa italiana vale una buena recompensa. Cincuenta mil para quien me la traiga viva. Setenta y cinco para quien me traiga su cabeza.

Es una provocación deliberada. Quiere que reaccione emocionalmente, que cometa errores. Quiere convertir este encuentro en una pelea que pueda controlar mejor.

Pero lo que no entiende es que cuando se trata de Selena yo no cometo errores. Cometo masacres.

—Interesante propuesta —digo, manteniendo la calma que ha aterrorizado a tres generaciones de enemigos—. Dime, O'Sullivan, ¿cuánto vale tu cabeza?

—Más de lo que tú puedas permitirte pagar.

—No hablo de dinero.

—Entonces ¿de qué hablas?

—Hablo de que acabas de poner precio a la cabeza de mi mujer en mi club, delante de mis hombres, el día en que estaba pensando en ser misericordioso contigo.

O'Sullivan traga saliva, y veo el primer indicio de incertidumbre en sus ojos.

—¿Misericordioso?

—Estaba pensando en matarte rápido. Por respeto a O'Rourke. Pero ahora... —Hago un gesto vago—. Ahora creo que mereces el tratamiento completo.

—¿Qué tratamiento completo?

—El que reservo para quien amenaza a mi familia.

La palabra familia retumba en el club como un trueno. Porque todo el mundo sabe lo que significa en la Bratva. Significa que ahora es personal. Significa que no se va a acabar hasta que O'Sullivan y todos los irlandeses que respiren estén muertos.

—¿Tu familia? —O'Sullivan intenta parecer valiente, pero el miedo empieza a colársele en la voz—. No es más que una puta italiana a la que su padre vendió para saldar sus deudas.

Y aquí está. La segunda vez que cruza la línea.

Pero, en lugar de reaccionar con violencia, hago algo que lo descoloca por completo.

Sonrío.

—Viktor —digo, sin apartar la mirada de O'Sullivan.

—¿Sí, Pakhan?

—¿Cuánto se tarda en traer aquí a todo el ejército?

—Veinte minutos.

—Perfecto. O'Sullivan, tienes veinte minutos para convencerme de que tu vida vale más que la diversión que tendría torturándote.

—Estás loco.

—Soy práctico. Tú le has puesto precio a la cabeza de mi mujer. Yo le pondré precio a la cabeza de cada irlandés de Nueva York. A ver quién tiene mejores matemáticas.

O'Sullivan mira alrededor del club, dándose cuenta por fin de lo que tendría que haber visto desde el principio: no está en un club neutral. Está en territorio enemigo, rodeado de hombres que me son leales hasta la muerte.

—Escucha —dice, y ahora su voz ha perdido toda la arrogancia previa—. Quizá podamos llegar a un acuerdo.

—¿Un acuerdo? ¿Sobre qué?

—Sobre cómo repartirnos los territorios sin derramamientos de sangre inútiles.

—Ah, pero la sangre no va a ser inútil. Va a ser muy útil. Va a mandar un mensaje.

—¿Qué mensaje?

—Que nadie, NADIE, toca lo que es mío.

Y entonces hago algo que sorprende a todo el mundo en el club, incluido yo mismo.

Me doy la vuelta y camino hacia la mesa VIP donde Selena está sentada, hermosa y mortalmente preocupada.

—Konstantin —dice cuando llego a la mesa—, ¿está todo bien?

En lugar de responder, le tomo la mano y la ayudo a levantarse. Después, delante de todos los criminales del club, delante de O'Sullivan y sus hombres, delante de Viktor y de todos los que creen conocerme, hago algo que no he hecho nunca.

La beso.

No es un beso suave. No es un beso para la galería. La beso como si fuera el aire que respiro. Como si fuera lo único que me ancla a la tierra. Como si fuera mía de una manera que va más allá de cualquier contrato matrimonial.

Cuando nos separamos, el club está completamente en silencio.

—Aquí lo tenéis —digo, con una voz que llega hasta el último rincón del local—. El mensaje.

Selena me mira con unos ojos que no consigo descifrar. Sorpresa, sin duda. Pero también algo más. Algo que podría ser comprensión.

—O'Sullivan —digo, sin volverme hacia él—, te quedan dieciséis minutos.

—¿Para qué?

—Para irte de Nueva York. Para siempre.

—¿Y si no me voy?

—Entonces, mañana por la mañana, la policía encontrará trozos de ti repartidos por cinco barrios distintos.

Oigo los pasos que se alejan. Voces irlandesas discutiendo deprisa, en tono de pánico. La puerta del club que se abre y se cierra.

Pero lo único que veo son los ojos verdes de Selena mirándome como si me viera por primera vez.

—¿Era necesario? —pregunta en voz baja.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque ahora todos saben que eres mía. Completa, irrevocablemente mía.

—¿Y tú? —pregunta, y hay algo en su voz que hace que se me pare el corazón—. ¿Tú eres mío?

Es una pregunta cuya respuesta debería ser obvia. Yo no le pertenezco a nadie. Yo poseo, no soy poseído.

Pero, mirando a Selena, sintiendo aún el sabor de sus labios, sabiendo que acabo de declarar la guerra a los irlandeses para proteger algo que se ha vuelto más valioso que mi propia vida...

—Sí —digo, y las palabras salen más sinceras de lo que jamás haya querido—. Soy tuyo.

La sonrisa que cruza su cara vale cada guerra que vaya a tener que librar para conservarla.

Y ahora O'Sullivan sabe que no se enfrenta solo a Konstantin Morozov.

Se enfrenta a un hombre que tiene algo por lo que vale la pena morir.

Lo cual lo vuelve infinitamente más peligroso de lo que jamás hubiera imaginado.

30 Selena



El trayecto de vuelta a la villa transcurre envuelto en un silencio tan cargado de tensión que podría cortarlo con un cuchillo.

Konstantin conduce con su precisión controlada de siempre, pero veo la tensión en sus hombros, en cómo sus dedos aprietan el volante. El beso del club ha cambiado algo entre nosotros, ha movido un equilibrio que yo todavía estaba intentando entender.

Y aquí estoy yo, sentada en el asiento del copiloto de su Mercedes, intentando procesar el hecho de que cuando me ha besado delante de todos esos criminales, delante de los irlandeses, delante del mundo entero, mi primer pensamiento no ha sido «qué humillante».

Ha sido «por fin».

Lo cual es completamente delirante, teniendo en cuenta que estamos hablando del hombre que prácticamente me tiene prisionera.

Pero, cuando Konstantin me ha tomado entre sus brazos y me ha besado como si fuera lo único que importaba en el mundo, algo se ha roto dentro de mí. O quizá se ha arreglado. No consigo distinguirlo.

—Selena —dice su voz, rompiendo el silencio.

—¿Sí?

—¿Estás bien?

Es una pregunta rara, teniendo en cuenta que acabo de presenciar una casi-guerra entre mafias en un club que probablemente se usa para blanquear dinero sucio.

—Define «bien».

—No te has desmayado cuando O'Sullivan ha puesto precio a tu cabeza. No has llorado cuando te he besado delante de todos. No pareces traumatizada.

Tiene razón. Debería estar traumatizada. Debería estar aterrorizada. Debería estar muchas cosas que no estoy.

—Quizá esté en estado de shock —digo, aunque no me siento en absoluto en estado de shock.

Me siento... despierta. Como si alguien hubiera encendido todas las luces de una casa en la que había vivido a oscuras.

—O quizá —dice Konstantin, y hay algo en su voz que me hace volver la cabeza hacia él— estés empezando a entender quién eres en realidad.

—¿Y quién sería?

—La reina de un imperio criminal.

Sus palabras deberían darme miedo. En cambio, siento un escalofrío de algo que podría ser excitación.

—Yo no soy una reina.

—¿No? Entonces ¿qué eres?

Miro por la ventanilla las calles oscuras de Nueva York que pasan, pensando en cómo me miraban todos esos hombres en el club. Con respeto. Con miedo. Como si fuera peligrosa por asociación.

Y me ha gustado.

—Estoy confundida —admito.

—¿Por qué?

—Porque debería odiarte. Debería querer escapar. Debería querer volver a mi vida de antes.

—¿Y en cambio?

Y en cambio, cuando me ha besado, cuando ha declarado públicamente que era suya, he sentido algo que nunca había sentido. Algo que iba más allá de la atracción física, más allá del miedo, más allá de todo lo que creía saber sobre mí misma.

Me he sentido... completa.

—En cambio, tengo problemas hormonales graves —digo, intentando aligerar el momento.

Konstantin se ríe, un sonido rico y genuino que me da ganas de oírlo otra vez.

—¿Problemas hormonales?

—Es la única explicación lógica a que me guste cuando haces el papel de marido posesivo.

—¿Te ha gustado?

—No debería gustarme. Es políticamente incorrecto en tantos niveles que probablemente viole la Convención de Ginebra.

—Pero te ha gustado.

No es una pregunta, y eso me irrita.

—Quizá.

—Define «quizá».

—Quizá, cuando me has besado delante de todos esos criminales, una parte de mí ha pensado que era lo más excitante que me había pasado en la vida.

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas, y enseguida quiero retirarlas.

—¿Excitante cómo? —pregunta Konstantin, y su voz ha bajado una octava.

—Excitante como... no lo sé. Como cuando saltas en puenting o conduces demasiado rápido. Aterradora y adrenalínica al mismo tiempo.

—¿Y qué más has sentido?

Es una pregunta peligrosa. Una pregunta que me está pidiendo que admita cosas que no estoy segura de estar lista para admitir.

—He sentido... —Hago una pausa, buscando las palabras adecuadas—. He sentido como si por fin alguien me estuviera reclamando. No como propiedad, sino como... no sé cómo explicarlo.

—¿Como qué?

—Como si fuera valiosa. Como si valiera la pena pelear por mí.

Konstantin reduce ligeramente la velocidad y, cuando me mira, sus ojos están más oscuros que de costumbre.

—Vales la pena.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque estoy a punto de declarar la guerra a los irlandeses para protegerte.

Llegamos a la villa, y Konstantin aparca en la entrada circular delante de la puerta principal. Pero ninguno de los dos hace ademán de salir del coche.

—Selena —dice al cabo de un momento.

—¿Sí?

—Lo que ha pasado esta noche en el club...

—¿Qué?

—Ha cambiado algo.

Tiene razón. Algo ha cambiado. Algo fundamental en cómo nos vemos el uno al otro.

—¿Cambiado en qué?

Konstantin se vuelve por completo hacia mí, y en la oscuridad del coche solo distingo sus ojos brillando.

—Antes de esta noche, eras mi esposa por contrato. Ahora...

—¿Ahora?

—Ahora eres mía por elección.

—No he hecho ninguna elección.

—Has elegido no apartarte cuando te he besado.

Tiene razón. Podría haberlo empujado, podría haber montado una escena, podría haberme resistido.

En cambio, le he echado los brazos al cuello y le he devuelto el beso como si me fuera la vida en ello.

—Una elección —repito despacio.

—La primera de muchas que vas a tener que hacer.

—¿Qué tipo de elecciones?

Konstantin se inclina hacia mí por encima del espacio entre los asientos, y de pronto noto el calor de su cuerpo, el aroma de su piel.

—La elección de confiar en mí. La elección de dejarte llevar del todo. La elección de convertirte en la reina de mi mundo en lugar de seguir prisionera de tu pasado.

Sus palabras me arrollan como olas, y me doy cuenta de que está hablando de mucho más que de un matrimonio concertado.

Está hablando de una vida juntos. De verdad. Entera.

—¿Y si no estuviera lista para esas decisiones?

—Entonces —dice, los dedos rozándome la mejilla— te convenceré de que lo estás.

—¿Cómo?

—Mostrándote lo bonito que puede ser rendirse a mí.

La forma en que lo dice, con esa voz ronca llena de promesas, me hace temblar.

—Konstantin...

—Vamos dentro —dice, abriendo la puerta del coche—. Es hora de terminar lo que empezamos.

Cuando salgo del coche, mis piernas son menos firmes de lo que querría. Porque sé exactamente a qué se refiere.

Y, por primera vez desde que lo conozco, quiero de verdad que lo haga.

Quiero que me posea por completo. Quiero rendirme a él de formas que nunca había considerado posibles.

Quiero que me tome la virginidad que llevo veintiún años protegiendo y la reclame como suya.

La idea debería aterrarme.

En cambio, mientras caminamos hacia la villa, lo único en lo que pienso es: por fin.



En el momento en que cruzamos el umbral de casa, todo lo que he tenido bajo control durante los últimos meses se desata como un animal enjaulado que por fin saborea la libertad.

Selena está contra la puerta cerrada antes de que pueda decir una palabra. Mis manos en su pelo, mi boca sobre la suya, años de autodisciplina que se desintegran al contacto con su piel.

—Konstantin —jadea contra mis labios, y la forma en que dice mi nombre es a la vez una bendición y una maldición.

—Dilo otra vez —ordeno, mordiéndole ligeramente el labio inferior.

—Konstantin...

Hostia santa. Podría decir mi nombre así y convencerme de declararle la guerra al mundo entero.

La levanto, sus piernas se enroscan alrededor de mi cintura con una naturalidad que me vuelve loco. Está perfecta así: completamente mía, completamente rendida, pero con ese fuego en los ojos que promete batalla incluso en la rendición.

—Al dormitorio —susurro contra su cuello, saboreando su piel salada.

—Aquí —dice, y sus uñas se me clavan en los hombros a través de la camisa—. Ahora.

Aquí. Ahora. Como si fuera ella quien manda.

Y el problema es que cuando me mira así, cuando me toca así, estoy dispuesto a dejar que se lo crea.

Pero no. Esta noche no. Esta noche le voy a enseñar exactamente quién manda en este matrimonio.

—Al dormitorio —repito, empezando a caminar hacia las escaleras con ella todavía enroscada a mi cuerpo—. A mi cama. Donde te corresponde estar.

—Yo estoy donde decida estar.

El desafío en su voz me pone más de lo que debería. Más de lo que es sano.

—Ya veremos —digo, abriendo la puerta del dormitorio matrimonial de una patada.

La dejo de pie junto a la cama, pero mantengo las manos sobre sus caderas. Necesito sentir que es real, que está aquí, que después de casi dos meses de juegos y resistencia, por fin va a rendirse a esto.

A nosotros.

—Konstantin —dice, y hay algo en su voz que no consigo identificar. Vulnerabilidad, quizá. O miedo.

—Dime.

—Yo... yo nunca...

Se detiene, mordiéndose el labio en un gesto que me parece adorable y devastador a la vez.

—¿Nunca qué, princesa?

—Nunca he hecho esto.

Nunca ha hecho esto.

¿Cómo que nunca ha hecho esto?

Lleva semanas casada conmigo. Ha crecido en una familia criminal donde las chicas se casan jóvenes y...

Y entonces lo veo claro, como un mazazo. Las palabras de su padre...

—Selena —digo despacio, con la voz más ronca de lo que pretendía—, ¿qué quieres decir exactamente?

—Quiero decir que he besado a algunos chicos en la universidad. Quiero decir que Michael y yo... llegamos un poco más lejos alguna

vez. Pero nunca... nunca hasta el final.

Nunca hasta el final.

Es virgen.

Mi mujer de veintiún años, con la que me he casado por conveniencia y a la que he deseado cada segundo desde que la conozco, es virgen.

Y yo estaba a punto de tomarla contra una puerta como si fuera una puta experimentada.

El autocontrol sobrehumano que creía haber perdido no es nada al lado del que necesito ahora.

—Selena —digo, dando un paso atrás—, ¿por qué no me lo has dicho antes?

—¿Porque es vergonzoso? ¿Porque en tu mundo todas las mujeres tienen experiencia? ¿Porque tengo veintiún años y soy la última virgen que queda en Nueva York?

—¿Vergonzoso hasta qué punto? —pregunto, intentando mantener la voz neutra mientras mi cerebro procesa esta información.

—Vergonzoso porque no sé qué estoy haciendo cuando tú claramente...

—Claramente, ¿qué?

—Claramente has hecho esto con muchas mujeres. Mujeres que sabían cómo complacer a un hombre como tú.

Un hombre como yo.

Si supiera qué tipo de hombre soy en realidad, saldría corriendo y gritando.

—Selena —digo, acercándome de nuevo—, mírame.

Levanta esos ojos verdes hacia los míos, y veo todo lo que no dice. La vulnerabilidad. El miedo a no ser suficiente. La preocupación de decepcionarme.

Como si pudiera decepcionarme alguna vez.

—Escúchame muy atentamente —digo, tomándole la cara entre las manos—. El hecho de que seas virgen no es vergonzoso. Es...

¿Es qué? ¿Es perfecto? ¿Es aterrador? ¿Es lo más erótico que he oído en mi vida?

—Es valioso —digo al fin—. Tú eres valiosa.

—No pareces contento.

Tiene razón. No parezco contento, porque estoy en pleno pánico.

¿Cómo cojones me follo a una virgen cuando lo único que sé hacer es tomar lo que quiero como me da la gana?

¿Cómo la toco sin hacerle daño?

¿Cómo controlo a la bestia que llevo dentro cuando ella se rinde por completo?

—No estoy descontento —digo—. Estoy... cauteloso.

—¿Cauteloso por qué?

—Porque no quiero hacerte daño.

—¿Y si yo quisiera que me hicieras un poco de daño?

Hostia.

Sus palabras me golpean directamente en la entrepierna, y por un instante la visión se me nubla.

—No sabes lo que estás diciendo.

—Sé exactamente lo que estoy diciendo. —Se acerca a mí, las manos posándose sobre mi pecho—. Sé que cuando me tocas, cuando me besas, cuando me miras como si quisieras poseerme por completo, me siento más viva que nunca.

—Selena...

—Sé que quiero que me enseñes lo que no sé. Quiero que me lo enseñes todo.

Sus manos empiezan a desabrocharme la camisa, y debería detenerla. Debería ser el adulto responsable aquí.

En cambio, me quedo inmóvil y la dejo deshacerse de mi camisa con una determinación que me vuelve loco.

—¿Todo? —pregunto, con la voz estrangulada.

—Todo.

Cuando la camisa cae al suelo, sus manos exploran mi pecho con una curiosidad que es inocente y provocadora al mismo tiempo.

—Eres tan... —Se detiene, buscando la palabra adecuada.

—¿Tan qué?

—Tan perfecto que duele mirarte.

Perfecto.

Si supiera todas las cosas terribles que han hecho estas manos, todos los hombres que he matado, toda la sangre que he

derramado...

Pero, cuando me toca, cuando me mira como si fuera algo a lo que adorar en lugar de algo a lo que temer, casi consigo creer que quizá pueda ser el hombre que se merece.

Sus manos se mueven hacia el cinturón de mis pantalones, y sé que tengo que detenerla ahora o no voy a ser capaz de hacerlo nunca más.

—Selena —digo, agarrándole las manos—, para.

—¿Por qué?

—Porque, si sigues, ya no voy a ser capaz de ser delicado.

—¿Y si yo no quisiera que fueras delicado?

—Tú no entiendes lo que significa que yo no sea delicado.

—Pues enséñamelo.

Enséñamelo.

Como si fuera tan sencillo.

Como si pudiera mostrarle la bestia que vive dentro de mí sin destrozarla por completo.

—Aún no —digo, aunque las palabras me salen como cristal roto en la garganta.

—¿Por qué?

—Porque no estás lista.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque, si lo estuvieras, no me estarías pidiendo que fuera delicado.

Selena se queda quieta, procesando mis palabras. Veo el instante en que entiende lo que estoy diciendo de verdad.

—Konstantin —dice despacio—, ¿de qué tienes miedo?

Tengo miedo de hacerte daño. Tengo miedo de asustarte. Tengo miedo de que cuando veas quién soy de verdad cuando pierdo el control, salgas corriendo y no vuelvas nunca.

Tengo miedo de que signifiques demasiado para mí como para arriesgarme a perderte.

—No tengo miedo de nada —digo, pero los dos sabemos que estoy mintiendo.

—¿Entonces por qué te detienes?

—Porque —digo, besándola con suavidad en la frente— cuando te tome, será para siempre. Y tú tienes que estar segura de que es lo que quieres.

—Estoy segura.

—No, no lo estás. Aún no.

—¿Y entonces cuándo?

—Cuando dejes de pedirme que sea delicado y empieces a pedirme que sea tuyo.

La confusión en sus ojos se va transformando lentamente en comprensión.

—¿Es distinto?

—Completamente distinto.

—¿En qué?

En lugar de responder, la beso. Hondo, posesivo, con todo lo que no consigo decirle con palabras.

Y, cuando nos separamos, veo que lo entiende.

—Ah —susurra.

—Ah, exacto.

—¿Y cuándo voy a estar lista?

—Lo sabrás.

—¿Cómo?

—Porque, en lugar de pedirme que no te haga daño, me suplicarás que no me detenga nunca.

El rubor que cruza sus mejillas vale cada momento de autodisciplina sobrehumana que esto me va a costar.

—Buenas noches, princesa —digo, dirigiéndome hacia la puerta.

—¿Adónde vas?

—A darme una ducha muy larga y muy fría.

—¿Y si yo...?

—¿Si tú qué?

—¿Si fuera contigo?

Durante un instante, muy largo, considero qué pasaría si aceptase su oferta.

Después recupero lo que queda de mi autocontrol.

—Aún no —digo—. Esta noche no.

Salgo del dormitorio antes de cambiar de opinión, dejando atrás a la mujer que se está convirtiendo a la vez en mi salvación y en mi condena.

Y, mientras camino hacia el baño de invitados, tengo una conclusión aterradora.

No tengo miedo de hacerle daño.

Tengo miedo de cuánto va a poder hacerme daño ella cuando por fin se rinda del todo a mí.

Porque, cuando llegue ese momento, ya no voy a ser solo Konstantin Morozov.

Voy a ser completa, irrevocablemente suyo.

32 Selena



La frustración tiene un sabor particular. Sabe a café frío y a orgullo herido, con un regusto a deseo insatisfecho que no se va ni después de doce horas de sueño inquieto.

Me despierto la mañana siguiente a la enésima sesión interrumpida con Konstantin con la determinación de una mujer que ha decidido que basta ya.

Si mi marido se cree que puede tenerme en esta montaña rusa emocional para siempre, se equivoca. Es hora de averiguar qué hay detrás de todo este autocontrol obsesivo.

Y conozco exactamente a la persona que puede darme las respuestas que busco.

Encuentro a Viktor en lo que Anna llama «el saloncito de los hombres»: una sala llena de cuero oscuro, whisky caro y el olor persistente a puros cubanos. Está sentado a un escritorio macizo, leyendo lo que parecen ser unos documentos muy serios con una expresión todavía más seria.

—Viktor —digo, entrando en la habitación sin llamar.

Me mira como si acabara de interrumpir una reunión del Consejo de Seguridad de la ONU.

—Mrs. Morozov —dice, levantándose educadamente—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Puedes empezar llamándome Selena. Y luego puedes sentarte, porque necesito hablar contigo.

Viktor duda un instante, claramente debatiéndose entre la educación y el instinto de supervivencia que le dice que no se meta en los problemas matrimoniales de su jefe.

—¿De qué quería hablar? —pregunta, sin sentarse.

—De Konstantin.

—Ah. —Viktor se sienta, pero su postura dice claramente que preferiría estar en cualquier parte menos aquí—. ¿Qué tipo de... conversación sobre Konstantin?

—El tipo que me ayude a entender por qué mi marido se comporta como si me tuviera miedo.

—El Pakhan no le tiene miedo a nada.

—Y una mierda. —Me siento en el sillón frente a su escritorio y lo miro con la determinación de una fiscal a punto de desmontar a un testigo—. Me tiene miedo. En concreto, tiene miedo de lo que pase si pierde el control conmigo.

Viktor se vuelve muy interesado en los documentos de su escritorio.

—No creo que yo sea la persona indicada para hablar de la vida privada del Pakhan.

—Y yo no creo que tengas elección.

—¿Cómo dice?

—Viktor, tú sabes y yo sé que esta villa tiene paredes finas. Tú sabes y yo sé que sabes exactamente lo que pasa —o no pasa— en el dormitorio matrimonial. Y tú sabes y yo sé que, si esto sigue así, uno de los dos acabará matando al otro.

Viktor emite un sonido que podría ser una risa contenida.

—Es una situación... delicada —admite.

—¿Delicada? —Me río, pero no hay humor en el sonido—. Viktor, tu jefe me lleva al borde del orgasmo y luego se va de la habitación como si tuviera miedo de que le explote en la cara. Esto no es delicado. Esto es tortura psicológica.

—Mrs... Selena —dice Viktor, y la incomodidad en su voz es palpable—, quizá debería discutir esto directamente con Konstantin.

—Lo he intentado. Él dice que no estoy lista. Yo digo que sí lo estoy. Él dice que no entiendo. Yo digo que no puedo entender si nadie me explica nada.

Viktor se sirve un whisky, aunque son las diez de la mañana. Está claro que esta conversación requiere refuerzos alcohólicos.

—¿Qué quiere saber, exactamente?

—Quiero saber por qué un hombre que podría poseer cualquier cosa que quisiera en el mundo tiene miedo de poseer a su esposa.

Viktor da un sorbo al whisky, estudia el techo un momento y después me mira con una expresión que no consigo descifrar.

—¿Ha oído hablar alguna vez de Dmitri Morozov?

—No. ¿Quién era?

—El padre de Konstantin.

Era. Pasado.

—¿Era como en muerto?

—Muerto como en asesinado. Cuando Konstantin tenía veintiún años.

Algo en el estómago se me detiene. Veintiún años. Mi edad.

—¿Quién lo mató?

—Los chechenos. Guerra territorial. Dmitri estaba negociando un acuerdo de paz cuando ellos decidieron que preferían la guerra.

—¿Y Konstantin?

—Konstantin estaba con él.

Las palabras me dejan sin respiración.

—¿Estaba... presente?

—No solo presente. Obligaron a Konstantin a mirar mientras torturaban a su padre durante tres horas antes de matarlo.

—Dios mío.

—Después le dijeron a Konstantin que, si quería el cuerpo de su padre para enterrarlo, tenía que ocupar el lugar de Dmitri como Pakhan. De inmediato.

Veintiún años. Konstantin tenía veintiún años cuando tuvo que ver morir a su padre y luego asumir el control de un imperio criminal.

—¿Y lo hizo?

—¿Tú qué crees?

Creo que esto explica muchas cosas. El control obsesivo. El miedo a mostrar vulnerabilidad. La necesidad de poseerlo todo, pero nunca por completo.

—¿Y su madre?

—Yulia Morózova murió al año siguiente. Algunos dicen que de pena. Otros, que se suicidó para no tener que vivir con lo que había visto que le pasaba a su marido.

—¿Y Konstantin?

—Konstantin tenía veintidós años y estaba completamente solo al mando de la Bratva más poderosa de la costa este.

Empieza a tener sentido. Para él, el control no es poder. Es supervivencia.

—Viktor —digo despacio—, ¿Konstantin ha tenido alguna vez una relación seria? Quiero decir, alguna que significara algo para él.

Viktor duda, y veo el conflicto en sus ojos.

—Una. Katarina Volkov. Hija de un jefe aliado. Era... era dulce. Amable. Todo lo que Konstantin pensaba que quería.

—¿Qué pasó?

—Ella lo traicionó. Pasó información a los chechenos sobre los movimientos de Konstantin. Casi consiguió que lo mataran.

—¿Y él qué hizo?

—Lo que tenía que hacer.

No necesito preguntar qué significa eso. Sé lo que significa cuando un jefe mafioso hace «lo que tiene que hacer» con una traidora.

—¿Hace cuánto?

—Cinco años.

Cinco años sin fiarse de nadie. Cinco años de control absoluto sobre todo, porque perder el control significa morir.

—Y ahora me tiene a mí —digo despacio.

—Y ahora la tiene a usted.

—Y él tiene miedo de que yo...

—Tiene miedo de que, si se rinde a usted del todo, si le muestra quién es de verdad cuando pierde el control, usted salga corriendo. O peor, lo use en su contra.

De pronto, todo se vuelve claro. No es que Konstantin no me desee. Es que me desea demasiado.

—Viktor —digo, levantándome del sillón—, gracias.

—¿Por qué?

—Por ayudarme a entender que no estoy luchando contra su control. Estoy luchando contra su miedo.

—¿Y qué va a hacer con esa información?

—Lo que debería hacer cualquier esposa cuando descubre que su marido está aterrorizado.

—¿O sea?

Sonrío, y sé que no es una sonrisa amable.

—Le voy a enseñar que algunos miedos son peores que otros.

Salgo del saloncito de los hombres con un plan que probablemente sea estúpido, seguramente peligroso y absolutamente necesario.

Porque acabo de entender algo fundamental sobre Konstantin Morozov.

No tiene miedo de hacerme daño.

Tiene miedo de que yo pueda hacerle daño a él.

Y tiene razón.

Puedo.

33 Konstantin



El problema con los traidores es que siempre son más listos de lo que parece.

Estoy sentado en mi despacho a las seis de la mañana, rodeado de documentos, llamadas grabadas y lo que Viktor ha bautizado como «el muro de la paranoia»: una pizarra llena de nombres, fechas y líneas rojas que conectan cada movimiento sospechoso de los últimos tres meses.

Alguien dentro de mi organización está pasando información a O'Sullivan. Alguien lo bastante cercano como para saber cuándo me muevo, adónde voy, incluso cuándo saco a Selena.

Y eso me cabrea más que cualquier declaración de guerra irlandesa.

—Pakhan —dice Viktor, entrando con dos tazas de café que sabe a gasolina pero que llevan veinticuatro horas manteniéndonos despiertos—. Tengo los resultados de las intervenciones telefónicas.

—Dime que has encontrado algo.

—He encontrado algo. Pero no te va a gustar.

Ahí está. Cuando Viktor usa ese tono, significa que está a punto de darme noticias que me darán ganas de pegarle un tiro a alguien.

—Suéltalo.

Viktor deja una serie de transcripciones sobre mi escritorio. Páginas y páginas de conversaciones interceptadas, números de

teléfono, horarios de llamadas.

—Las llamadas salen de un teléfono prepago, siempre distinto. Pero hay un patrón en las ubicaciones. Todas desde Manhattan. Todas desde zonas que conocemos.

—¿Qué tipo de zonas?

—Zonas donde tenemos negocios legítimos. Restaurantes. Tintorerías. Locales nocturnos.

Miro las transcripciones, notando enseguida el problema. Quien esté haciendo estas llamadas conoce nuestros movimientos lo bastante bien como para saber dónde vamos a estar y cuándo.

—¿Y el contenido de las llamadas?

—Aquí viene la parte que no te va a gustar.

Viktor abre una de las transcripciones y empieza a leer:

—«El Pakhan llevará a la mujer al club Zeppelin el jueves por la noche. Mesa VIP, como siempre. Llegará a las nueve y media». Esta llamada se hizo el martes. Dos días antes de que tú decidieras llevar a Selena al club.

Un frío familiar me recorre la columna. Solo tres personas conocían esa decisión antes del martes: yo, Viktor, y...

—¿Quién más sabía lo del club?

—Nadie de la familia. Pero... —Viktor duda, y sé que está a punto de decirme algo que no quiero oír.

—Pero ¿qué?

—Pero hubo alguien que llamó. Alguien que preguntó específicamente por Selena.

La sangre se me convierte en hielo.

—¿Quién?

—Luca De Luca. Su primo.

Luca.

El hijo de puta de veinticuatro años al que no he conocido nunca pero del que he oído hablar. El primo favorito de Selena. Aquel al que ella ha mencionado un par de veces con auténtico cariño.

—¿Cuándo llamó?

—El lunes por la mañana. Dijo que quería saber cómo estaba Selena, si era feliz, si necesitaba algo.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Lo que le digo a todo el mundo. Que Selena estaba bien y que, si necesitaba algo, ya lo pediría.

—¿Pero él siguió haciendo preguntas?

—Preguntó si salía alguna vez. Si tenía amigas. Si... si tú la tratabas bien.

Hostia santa. El primo protector que hace preguntas inocentes para sacar información que después acaba en manos de los irlandeses.

Pero hay algo que no encaja.

—Viktor —digo, estudiando la transcripción con más atención—. Mira esto: «El Pakhan llevará a la mujer al club Zeppelin». ¿Cómo sabe Luca que ese sitio es el Zeppelin?

—¿A qué te refieres?

—A que el Zeppelin no es un club normal. No aparece en ningún sitio. No hace publicidad. Es un local que conoces solo si estás en el ajo o si alguien te lo dice.

Viktor se queda quieto, procesando la implicación.

—¿Crees que Luca está metido con los irlandeses desde antes?

Es lo que estoy empezando a pensar. Y, si tengo razón, significa que esta traición no empezó después de que O'Sullivan declarara la guerra.

Empezó antes. Quizá incluso antes de que yo me casara con Selena.

—Cuéntame todo lo que sepas de Luca De Luca —digo.

Viktor abre un expediente que ha traído consigo. Siempre preparado, mi Viktor.

—Luca De Luca, veinticuatro años. Hijo de Marco De Luca, hermano menor de Antonio. Crecido en Brooklyn. Sin antecedentes penales oficiales, pero sospechoso de pequeños trapicheos de droga durante la universidad.

—¿Universidad?

—NYU. Lo dejó en segundo curso, cuando su padre murió en un accidente de tráfico.

—¿Qué tipo de accidente de tráfico?

—Del tipo que pasa cuando no le pagas las deudas a los irlandeses.

Ahí está. La conexión que estaba buscando.

—Así que Luca tiene motivos para odiar a la familia de O'Rourke.

—O motivos para trabajar con ellos si le ofrecen suficiente dinero.

—Encuéntralo —digo, levantándome del escritorio—. Ahora.

—¿Qué vas a hacer cuando lo encontremos?

—Le voy a hacer unas cuantas preguntas muy directas.

—¿Y si las respuestas no nos gustan?

—Entonces resolvemos el problema de forma permanente.

—¿Y Selena?

Es la pregunta que estaba evitando. ¿Cómo le explico a mi mujer que su primo —la única familia que le queda aparte del padre que la vendió— me está traicionando?

¿Cómo le digo que la persona de la que más se fía en el mundo me está vendiendo a los irlandeses?

—Selena no debe saber nada hasta que tengamos pruebas definitivas.

—¿Y si las pruebas definitivas confirman lo que pensamos?

Es otra pregunta que no quiero afrontar. Porque sé exactamente cómo va a reaccionar Selena cuando descubra que he matado a su primo.

Aunque su primo estuviera intentando que nos mataran a los dos.

—Una cosa cada vez, Viktor.

—Pakhan —dice Viktor, y hay algo en su voz que no me gusta—, hay algo más.

—¿Qué?

—Las llamadas. Han mencionado a Selena específicamente.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que han pedido información detallada sobre ella. Sus movimientos. Sus costumbres. Sus... puntos débiles.

Una oleada de rabia tan pura que podría matar a alguien con las manos desnudas me atraviesa el cuerpo.

—¿Qué tipo de puntos débiles?

—Sitios a los que va. Personas con las que habla. Cosas que le gustan. Como si estuvieran... —Viktor duda.

—¿Como si estuvieran qué?

—Como si estuvieran planeando secuestrarla.

La habitación a mi alrededor se vuelve muy silenciosa. El tipo de silencio que precede a la violencia.

—Dime que has localizado a Luca.

—Nuestros hombres lo están buscando. Pero, Konstantin...

—¿Qué?

—Es posible que sepa que lo estamos buscando. Es posible que ya haya huido.

—Entonces lo encontraremos.

—¿Y si ya está con los irlandeses?

—Entonces los irlandeses acaban de cometer el error más grande de su vida.

Viktor asiente, recogiendo los documentos.

—Una cosa, Pakhan.

—Dime.

—Selena tiene derecho a saber que alguien la está vendiendo. Sobre todo si es alguien de quien se fía.

Tiene razón. Pero el problema es que si le digo a Selena que Luca la está traicionando, puede que no me crea. Puede pensar que me lo estoy inventando para controlarla aún más.

O peor, puede creerme y quedar tan devastada por la traición que no vuelva a fiarse de nadie nunca más.

Ni siquiera de mí.

—Viktor —digo, mirando por la ventana hacia los jardines, donde sé que Selena estará probablemente dando su paseo de la mañana —, ¿te has fijado en que desde que llegó aquí ya no consigo concentrarme del todo en nada?

—Me he fijado.

—Es un problema.

—¿Es un problema porque te distrae del trabajo, o es un problema porque te das cuenta de que se ha vuelto más importante que el trabajo?

Es una pregunta que no quiero responder, porque ya sé la respuesta.

Selena se ha vuelto más importante que todo. Que el imperio, que los negocios, incluso que mi venganza contra los irlandeses.

Y si Luca De Luca cree que puede usarla contra mí, está a punto de descubrir lo que pasa cuando alguien amenaza la única cosa por la que vale la pena vivir.



A veces la verdad te golpea cuando menos te lo esperas, como una puerta en la cara cuando estás corriendo a oscuras.

Voy caminando hacia la biblioteca cuando oigo voces desde el despacho de Konstantin. La puerta está entreabierta, y normalmente no soy de las que escuchan las conversaciones de los demás, pero oigo mi nombre y, instintivamente, me detengo.

—...Selena no debe saber nada hasta que tengamos pruebas definitivas.

Es la voz de Konstantin, tensa de una manera que no le he oído nunca.

—¿Y si las pruebas definitivas confirman lo que pensamos? —responde Viktor.

¿De qué están hablando? ¿Qué pruebas?

—Las llamadas. Han mencionado a Selena específicamente —continúa Viktor—. Sitios a los que va. Personas con las que habla. Sus... puntos débiles.

La sangre se me enfría en las venas. Alguien está recopilando información sobre mí. Para los irlandeses, presumiblemente.

—Luca De Luca, veinticuatro años. Hijo de Marco De Luca...

Luca. Mi primo Luca.

El mundo a mi alrededor se vuelve muy silencioso, como si alguien hubiera quitado el sonido de la realidad.

—...las llamadas salen de un teléfono prepago, siempre distinto. Pero hay un patrón en las ubicaciones...

Luca llamando a los irlandeses. Luca pasando información sobre mí. Luca vendiéndome.

—...ha preguntado específicamente por Selena. Quería saber cómo estaba, si era feliz, si necesitaba algo.

Cada palabra es como un martillazo sobre el cristal de mis ilusiones. Luca, el primo que siempre me había protegido cuando éramos niños. Luca, que me llevaba helado cuando papá estaba fuera por «negocios». Luca, la única persona que me llamó después de la boda para asegurarse de que estaba bien.

Luca, que evidentemente estaba recopilando información para los enemigos de mi marido.

—...como si estuvieran planeando secuestrarla.

Secuestrarme. Luca les ha dado a los irlandeses información que podrían usar para secuestrarme.

Me apoyo contra la pared, intentando procesar lo que acabo de oír. La náusea me sube del estómago a la garganta como veneno.

—Encuéntralo —dice Konstantin—. Ahora.

—¿Y si las respuestas no nos gustan?

—Entonces resolvemos el problema de forma permanente.

Permanente. Konstantin va a matar a Luca.

Y lo peor es que, por primera vez desde que conozco a mi marido, no puedo culparle por su intención.

Me alejo de la puerta con pasos silenciosos, el corazón latiendo tan fuerte que estoy segura de que toda la villa puede oírlo. Camino hacia mi habitación en un estado de shock que me hace sentir como si flotara.

Luca me ha traicionado.

La familia me ha traicionado. Otra vez.

Primero papá, que me vendió, y ahora Luca, que me vende a los irlandeses.

Me siento en la cama matrimonial y miro fijamente la pared, intentando entender qué siento.

¿Rabia? Sí, mucha.

¿Dolor? Por supuesto.

Pero también... ¿alivio?

Porque, por primera vez desde que llegué a esta villa, sé con certeza absoluta quién está de mi lado y quién no.

Konstantin, el hombre al que creía mi carcelero, me está protegiendo.

Luca, el hombre al que creía mi familia, me está vendiendo.

No es difícil decidir de qué lado ponerse.

Llaman a la puerta y entra Anna con la bandeja del té de la tarde.

—Mrs. Morozov, ¿se encuentra bien? Está un poco pálida.

—Estoy bien, Anna. Solo... cansada.

—Quizá debería descansar. El Pakhan estará ocupado el resto del día con asuntos urgentes.

Asuntos urgentes. Como encontrar a mi primo traidor.

—Anna —digo de forma impulsiva—, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Por supuesto.

—¿Tú crees que el Pakhan es un buen hombre?

Anna duda un instante, claramente sorprendida por la pregunta.

—Creo —dice al fin— que el Pakhan es un hombre que protege a quien ama. Y en nuestro mundo eso es lo más parecido a ser bueno a lo que se puede aspirar.

Protege a quien ama.

Ama. No posee, no controla, no utiliza. Ama.

—Gracias, Anna.

Cuando se va, me quedo sentada en la cama, pensando.

Mi familia es una mierda. Es un hecho que ya no puedo seguir ignorando.

Papá me vendió para borrar sus deudas. Luca me está vendiendo por... ¿por qué? ¿Por dinero? ¿Por venganza? ¿Porque los irlandeses lo han amenazado?

No importa el porqué. Importa que lo ha hecho.

E importa que Konstantin, el hombre al que se supone debo odiar, es el único que está intentando protegerme de verdad.

Me levanto de la cama con una determinación que no sabía que tenía.

Es hora de tomar una decisión. Una decisión definitiva entre la sangre y... ¿qué?

Entre la sangre y el hombre al que podría aprender a querer.

Bajo las escaleras y camino hacia el despacho de Konstantin. Esta vez no me escondo detrás de la puerta. Llamo con fuerza tres veces.

—Adelante —dice su voz.

Entro en el despacho, donde Konstantin y Viktor están inclinados sobre un mapa de Nueva York lleno de marcas rojas y notas. Los dos levantan la vista cuando entro.

—Selena —dice Konstantin, y veo la sorpresa en sus rasgos—. ¿Va todo bien?

—He oído vuestra conversación —digo sin rodeos.

El silencio que sigue es tan denso que se podría caminar sobre él.

—¿Qué conversación? —pregunta Viktor, pero a su voz le falta convicción.

—La conversación sobre mi primo Luca, que me está vendiendo a los irlandeses.

Konstantin se incorpora despacio, su expresión volviéndose completamente ilegible.

—¿Cuánto has oído?

—Lo suficiente para saber que la persona en la que más confiaba de mi familia me está traicionando por dinero irlandés.

—Selena... —empieza Konstantin.

—No —lo interrumpo—. Déjame decir una cosa antes de que empieces a justificar por qué no me lo has contado.

—Adelante.

—Quiero que sepas que cuando encuentres a Luca, cuando descubras que es culpable de todo lo que pensáis, no voy a culparte si haces lo que tienes que hacer.

La sorpresa en la cara de Konstantin es genuina.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que he elegido mi bando. Y no es la sangre.

—¿Y cuál es?

—Tú.

Las palabras me salen tan sencillas, tan sinceras, que ni yo misma me esperaba lo liberador que iba a ser decirlas.

—Tú —repite Konstantin, como si estuviera saboreando las palabras.

—Tú. Este matrimonio. Esta vida, por complicada que sea.

Me acerco a su escritorio, mirándolo directamente a los ojos.

—Luca puede irse al infierno. Papá puede irse al infierno. Toda mi familia puede irse al infierno. Tú eres el único que ha intentado protegerme de verdad.

—Selena...

—Así que cuando lo encuentres, haz lo que tengas que hacer. Y no te sientas culpable por mí.

El silencio que sigue es distinto a cualquier otro silencio que haya compartido con Konstantin.

Está lleno de comprensión. De aceptación. De algo que podría ser el principio del verdadero amor.

—Gracias —dice al fin, y su voz es más suave de lo que se la haya oído jamás.

—¿Por qué?

—Por elegirme.

Por primera vez en semanas, sonrío de verdad.

—Tampoco tenía mucho donde elegir, teniendo en cuenta las alternativas.

Y, mientras Viktor nos mira a los dos con una expresión que podría ser alivio o pánico, Konstantin y yo nos miramos a los ojos y entendemos que algo acaba de cambiar para siempre.

Ya no soy su esposa por contrato.

Soy su esposa por elección.

Por fin.

35 Konstantin



En años de actividad criminal, he vivido muchos momentos que han redefinido mi comprensión del poder.

El primer hombre al que maté. El día en que me convertí en Pakhan. La noche en que eliminé a la familia Kózlov.

Pero ninguno de esos momentos me ha preparado para que Selena entre en mi despacho y me elija a mí por encima de su familia.

—Gracias —le digo, y las palabras salen más cargadas de emoción de lo que pretendía—. Por elegirme.

—No tenía mucha elección, vistas las alternativas —responde, sonriendo de una manera que no le había visto nunca.

No es la sonrisa sarcástica que usa cuando quiere herirme. No es la sonrisa falsa que usa cuando intenta esconder el miedo. Es una sonrisa genuina, casi... feliz.

Y me golpea con la fuerza de un tren que esta es la primera vez que la veo realmente feliz desde que la conozco.

—Viktor —digo sin apartar la mirada de Selena—, ¿puedes dejarnos solos unos minutos?

—Por supuesto, Pakhan. —Viktor recoge sus documentos y se dirige hacia la puerta, pero se detiene en el umbral—. Por lo que pueda valer, creo que los dos habéis tomado la decisión correcta.

Cuando la puerta se cierra a su espalda, Selena y yo nos quedamos solos en mi despacho lleno de mapas y planes de guerra.

—Bueno —dice, sentándose en la silla frente a mi escritorio con una naturalidad que antes no tenía—, mi primo es oficialmente un hijo de puta traidor.

La forma directa en que lo dice me sorprende. Nada de lágrimas, nada de negación, nada de intentos de justificar el comportamiento de Luca.

Solo aceptación, fría y furiosa.

—Eso parece.

—¿Cuánto hace que lo sospechabas?

—Desde esta mañana. Las pruebas son circunstanciales pero convincentes.

—¿Qué tipo de pruebas?

Le explico lo de las intervenciones telefónicas, lo de la información demasiado específica que alguien estaba pasando a los irlandeses, lo del momento sospechoso de las llamadas de Luca.

Selena lo escucha todo en silencio, asintiendo de vez en cuando, su expresión volviéndose cada vez más dura.

—El hijo de puta —dice cuando termino—. Sabe qué tipo de hombres son los irlandeses. Sabe lo que podrían hacerme.

—¿Por qué crees que lo ha hecho?

—Por dinero, probablemente. O quizá los irlandeses lo amenazaron. Luca nunca fue tan valiente como creía ser.

Hago una pausa, estudiando su expresión.

—No pareces tan sorprendida como yo me esperaba.

—No lo estoy.

—¿Por qué?

Selena suspira y se reclina en la silla.

—Porque he crecido en una familia criminal, Konstantin. He visto lo que el miedo le hace a la gente. Y Luca siempre ha sido un cobarde.

—¿Cobarde por qué?

—Por no ser lo bastante fuerte. Por no ser lo bastante listo. Por no ser... suficiente, en general.

Es un análisis psicológico sorprendentemente afilado para alguien que hasta esta mañana pensaba que su primo estaba de su lado.

—¿Y eso justifica la traición?

—No —dice sin dudar—. No justifica nada. Pero la explica.

Me levanto del escritorio y camino hacia la ventana, mirando los jardines donde mis guardias patrullan con precisión militar.

—Selena —digo sin volverme—, entiendo que esta situación te coloca en una posición difícil.

—¿Qué situación?

—El hecho de que pueda tener que matar a tu primo.

—Ah. Esa situación.

Me vuelvo hacia ella, esperando ver conflicto en sus ojos. En cambio, veo algo que podría ser determinación.

—¿Te molesta? —pregunto.

—¿Me molesta que nos haya traicionado a ti y a mí? Sí. ¿Me molesta que tengas que matarlo? No.

La frialdad de su voz me sorprende. Esta es mi mujer.

—¿Estás segura?

—Konstantin —dice, levantándose y acercándose a mí—, Luca ha puesto mi vida en peligro por dinero irlandés. En tu mundo, ¿cuál es el castigo para eso?

—La muerte.

—Y en mi mundo anterior, en la familia en la que nací, ¿cuál es el castigo por traicionar a la familia?

—La muerte.

—Exacto. O sea, que da igual qué código sigamos: Luca firmó su sentencia de muerte en el momento en que marcó el primer número irlandés.

Su lógica es impecable. Y aterradora.

—No te oigo hablar así muy a menudo.

—¿Cómo?

—Como alguien que entiende de verdad cómo funciona este mundo.

Selena sonríe, pero no hay calor en la sonrisa.

—Quizá porque estoy empezando a aceptar que este es mi mundo ahora.

—¿Y cómo te hace sentir eso?

—¿Sinceramente? Liberador.

—¿Liberador?

—Durante veintiún años he intentado ser la chica buena de la familia criminal. He estudiado literatura en lugar de marketing. He salido con chicos normales en lugar de hijos de jefes. He fingido que la sangre del dinero de papá no existía.

Se acerca un poco más, lo bastante como para tocarme el brazo.

—Pero saber que Luca me ha traicionado, saber que mi propia familia me vendería por el precio adecuado... me libera de tener que fingir que soy algo que no soy.

—¿Y qué eres?

—Soy la mujer de Konstantin Morozov. Soy la reina de un imperio criminal. Y soy alguien que no va a tolerar traiciones de nadie.

Sus palabras me golpean con una fuerza que no me esperaba. Porque veo el momento exacto en el que Selena deja de resistirse a aquello en lo que se ha convertido y empieza a abrazarlo.

—Selena —digo, tomándole la cara entre las manos—, ¿estás segura de lo que dices?

—Estoy segura de que he pasado bastante tiempo luchando contra lo que soy por miedo a aquello en lo que podría convertirme.

—¿Y en qué podrías convertirte?

—En alguien como tú.

—Alguien como yo es peligroso.

—Lo sé.

—Alguien como yo hace cosas terribles para proteger lo que ama.

—Eso también lo sé.

—¿Y no te asusta?

—Me asusta —admite—. Pero también me excita.

Hostia santa. Sus palabras me van directas a la entrepierna y al corazón al mismo tiempo.

—Selena...

—Konstantin —dice, poniéndose de puntillas hasta que sus labios están a un centímetro de los míos—, cuando encuentres a Luca, quiero estar presente.

—¿Qué?

—Quiero mirar a los ojos al hombre que ha traicionado a su familia y decirle exactamente lo que pienso de él.

La determinación de su voz es absoluta.

—No es necesario.

—Para mí sí.

—¿Por qué?

—Porque quiero que sea la última vez que alguien de mi vida anterior se crea que puede usarme contra ti.

Y aquí está. Justo aquí. Veo en quién se está convirtiendo Selena de verdad.

No la esposa dócil que esperaba. No la prisionera resignada que temía. Sino una compañera digna del poder que estamos construyendo juntos.

—De acuerdo —digo—. Estarás presente.

—Gracias.

—Pero, Selena...

—¿Sí?

—Cuando esto se acabe, cuando Luca haya pagado por lo que ha hecho, ya no habrá vuelta atrás.

—¿A qué te refieres?

—A que, una vez que has participado en la justicia de la Bratva, formas parte de la Bratva. Para siempre.

Veo el instante en que las palabras alcanzan todo su peso.

—¿Y si eso es lo que quiero?

—Entonces —digo, besándola con todo lo que no consigo decirle con palabras— bienvenida a la familia.

Cuando nos separamos, veo en sus ojos algo que nunca había visto antes.

Pertenencia.

Por fin, Selena Morózova ha encontrado dónde le corresponde estar.

Y no es con la familia en la que nació.

Es con la familia que ha elegido.
Conmigo.



La conversación sobre la lealtad se transforma en otra cosa en el momento en que nuestros ojos se encuentran.

Ya no es sobre la traición de Luca ni sobre la elección entre familia y marido. Es sobre el fuego que arde entre nosotros desde hace semanas, ese mismo fuego que Konstantin se ha empeñado en contener como si yo estuviera hecha de cristal.

Pero no estoy hecha de cristal. Estoy hecha de algo mucho más resistente.

—Selena —dice, con la voz ronca de una manera que me hace temblar.

—¿Sí?

—Lo que acabas de hacer, elegirme a mí por encima de tu familia...

—¿Qué?

Sus manos encuentran mis caderas, atrayéndome contra él con un hambre que no había mostrado nunca.

—Me dan ganas de recompensarte.

La forma en que lo dice, cargada de promesas oscuras, me funde las rodillas.

—¿Qué tipo de recompensa?

En lugar de responder, me levanta y me sienta en su escritorio, barriendo de un manotazo documentos y mapas como si no fueran

más que papel mojado.

—El tipo que te va a hacer olvidar a cualquier otro hombre al que hayas besado.

Hostia santa. Sus palabras me van directas al núcleo, encendiendo algo que ni siquiera sabía que existía.

—Konstantin...

—Dime que sí —susurra contra mi cuello, los dientes mordiéndome ligeramente la piel sensible—. Dime que me deseas.

—Te deseo.

No es suficiente para él. Lo noto en la tensión de sus músculos, en cómo sus manos me aprietan las caderas.

—¿Cuánto me deseas?

—Lo bastante como para volverme loca si no me tocas en el próximo minuto.

Se ríe contra mi piel, el sonido vibrando por todo mi cuerpo.

—¿Tan desesperada, princesa?

—Tan jodidamente desesperada que podría suplicar.

Eso es lo que quería oír. Lo veo en sus ojos, que se oscurecen, en cómo su control empieza por fin a resbalar.

Sus manos encuentran el bajo de mi blusa y me la quitan con movimientos urgentes pero, sorprendentemente, todavía delicados.

—Eres tan hermosa —murmura, los dedos trazando la curva del sujetador—. Tan jodidamente perfecta.

Cuando sus labios encuentran mi pecho a través del encaje, emito un sonido que no sabía que era capaz de hacer.

—¿Te gusta cuando te toco así? —pregunta, con la voz amortiguada contra mi piel.

—Me gusta todo lo que me haces.

—¿También esto?

Sus manos se mueven hacia el botón de mis vaqueros y yo levanto las caderas para ayudarlo a quitármelos. Me quedo allí, sobre su escritorio, en ropa interior, expuesta y vulnerable, pero nunca he tenido tanto poder.

Porque veo lo que le estoy haciendo. Veo cómo le tiemblan ligeramente las manos, cómo se le entrecorta la respiración.

—Selena —dice, y hay algo en su voz que no le había oído nunca. Casi... reverencia.

—¿Qué?

—¿Estás segura? Una vez que empecemos, una vez que te toque de verdad...

—¿No vas a parar nunca? —termino por él.

—No te voy a soltar nunca.

—Bien. Porque no quiero ir a ninguna parte.

Es lo que necesitaba oír. El permiso. La certeza de que lo deseo tanto como él me desea a mí.

Sus manos se mueven entre mis piernas, encuentran el encaje de mis bragas, y cuando me toca por encima de la tela, mi mundo estalla en chispas.

—Joder, estás empapada —murmura, y la forma cruda en que lo dice me pone aún más.

—Es lo que me haces.

—¿Es lo que te hago yo, o es lo que te hace saber que ahora eres mía?

—Las dos cosas.

Sus dedos se cuelan bajo el encaje, encuentran donde estoy más sensible, y cuando me toca de verdad grito su nombre lo bastante fuerte como para que probablemente me oiga todo el mundo.

—Esa es mi chica —dice, el pulgar moviéndose en círculos que me hacen ver las estrellas—. Hazme oír cuánto me deseas.

No puedo hacer otra cosa que obedecer. Los sonidos que me salen de la garganta son primitivos, desesperados, completamente fuera de mi control.

—Konstantin, por favor...

—¿Por favor qué?

—Necesito... necesito más.

—¿Más de qué?

—De todo. Te quiero entero.

Justo entonces hace algo que no me espero. Se arrodilla delante del escritorio, las manos agarrándome las caderas para tirarme hacia el borde.

—¿Qué estás haciendo?

—Te estoy dando lo que has pedido —dice, y entonces su boca está sobre mí a través del encaje de las bragas.

La sensación es tan intensa que casi me caigo del escritorio. Mis manos se enredan en su pelo, atrayéndolo más cerca mientras su lengua hace cosas que no sabía que fueran posibles.

—Dios mío —consigo decir, la voz estrangulada.

—Dios no —murmura contra mi piel—. Solo yo.

Me quita las bragas con un movimiento fluido y, cuando su boca vuelve a mí sin barreras, grito tan fuerte que estoy segura de que tiemblan las ventanas.

Es pecaminoso. Es perfecto. Es todo lo que no sabía que quería.

—Tu sabor me vuelve loco —dice contra mí, y las vibraciones de sus palabras me empujan aún más cerca del borde.

—Konstantin...

—Córrete para mí, princesa. Hazme oír lo bueno que soy.

Como si mi cuerpo estuviera programado para obedecer sus órdenes, exploto en oleadas de placer que me hacen temblar durante lo que parece una eternidad.

Cuando por fin consigo respirar otra vez, Konstantin está de pie delante de mí, la cara húmeda de mi excitación, los ojos más oscuros de lo que se los he visto nunca.

—Bueno —dice, las manos volviendo a mis caderas—, ¿lista para lo demás?

—Joder, sí.

Pero, antes de que pueda moverse, antes de que pueda llevar esto a la culminación que ambos deseamos desesperadamente, su teléfono suena.

—Ignóralo —digo, las manos moviéndose hacia su cinturón.

Pero el teléfono sigue sonando. Y sonando.

—Konstantin —digo cuando veo la expresión en su cara—. ¿Es importante?

Mira la pantalla, y veo el momento en el que todo cambia.

—Es Viktor. Emergencia.

La emergencia, según se descubre, es que los irlandeses acaban de volar uno de nuestros almacenes en Queens.

Y, mientras veo a Konstantin transformarse del amante apasionado al Ángel de la Muerte, me doy cuenta de algo que me asusta más que cualquier traición familiar.

Me he enamorado de un hombre que podría no volver a casa esta noche.

Y, por primera vez desde que lo conozco, tengo un miedo terrible a perderlo.



El humo aún flota en el aire cuando llegamos al almacén destruido en Queens.

No el humo de cigarrillos ni de barbacoas. El humo de los explosivos militares y de la carne quemada. El olor de la guerra que he respirado demasiadas veces como para no reconocerlo al instante.

—¿Cuántos? —le pregunto a Viktor mientras salimos del SUV blindado.

—Seis de los nuestros. Cuatro irlandeses que hemos encontrado entre los escombros.

Seis. Seis hombres que trabajaban para mí, que tenían familia, que confiaban en que yo los protegería.

Y yo estaba en casa follándome a mi mujer sobre mi escritorio mientras O'Sullivan los hacía saltar por los aires.

—¿Explosivo?

—C4 militar. De profesionales. Esto no era Luca pasando información. Esto era una operación planeada.

Camino por lo que en su día fue nuestro centro de distribución principal de la costa este. Ahora solo es cemento roto, acero retorcido y manchas oscuras en el suelo que antes eran personas.

—Pakhan. —Aleksei aparece entre el humo, la cara negra de hollín, el brazo izquierdo colgando en un ángulo extraño—. Ya

estaban dentro cuando llegamos. Nos estaban esperando.

—¿Cómo que nos estaban esperando?

—Sabían exactamente dónde golpear. Los puntos estructurales débiles. El sistema de seguridad. Todo.

Lo cual confirma lo que ya sabía. Esto no fue un ataque oportunista. Estuvo planeado con información detallada.

Información que solo alguien muy cercano a nuestra operación podía proporcionar.

—Luca —dice Viktor en voz baja.

—Luca —concedo.

Pero, incluso al pronunciar el nombre, sé que es más complicado que eso. Luca puede haber pasado información básica, pero este nivel de precisión requiere a alguien con acceso operativo directo.

Hay alguien más que nos está traicionando.

Y entonces lo veo. Un destello de movimiento entre los escombros, algo que no debería estar ahí.

—Viktor —digo, la mano moviéndose automáticamente hacia la pistola—, a las dos en punto.

Pero Viktor ya está en movimiento, y la bala que iba destinada a mi cabeza le da en el hombro, haciéndolo girar y caer detrás de un pedazo de cemento.

La adrenalina toma el control y convierte el mundo en cámara lenta. Veo al tirador —un irlandés con demasiados dientes y muy poco cerebro— emerger de los escombros con otra pistola.

Veo a Aleksei lanzarse hacia él por la izquierda.

Veo a mis otros hombres dispersarse para cubrirse.

Y veo, con perfecta claridad, que esto era una trampa. No solo un ataque al almacén. Una trampa para atraerme aquí.

La segunda bala me da en el hombro, haciéndome girar pero sin tumbarme. La tercera roza mi cabeza por poco.

Entonces saco mi Glock y resuelvo el problema irlandés de forma permanente.

—¡Viktor! —grito, corriendo hacia donde ha caído detrás del cemento.

—Estoy bien —dice, aunque la sangre que le sale del hombro izquierdo dice lo contrario—. Es solo un rasguño.

—Un rasguño que sangra como una fuente.

—He tenido cosas peores.

Es verdad. Las hemos tenido los dos. Pero, mientras presiono mi chaqueta contra su herida para detener la hemorragia, me asalta un pensamiento que nunca había tenido en una situación de combate.

Selena.

Si muero aquí, si estos irlandeses de mierda consiguen matarme, ¿qué le pasa a Selena?

¿Vuelve con su padre? ¿Huye? ¿Se esconde en alguna parte rezando para que O'Sullivan se olvide de ella?

¿O se convierte en un blanco para cualquiera que quiera vengarse de la Bratva?

—Pakhan —dice Viktor, viendo algo en mi expresión—. ¿Dónde estás?

—Estoy aquí.

—No, no lo estás. Estás en otra parte. Estás pensando en ella.

Tiene razón. Estoy pensando en Selena. En cómo estaba sobre mi escritorio hace una hora. En cómo me eligió a mí por encima de su familia. En cómo reaccionaría si Viktor volviera a casa sin mí.

—No es el momento —digo, pero los dos sabemos que es mentira.

—Es exactamente el momento. Porque si no tienes la cabeza fría, vas a acabar muerto. Y si acabas muerto, ¿qué le pasa a la chica que te quiere?

La chica que me quiere.

Es la primera vez que Viktor lo dice de forma explícita. Es la primera vez que alguien lo dice.

—Ella no me quiere.

—Y una mierda. La he visto cuando te has ido. Estaba aterrorizada.

—Estaba preocupada.

—Estaba enamorada. Hay una diferencia.

Antes de que pueda responder, oigo voces irlandesas desde el lado opuesto del almacén destruido. Al menos tres hombres, quizá cuatro.

—¿Cómo de descubiertos estamos? —le pregunto a Viktor.

—Bastante. Pero yo no puedo disparar con precisión con este brazo.

—Entonces quédate aquí y procura no morirte. Yo me encargo de los irlandeses.

—Konstantin. —Viktor me agarra el brazo bueno—. No hagas tonterías.

—¿Cuándo hago yo tonterías?

—Cuando tienes algo que perder.

Sus palabras me golpean más fuerte de lo que quiero admitir, porque tiene razón.

Por primera vez en quince años, tengo algo que perder que es más importante que la venganza.

Tengo a Selena.

Pero eso significa que tengo que ser más cuidadoso, no menos. Significa que tengo que sobrevivir para volver con ella.

Significa que estos irlandeses acaban de cometer el error más grande de su vida.

Me muevo entre los escombros con la precisión que da la experiencia. Cada paso calculado, cada ángulo controlado.

El primer irlandés no me ve venir. Está demasiado ocupado buscándome en la dirección equivocada cuando mi cuchillo encuentra su garganta.

El segundo tiene tiempo de gritar antes de que mi bala le reviente la cabeza.

El tercero casi consigue acertarme; su bala me arranca la manga de la camisa y deja una línea de fuego a lo largo del brazo.

Casi.

Cuando termina, el almacén está en silencio salvo por el sonido de mi respiración pesada y los gemidos de Viktor.

—¿Está hecho? —pregunta Viktor cuando vuelvo con él.

—Está hecho.

—¿Todos?

—Todos.

—Bien. Ahora podemos volver a casa. Tu mujer estará preocupada.

Mi mujer. Selena. Que está sentada en casa, probablemente todavía sobre mi escritorio, esperando a que vuelva para terminar lo que empezamos.

Que no sabe que durante la última hora he luchado por mi vida pensando en ella.

—Viktor —digo, ayudándolo a levantarse—, ¿crees que he cambiado?

—¿Cambiado en qué?

—El hecho de que ahora tenga algo que perder. ¿Me hace más débil?

Viktor me mira con esos ojos que han visto demasiado.

—No —dice al fin—. Te hace más peligroso.

—¿Cómo?

—Porque ahora tienes algo por lo que vale la pena matar. Y no hay nada más aterrador que un hombre que pelea para proteger lo que ama.

Mientras conducimos por Nueva York de vuelta a casa, hacia Selena, hacia la vida que estoy construyendo con la mujer con la que me casé por conveniencia pero a la que estoy empezando a amar por necesidad, entiendo una cosa.

Viktor tiene razón.

No me he vuelto más débil desde que me casé con Selena.

Me he vuelto absolutamente letal.

Y O'Sullivan está a punto de descubrir lo peligroso que puede llegar a ser un hombre enamorado.



El sonido del Mercedes deteniéndose en la entrada a las tres de la madrugada me arranca de un sueño inquieto.

Me he quedado dormida en el sofá del salón porque no soportaba estar en la cama sabiendo que Konstantin está ahí fuera, en algún sitio, posiblemente muerto.

Posiblemente muerto por culpa de información que mi primo ha vendido a los irlandeses.

Me incorporo de golpe, con el corazón latiendo tan fuerte que podría reventar, y corro a la ventana. Veo a Viktor bajándose del lado del copiloto, el brazo izquierdo en un vendaje improvisado hecho con lo que parece ser una camisa rota.

Y entonces veo a Konstantin.

Vivo. Sangrando, pero vivo.

No espero a que lleguen a la puerta. Salgo corriendo de la villa descalza, en pijama, probablemente pareciendo una loca, pero me importa una mierda.

—¡Konstantin! —grito, lanzándome hacia él antes de que pueda decir nada.

Sus brazos se cierran a mi alrededor, y noto el calor de su cuerpo, el olor a humo y pólvora en su ropa, el latido de su corazón contra mi pecho.

Está vivo. Está vivo y ha vuelto conmigo.

—Eh, princesa —dice, con la voz ronca pero tranquilizadora—. Estoy aquí.

—Estás sangrando —digo, fijándome en la mancha oscura de la manga de su camisa.

—Solo es un rasguño.

—Y una mierda. Estás herido.

—Selena...

—«Selena» nada. Estás herido, y voy a encargarme de ti.

Lo agarro de la mano —la que no sangra— y lo arrastro hacia la villa, ignorando sus protestas y la sonrisa divertida de Viktor.

—Ve a ver a Anna por ese hombro —le ordeno a Viktor sin volverme—. Y tú —le digo a Konstantin—, al baño. Ya.

—¿Te estás haciendo cargo de mi villa?

—Me estoy haciendo cargo de la situación. Hay una diferencia.

En el baño principal enciendo todas las luces y empujo a Konstantin para que se siente en el borde de la bañera de mármol.

—Quítate la camisa.

—Mandona esta noche, ¿eh?

—Konstantin, te juro por Dios que como hagas un chiste mientras estás sangrando, te mato yo misma.

Se quita la camisa con movimientos cuidadosos, descubriendo el pecho que ya conozco bien y el brazo izquierdo con lo que claramente es más que un rasguño.

Es un corte largo y profundo que va del codo al hombro, hecho probablemente por una esquirla o por una bala que ha pasado rozando.

—Hostia santa —susurro, viendo lo grave que es.

—Es peor de lo que parece.

—No, es exactamente tan grave como parece. Necesitas puntos.

—He tenido cosas peores.

—Me da igual lo que hayas tenido antes. Lo que importa es lo que tienes ahora.

Abro el armario de las medicinas —cómo no, Konstantin tiene un armario de medicinas que parece el inventario de un hospital— y saco desinfectante, vendas y todo lo que encuentro que parezca útil.

—Selena —dice Konstantin mientras preparo lo que necesito—, no tienes por qué hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Cuidar de mí. No estás obligada.

Me detengo, con el bote de desinfectante en la mano, y lo miro a los ojos.

—¿Qué acabas de decir?

—He dicho que no tienes por qué sentirte obligada a...

—Konstantin Morozov —lo interrumpo, la voz subiendo peligrosamente—, si crees que estoy aquí porque me siento obligada, eres el gilipollas más grande que he conocido en mi vida.

—Entonces ¿por qué estás aquí?

Es una pregunta sencilla. Una pregunta que debería tener una respuesta sencilla.

Pero la respuesta no es sencilla. La respuesta es complicada y aterradora y lo cambia todo.

—Porque —digo, abriendo el desinfectante—, cuando he oído ese coche llegar, le he rezado a todos los santos que conozco para que fueras tú vivo y no Viktor viniendo a decirme que estabas muerto.

Konstantin se queda completamente quieto mientras le limpio la herida, pero noto sus ojos sobre mí.

—Y, cuando te he visto bajar del coche —sigo, concentrándome en sus cortes para no tener que mirarle a la cara—, he sentido un alivio tan intenso que he pensado que iba a desmayarme.

—Selena...

—Y ahora estás aquí, herido, y lo primero que pienso no es «gracias a Dios que no estás muerto», sino «si vuelve a pasar, si te ocurre algo, ¿qué hago yo sin ti?».

El desinfectante sobre la herida tiene que escocer como el infierno, pero Konstantin no emite ni un sonido.

—¿Qué estás diciendo? —pregunta en voz baja.

—Estoy diciendo que no estoy aquí por obligación. Estoy aquí porque... —Me detengo, porque las palabras que estoy a punto de decir lo van a cambiar todo.

—¿Porque?

—Porque me importa si vives o mueres. Me importa más de lo que debería. Me importa de una manera que me asusta.

Termino de vendarle el brazo en silencio, con las manos temblándome ligeramente.

—No soy enfermera, ¿sabes? —digo cuando termino, intentando aligerar el ambiente—. O sea que, si se te infecta y te mueres, no es culpa mía.

Konstantin se ríe, un sonido bajo y cálido que me hace sentir como si acabara de confesar que estoy enamorada de él.

Cosa que, probablemente, acabo de hacer.

—Selena —dice, y sus manos encuentran mis caderas—, ¿por qué te importa si vivo o muero?

Es la misma pregunta que acabo de responder, pero formulada de otra manera. Más directa. Más peligrosa.

—¿Por qué crees tú que me importa? —pregunto, en lugar de responder.

—Porque estás aquí a las tres de la madrugada vendando las heridas de un criminal ruso en lugar de estar a salvo en tu cama.

—Quizá me guste vendar heridas de criminales rusos.

—O quizá —dice, atrayéndome más cerca hasta que estoy de pie entre sus piernas— te importa este criminal ruso en concreto.

La forma en que lo dice, con esa voz ronca y esos ojos grises que parecen ver directamente dentro de mi alma, me hace temblar.

—¿Y si así fuera? —pregunto—. ¿Y si me importaras tú?

—Entonces —dice, sus manos subiendo hacia mi cara— serías la primera persona a la que de verdad le ha importado.

—No me lo creo.

—Es verdad.

—¿Y tu madre? ¿Tu padre?

—Mi madre murió cuando yo tenía veintidós años. Mi padre... mi padre me quería, pero como los jefes quieren a sus herederos. Condicionalmente.

Hay algo en su voz cuando menciona a sus padres, algo herido y vulnerable que no le había oído nunca.

—¿Y Viktor?

—Viktor es leal. Es distinto a importarle.

—¿En qué es distinto?

—La lealtad es profesional. Que te importe es personal.

—¿Y yo?

—Tú —dice, el pulgar trazando la curva de mi mejilla— eres personal.

Sus palabras me llegan como una caricia y un puñetazo a la vez.

—Konstantin...

—Dime.

—Yo tampoco soy muy buena dejando que la gente me importe.

—¿No?

—No. Mi familia siempre me ha decepcionado. Mis ex novios eran... seguros. Predecibles. Nada que pudiera hacerme daño de verdad.

—¿Y yo?

—Tú podrías hacerme mucho daño.

—¿Y eso te asusta?

—Me aterra.

—Pero, aun así, estás aquí.

—Aun así, estoy aquí.

Konstantin me mira durante un largo instante, como si estuviera procesando información complicada.

—Selena —dice al fin—, ¿qué estamos haciendo?

—¿Sinceramente? No tengo ni la más mínima idea.

—Yo tampoco.

—¿Pero?

—Pero no quiero dejar de hacerlo.

—Yo tampoco.

Y entonces me besa. No con el beso posesivo y dominante que esperaba. Sino con algo más dulce. Más... tierno.

El tipo de beso que le das a alguien que de verdad te importa.

Y, cuando nos separamos, los dos sabemos que algo ha cambiado.

Somos algo nuevo. Algo más aterrador y más valioso.

Somos dos personas a las que les importa la otra.

Y en nuestro mundo eso es más peligroso que cualquier guerra con los irlandeses.

39 Konstantin



El sueño, cuando por fin llega, es a trozos. Interrupciones constantes de imágenes que se mezclan: el almacén estallando, la sangre de Viktor sobre el cemento, los ojos verdes de Selena llenos de miedo cuando me ha visto volver herido.

Pero es la sensación de su cuerpo junto al mío lo que me mantiene anclado a la realidad.

Selena no se ha ido a su habitación después de curarme las heridas. Se ha quedado aquí, en nuestra cama matrimonial por primera vez desde que nos casamos. No porque se lo haya pedido, sino porque ha decidido quedarse.

La oigo moverse en sueños, un brazo aflojándose alrededor de mi cintura, y cuando abro los ojos veo que me está mirando en la oscuridad.

—¿Estás bien? —susurra.

—Eso debería preguntártelo yo. Es tu primera prueba de verdad de lo que significa estar casada conmigo.

—¿Te refieres a que vuelves a casa sangrando a las tres de la madrugada?

—Me refiero a que esto va a volver a pasar. Probablemente más de una vez.

Selena se apoya en un codo, el pelo cayéndole sobre el hombro desnudo. Está preciosa en la oscuridad, toda curvas suaves y piel cremosa que la luz de la luna convierte en algo etéreo.

—Konstantin —dice, su mano encontrando mi pecho—, ¿crees que no sabía lo que estaba aceptando cuando te elegí a ti en lugar de a Luca?

—Saberlo y vivirlo son dos cosas distintas.

—Es verdad. Pero vivir contigo es mejor que vivir sin ti.

Sus palabras me golpean más fuerte que cualquier bala irlandesa. Porque hay una certeza en ellas que no le he oído nunca a ninguna mujer.

—¿Incluso cuando significa noches como esta?

—Sobre todo cuando significa noches como esta.

—¿Por qué?

—Porque las noches como esta me enseñan lo valiente que eres. Cuánto te importan las personas a las que proteges.

Su mano se mueve de mi pecho a mi cara, los dedos trazando la línea de mi mandíbula.

—Y me enseñan cuánto me importa que vuelvas a casa.

Algo se rompe dentro de mí al sentir su tacto. Algo que llevaba años cerrado y blindado.

—Selena...

—Dime.

—No debería importarte tanto. No debería ser tan fácil para ti aceptar esto.

—¿Por qué?

—Porque yo no soy... no soy el tipo de hombre que se merece esto.

Es la confesión más sincera que haya hecho jamás. La admisión de que, debajo de todo el poder y el miedo que infundo, sé exactamente lo que soy.

Un asesino. Un criminal. Un hombre con sangre en las manos que no se va a borrar nunca.

—¿Quién te ha dicho que no te lo mereces?

—La realidad. Mi pasado. El hecho de que he matado a más personas de las que puedas imaginar.

—¿Y quién te ha dicho que eso me importa?

Su respuesta es tan directa, tan libre de juicio, que por un momento no sé qué decir.

—Debería importarte.

—Debería, pero no me importa. No de la manera en que tú piensas.

—¿Cómo no te importa?

—No me importa que hayas matado a personas que estaban intentando hacerte daño. No me importa que seas peligroso para tus enemigos.

Sus labios se mueven hacia mi cuello, besándome la piel justo encima del pulso, donde mi latido traiciona cuánto me afecta su roce.

—Me importa que seas mío.

Hostia santa. La forma en que lo dice, con esa voz ronca llena de posesión y deseo, me hace olvidar cualquier motivo por el que debería resistirme a esto.

—¿Tuyo?

—Mío.

Sus labios se mueven hacia mi clavícula, los dientes mordiéndome ligeramente la piel sensible.

—Dime que eres mío, Konstantin.

—Soy tuyo.

Las palabras me salen sin pensar, sin filtros, sin el miedo que suele acompañar cualquier admisión de vulnerabilidad.

—Dime cuánto eres mío.

Sus manos se mueven a lo largo de mi pecho, encontrando cada cicatriz, cada marca que años de violencia han dejado en mi piel.

—Soy completa, jodidamente tuyo.

—Bien.

Y entonces su boca empieza a bajar, besando cada centímetro de piel que encuentra. No con la timidez de una virgen, sino con la determinación de una mujer que sabe exactamente lo que quiere.

—Selena, ¿qué estás haciendo?

—Te estoy enseñando cuánto eres mío.

Sus labios llegan al borde de mis bóxers, y cuando me mira por entre las pestañas, veo en sus ojos un hambre que me hace perder la cabeza.

—¿Puedo? —pregunta.

Hostia santa. Mi mujer me está pidiendo permiso para ir donde ninguna otra mujer ha ido con tanta reverencia.

—Sí.

No me quita los bóxers. Los baja apenas lo suficiente para liberar mi erección, y cuando su boca se cierra alrededor de mí, veo estrellas.

Está inexperta pero entusiasmada, la lengua moviéndose de formas que me hacen olvidar mi nombre. Mis manos se enredan en su pelo, guiándola con suavidad, enseñándole lo que me gusta sin forzar nunca.

—Así, muy bien —murmuro, y ella gime alrededor de mí, el sonido vibrando por todo mi cuerpo.

Cuando por fin se detiene, es solo para quitarse el camisón, descubriendo centímetros de piel cremosa que quiero besar, morder, reclamar como mía.

—Ahora —dice, gateando hacia mí—, enséñame cuánto soy tuya.

No necesita pedírmelo dos veces.

Mis manos encuentran sus pechos, mi boca las sigue, y cuando me meto el pezón en la boca y succiono, Selena arquea la espalda y grita mi nombre.

—¿Te gusta cuando te toco así?

—Me gusta todo lo que me haces.

Mis manos bajan, encuentran la humedad entre sus piernas, y cuando la toco ya está empapada para mí.

—Tan lista, princesa.

—Siempre lista para ti.

Mi boca sigue a mis manos, y cuando la pruebo, Selena se hace pedazos contra mis labios, sus manos tirando de mi pelo lo bastante fuerte como para hacerme daño.

Pero, cuando me incorporo para mirarla —el pelo desparramado por la almohada, los labios hinchados, los ojos verdes llenos de

deseo—, sé que no puedo esperar más.

—¿Estás segura? —pregunto, aunque la respuesta es obvia.

—Estoy segura.

Entro en ella despacio, con cuidado, vigilando su cara por cualquier señal de dolor. Hay un momento de tensión, un pequeño sonido que podría ser molestia, y me detengo.

—¿Estás bien?

—No pares. Por favor.

Cuando estoy completamente dentro de ella, los dos nos quedamos quietos un instante, asimilando la totalidad de lo que está pasando.

—¿Cómo te sientes? —pregunto.

—Completa.

Entonces empiezo a moverme, despacio al principio, con más urgencia luego, cuando su cuerpo se adapta al mío. Los sonidos que hace son música, gritos de mi nombre mezclados con palabras incoherentes que me hacen sentir como un dios.

—Tan estrecha —murmuro contra su cuello—. Tan jodidamente perfecta.

—Solo para ti.

—Solo para mí.

Cuando nota que estoy a punto de correrme, sus piernas se enroscan alrededor de mi cintura, atrayéndome más adentro.

—Córrete dentro de mí —susurra contra mi oído—. Hazme tuya del todo.

Es lo que necesitaba oír. Me dejo ir por completo, llenándola mientras su cuerpo se cierra alrededor de mí en oleadas que me hacen ver estrellas.

Después, cuando los dos estamos sin aliento y sudados, Selena se acurruca contra mi pecho.

—¿Konstantin?

—Dime.

—Lo que has dicho antes, lo de no merecer esto...

—¿Sí?

—Es una gilipollez.

Me río contra su pelo, un sonido más ligero del que me he oído jamás.

—¿Ah, sí?

—Sí. Mereces que te quieran.

La palabra queda colgando entre los dos en la oscuridad. Querer. No desear, no poseer. Querer.

—Selena...

—No tienes que decir nada. Aún no. Pero quería que lo supieras.

¿Que supiera qué? ¿Que me quiere? ¿Que cree que merezco que me quieran?

¿O que ella es la primera persona que me ha hecho sentir que quizá pudiera merecerlo?

—Duerme —susurro contra su pelo—. Yo te protejo.

—Lo sé.

Y, mientras se queda dormida entre mis brazos, me asalta una conclusión más aterradora que cualquier batalla.

No es que esté empezando a quererla.

Estoy completa, irrevocablemente enamorado de ella.



Me despierto con el cuerpo de Konstantin envuelto alrededor del mío como un capullo de calor y músculo.

Lo primero que pienso es lo perfectamente que encajo contra él. Como si me hubieran diseñado específicamente para esto: para que me sostenga este hombre que podría partirme por la mitad sin esfuerzo pero que, en cambio, me trata como algo valioso.

Lo segundo que pienso es: mierda, la situación se ha vuelto oficialmente complicada.

Porque lo de anoche no fue solo sexo. Fue... más. Fue algo que ha cambiado la química fundamental entre nosotros, transformando todo lo que creía saber sobre este matrimonio en algo distinto por completo.

—Buenos días, princesa —murmura Konstantin contra mi pelo, con la voz ronca por el sueño.

—Mmm —respondo, porque articular palabras requiere más energía de la que tengo en este momento.

Sus manos empiezan a moverse a lo largo de mi cuerpo —nada urgente ni agresivo, solo caricias perezosas que mapean cada curva como si estuviera memorizando mi piel.

—¿Has dormido bien?

—Como una muerta.

—Bien. Tenía la intención de no dejarte dormir nada.

La forma en que lo dice, toda satisfacción masculina y promesas implícitas, me hace sonreír contra su pecho.

—Fracaso épico, entonces.

—Mmm. Tendré que compensarlo.

Antes de que pueda preguntar a qué se refiere, su boca encuentra el punto sensible de mi cuello, y todo pensamiento coherente se evapora como vapor.

Lo que sigue es una clase magistral sobre lo distinto que puede ser el sexo cuando no hay prisa, cuando no hay tensión ni miedo ni la sensación de que todo podría estallar en cualquier momento.

Konstantin me toca como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Como si no hubiera nada más importante en su día que hacerme gemir su nombre contra los almohadones de seda.

Sus manos —esas mismas manos que anoche mataron a varios hombres— me acarician con una delicadeza que debería ser imposible. Su boca encuentra cada zona erógena que ni siquiera sabía que tenía, convirtiendo mi cuerpo en un instrumento que solo él sabe tocar.

Cuando por fin entra en mí, lo hace con una lentitud deliberada que me vuelve loca de la mejor manera posible.

—Konstantin —jadeo, las uñas clavándose en sus hombros.

—Dime qué quieres.

—Lo quiero todo.

—¿Todo?

—Todo lo que tienes. Todo lo que eres.

Sus embestidas se vuelven más profundas, más posesivas, y veo en sus ojos el momento en que pierde toda apariencia de control.

—Eres mía —dice, con la voz áspera de urgencia.

—Soy tuya.

—Toda mía.

—Toda tuya.

Cuando alcanzo el orgasmo, lo hago con una intensidad que me hace temblar durante lo que parecen minutos. Y cuando Konstantin se corre poco después, la forma en que dice mi nombre suena como una plegaria.

Después, nos quedamos tirados en una maraña de extremidades y sábanas sudadas, respirando con dificultad.

—Joder —murmuro contra su pecho.

—¿Algún problema?

—Solo que... esto lo cambia todo, ¿verdad?

Konstantin hace una pausa, los dedos jugando con mi pelo.

—Sí. Lo cambia todo.

—¿Y a ti te parece bien?

—¿Y a ti?

Buena pregunta. Una que no estoy segura de saber responder.

Porque, por un lado, esto —él, nosotros, en lo que nos estamos convirtiendo— es todo lo que no sabía que quería. Es intenso y peligroso y está completamente fuera de mi zona de confort, pero me hace sentir más viva que nunca.

Por el otro lado, estoy aterrada.

Aterrada de la rapidez con la que estoy cayendo por él, de lo deprisa que mi vida anterior se está convirtiendo en un recuerdo borroso. Aterrada de que, si le pasa algo, si lo pierdo, no sé cómo voy a sobrevivir.

—Estás haciendo la pregunta equivocada —le digo en cambio.

—¿Cuál sería la correcta?

—La pregunta correcta es si podemos echarnos atrás ahora que hemos cruzado esta línea.

—¿Y cuál es la respuesta?

—La respuesta es no. En absoluto.

Konstantin sonríe contra mi pelo, y noto la satisfacción irradiando de él.

—Bien. Porque yo no tenía intención de dejarte echarte atrás.

El resto de la mañana transcurre en una niebla de pereza y contacto constante. Konstantin no consigue mantener las manos lejos de mí: un brazo alrededor de la cintura mientras tomamos café, los dedos acariciándome la nuca mientras leo, su mano encontrando la mía cada vez que nos sentamos uno al lado del otro.

No es posesividad en el sentido tradicional. Es algo más sutil. Como si necesitara tocarme para convencerse de que soy real, de

que estoy aquí, de que no voy a desaparecer si aparta la mirada demasiado tiempo.

—Konstantin —digo cuando lo encuentro en su biblioteca hacia el mediodía, completamente absorto en lo que parecen ser unos documentos financieros muy serios.

—Dime.

—¿Te puedo preguntar una cosa?

Aparta los documentos al instante, prestándome toda su atención.

—Lo que quieras.

—Anoche, cuando volviste herido... ¿tuviste miedo?

—¿Miedo de morir?

—Miedo de dejarme.

La pregunta lo pilla por sorpresa. Lo veo en cómo se le abren ligeramente los ojos, en cómo hace una pausa antes de responder.

—Sí —dice al fin—. Por primera vez en mi vida, tuve miedo de morir, no porque no quisiera morir, sino porque no quería dejarte sola.

Su honestidad me sacude como una caricia y un puñetazo a la vez.

—¿Y eso te asusta?

—Me aterra.

—¿Por qué?

—Porque el miedo vuelve estúpidos a los hombres. Y los hombres estúpidos cometen errores. Y, en mi mundo, los errores matan.

Es una lógica difícil de rebatir.

—Entonces ¿qué hacemos?

—No lo sé —admite—. No había estado nunca en esta situación.

—¿Qué situación?

—La situación de tener algo que perder que es más importante que mi propia vida.

Hostia santa. La forma en que lo dice, tan directa y honesta, me da ganas de llorar y de besarlo al mismo tiempo.

—Konstantin...

—Ven aquí.

No es una petición. Es una orden suave, y obedezco sin pensarlo, acercándome a él hasta que me agarra y me sienta sobre sus rodillas.

—Dime qué estás pensando —dice, las manos posándose sobre mis caderas.

—Estoy pensando que todo esto es una locura.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que hace un mes no sabía ni que existías, y ahora...

—¿Ahora?

—Ahora no consigo imaginarme existir sin ti.

Es una confesión más grande de lo que pretendía hacer. Pero también es la verdad.

—Es una locura —concede—. Pero también es...

—¿También qué?

—Lo único bueno que me ha pasado en la vida.

Cuando me besa, es dulce e intenso al mismo tiempo. Es un beso que sabe a promesas y posibilidades.

Y cuando nos separamos, los dos sabemos que oficialmente hemos cruzado el punto de no retorno.

—Bueno —digo, acomodándome sobre sus rodillas—, supongo que estamos atrapados el uno con el otro.

—Supongo que sí.

—¿Y a ti te parece bien?

—Princesa —dice, con una sonrisa cruzando su cara tan genuina que me deja sin aliento—, es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Y, mientras me acurruco contra su pecho en el silencio de la biblioteca, rodeados de libros, luz del sol y la sensación de que quizá, solo quizá, hayamos encontrado algo que vale la pena proteger, pienso que tal vez tenga razón.

Quizá este sea exactamente el sitio al que pertenecemos.



El problema con las examantes es que tienden a presentarse en los momentos más inoportunos.

Estoy desayunando con Selena —una normalidad doméstica que jamás habría pensado que querría pero que ahora se ha vuelto esencial para empezar el día— cuando Anna entra en el salón con una expresión que significa problemas.

—Pakhan —dice, con la voz tensa—, la señora Kózlova está aquí. Insiste en verlo.

Selena levanta la vista del café, una ceja perfectamente arqueada.

—¿Valentina está aquí? ¿Otra vez?

—Eso parece.

Veo exactamente lo que está pensando detrás de esos ojos verdes. No son celos, todavía no. Es cálculo. Está evaluando la situación como la mujer inteligente que es.

—Hazla pasar —digo, aunque cada instinto me dice que es mala idea.

—¿Estás seguro? —pregunta Selena.

—Es mejor afrontar lo que tenga que decir ahora que dejarla planear algo más elaborado.

Valentina entra en el salón como si fuera dueña del sitio. Lleva algo rojo y ceñido que en otro tiempo me habría hecho perder la

cabeza. Ahora solo me hace pensar que es demasiado llamativo al lado de la elegancia natural de Selena.

—Konstantin —dice, ignorando por completo a mi mujer—, tenemos que hablar.

—Lo que tengas que decir puedes decirlo delante de Selena.

—No lo creo.

—Yo sí.

Valentina me estudia un instante, después se vuelve hacia Selena con una sonrisa que promete guerra.

—Selena, querida, ¿podrías dejarnos unos minutos a solas? Asuntos de adultos.

Hostia santa. Acaba de cometer el error más grande de su vida.

—¿Asuntos de adultos? —repite Selena, dejando la taza de café con un control que reconozco como peligroso—. ¿Como el asunto de adultos de presentarse en casa de un hombre casado por segunda vez?

—Como el asunto de adultos de cinco años de historia que no se borran con unas semanas de matrimonio de conveniencia.

Selena se ríe, un sonido capaz de cortar cristal.

—¿Cinco años de historia? ¿Así llamamos ahora a haber sido un polvo cómodo?

Valentina se tensa, y veo el momento en que decide dejar de jugar.

—Escucha, niñata italiana —dice, con la voz bajando peligrosamente—, tú puedes tener su apellido y su anillo, pero yo tengo su corazón.

—¿Su corazón? —Selena se levanta de la silla con movimientos fluidos—. Valentina, querida, si crees que Konstantin tiene corazón, está claro que no lo conoces tan bien como piensas.

Justo entonces Viktor aparece en el umbral, atraído sin duda por el sonido de dos mujeres preparándose para la batalla. Se apoya en el quicio con una expresión que sugiere que este es el mejor entretenimiento que ha visto en meses.

—Konstantin —dice Valentina, ignorando por completo el insulto de Selena—, dime que este matrimonio es solo negocios. Dime que lo que teníamos todavía significa algo.

Aquí está. El momento de la verdad. El momento en que tengo que elegir públicamente entre mi pasado y mi presente.

Ni siquiera es una elección.

—Valentina —digo, levantándome y yendo hacia Selena—, lo que teníamos era cómodo. Lo que tengo con Selena es todo.

La palabra queda colgando en el aire como humo de cigarro. Todo. No solo matrimonio, no solo acuerdo comercial. Todo.

—No me lo creo —dice Valentina, pero noto la incertidumbre en su voz.

—Pues créetelo —digo, tomando la mano de Selena—. Porque es la verdad.

Valentina nos mira a los dos y veo el momento en el que entiende que ya ha perdido.

—Esto no se acaba aquí —dice al fin.

—Sí —digo, atrayendo a Selena más cerca—. Se acaba aquí.

—Konstantin...

—Valentina —la interrumpo, y mi voz lleva todo el peso de la autoridad que he construido en años de reinado criminal—, vete. Mi mujer se está enfadando, y una mujer enfadada es mucho más peligrosa que una examante despechada.

Viktor emite un sonido que podría ser una risa contenida.

Valentina nos mira otro largo instante, luego gira sobre sus tacones y se va sin decir una palabra más.

—Bueno —dice Viktor cuando oímos cerrarse la puerta principal —, esto ha estado divertido.

—Viktor —digo sin apartar la mirada de Selena—, vete tú también.

—Naturalmente.

Cuando nos quedamos solos, Selena me mira con una expresión que no consigo descifrar.

—Bueno —dice—, ¿todo?

—Todo.

—¿Y ella lo sabía?

—Ahora sí.

Selena asiente despacio, procesando lo que acaba de pasar.

—Bien —dice al fin—. Porque, como hubiera vuelto otra vez, habría tenido que matarla.

La forma casual en que lo dice, como si estuviera hablando del tiempo, me pone más de lo que debería.

—¿Habrías estado celosa?

—¿Celosa? —Selena se ríe, pero no hay humor en el sonido—. Konstantin, celosa es lo que estás cuando alguien mira algo que te gusta. Lo que yo habría sentido por Valentina es mucho más primitivo.

—¿Y qué es?

—Lo que sientes cuando alguien intenta robarte algo que te pertenece.

Hostia santa. La forma en que lo dice, toda posesión feroz y determinación, me da ganas de tomarla aquí mismo, sobre la mesa del desayuno.

—¿Te pertenezco?

—Por completo.

—¿Y tú me perteneces a mí?

—Eso —dice, acercándose lo bastante para que pueda sentir el calor de su cuerpo— ni siquiera es una pregunta.

Y entonces la beso, hondo y en público, por si Valentina sigue mirando por las ventanas.

Pero, sobre todo, porque no consigo resistirme.

Cuando nos separamos, Selena tiene en los ojos esa expresión que reconozco como peligrosa para mi cordura.

—¿Konstantin?

—Dime.

—La próxima vez que aparezca aquí una de tus ex, no seas tan amable.

—¿Qué tendría que hacer?

—Lo que harías si alguien amenazara cualquier otra cosa que poseas.

El mensaje está claro. Y encaja perfectamente con la forma en que funciona mi mundo.

—Entendido —digo.

—Bien. Y ahora llévame arriba y enséñame exactamente a quién pertenezco.

Como si pudiera decirle que no a una orden así.

Mientras la subo por las escaleras, con Viktor riéndose todavía en algún sitio detrás de nosotros, tengo una conclusión a la vez aterradora y liberadora.

Selena no es solo mi esposa. No es solo la mujer que deseo.

Es la reina de mi imperio. Y ella sabe exactamente lo que eso significa.

Y cualquiera lo bastante estúpido como para desafiar su posición va a descubrir muy rápido qué pasa cuando alguien amenaza lo que es mío.



Los celos, descubro, tienen un sabor concreto.

Saben a cobre y adrenalina, con un regusto a algo que podría ser violencia reprimida. Es una emoción primitiva que pensaba que era demasiado civilizada para sentir.

Me equivocaba. Completa, estúpidamente equivocada.

Porque cuando Valentina se ha presentado aquí esta mañana con su vestido rojo de zorra y su aire de superioridad, lo único que he podido pensar ha sido: ¿esta zorra de verdad se cree que puede entrar en mi casa y reclamar a mi hombre?

Mi hombre. Hostia santa, ¿cuándo he empezado a pensar en Konstantin como mi hombre?

—¿En qué piensas? —pregunta Konstantin mientras entramos en el dormitorio matrimonial.

—Pienso que me he vuelto loca. Oficialmente.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que hace cinco minutos he estado a punto de cometer un homicidio por una mujer que no debería significar nada para mí.

Konstantin se detiene, estudiando mi expresión con esos ojos grises que parecen ver demasiado.

—¿Pero significa algo para ti?

—¿Qué?

—El hecho de que otra mujer me deseara.

Buena pregunta. Una que debería tener una respuesta sencilla.

Pero la respuesta no es sencilla. La respuesta es complicada y visceral y cambia por completo cómo veo este matrimonio.

—Significa que quiero ser la única.

—¿La única qué?

—La única mujer que deseas. La única mujer que quieres. La única mujer a la que amas.

La palabra amar me sale antes de que pueda detenerla, y veo cruzar la sorpresa por su cara.

—Selena...

—No digas nada —digo deprisa—. Aún no. Pero quería que supieras que... que lo que siento por ti ya no es solo atracción física.

—¿Y qué es?

—Algo más peligroso.

—¿Cómo de peligroso?

—Lo bastante como para que, cuando he visto a Valentina tocarte, haya querido cortarle las manos.

Konstantin sonríe, y el sonido es más oscuro de lo que debería.

—¿Tanto te ha gustado?

—Me ha gustado que la mandaras a la mierda sin dudar.

—No he dudado porque no había elección que tomar.

—¿No?

—No. Tú eres todo lo que quiero. Todo lo que siempre quise sin saberlo.

Sus palabras me atraviesan como una caricia y un puñetazo a la vez, haciéndome entender algo que tendría que haber visto antes.

No es que esté cayendo por Konstantin. Ya he caído. Completa, irrevocablemente caída.

Y ahora tengo que decidir qué hacer con esa información aterradora.

—Konstantin —digo, acercándome a él hasta que estoy lo bastante cerca como para sentir el calor de su cuerpo.

—Dime.

—Quiero preguntarte una cosa, y quiero que seas honesto.

—Siempre.

—¿Cuántas mujeres ha habido? Antes de mí.

Es una pregunta que no debería hacer. Una pregunta que podría hacerme daño. Pero necesito saberlo.

—Muchas —dice sin dudar—. Demasiadas para contarlas.

Su honestidad me cae encima como una bofetada, pero le agradezco que no me haya mentido.

—¿Y yo soy solo una más?

—Tú eres lo contrario de todas las demás.

—¿Cómo?

—Con todas las demás, sabía exactamente lo que estaba haciendo. Contigo no tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

—¿Es algo bueno o malo?

—Es aterrador —admite—. Pero también es lo más real que he sentido nunca.

Y ahí hago algo que no había hecho jamás en mi vida.

Tomo el control.

Empujo a Konstantin hacia la cama, ignorando su sorpresa, y lo fuerzo a sentarse en el borde.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta.

—Te estoy demostrando que no soy como las demás.

—Selena...

—Calla.

Me arrodillo delante de él, las manos moviéndose hacia el cinturón de sus pantalones. No tengo experiencia en esto —no como, probablemente, todas sus otras mujeres— pero lo que me falta en técnica lo compenso con determinación.

Porque quiero ser la que recuerde. Quiero ser la que le haga olvidar a cualquier otra mujer que haya existido.

Cuando me meto su erección en la boca, Konstantin gime mi nombre de una manera que suena a plegaria.

—Joder, Selena...

Sus manos se enredan en mi pelo, guiándome con suavidad, enseñándome lo que le gusta sin ser nunca brusco.

—Así, muy bien —murmura—. Tan jodidamente perfecto.

Sigo hasta que noto que está al borde, entonces me detengo y me incorporo.

—¿Por qué te has parado? —pregunta, con la voz ronca de necesidad.

—Porque quiero que te corras dentro de mí.

—Selena...

—Quiero sentir cómo me llenas. Quiero que me reclames del todo.

Y entonces me doy cuenta de algo que debería asustarme pero que en cambio me pone.

No hemos usado protección nunca. Ni una sola vez.

Y la idea de llevar al hijo de Konstantin, de estar conectada a él de una manera tan permanente, no me aterra como debería.

Me excita.

—Konstantin —digo, quitándome la ropa con movimientos deliberados—, si me quedo embarazada...

—Si te quedas embarazada —dice, atrayéndome hacia él— será lo más bonito que me haya pasado nunca.

La forma en que lo dice, toda reverencia y deseo, me derrite.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Aunque significara que estoy ligada a ti para siempre?

—Sobre todo si significara eso.

Entonces me siento sobre él, tomándolo entero en un movimiento fluido que nos arranca un gemido a los dos.

—Entonces llénname —susurro contra su oído—. Haz que me sea imposible irme nunca.

—Como si fuera a dejarte ir alguna vez.

Lo que sigue es un sexo distinto a cualquier cosa que hayamos compartido antes. No es dulce ni delicado. Es primitivo, posesivo, una reclamación territorial que nos deja a los dos sin aliento y temblando.

Cuando alcanzo el orgasmo, es con una intensidad que me hace ver estrellas. Y cuando Konstantin se corre justo después, llenándome exactamente como le he pedido, siento algo asentándose en mi pecho.

Plenitud. Pertenencia. La sensación de que, por fin, por fin, estoy donde tenía que estar.

—Selena —dice luego, mientras estamos tendidos en una maraña de extremidades sudadas.

—Dime.

—No eres como las demás.

—Las demás eran intercambiables. Tú eres imprescindible.

Sus palabras me golpean más fuerte que cualquier declaración de amor que pudiera haber hecho.

—¿Imprescindible?

—Imprescindible. Como el aire que respiro.

—Konstantin...

—Te quiero —dice, y las palabras son tan sencillas, tan honestas, que casi me echo a llorar—. No sé cuándo ha pasado ni cómo ha pasado, pero te quiero.

—Yo también te quiero —digo, porque ya no hay motivo para negarlo—. Te quiero tanto que me da miedo.

—Bien —dice, besándome con suavidad—. Porque no te voy a soltar nunca.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Y, mientras me acurruco contra su pecho, sintiendo su semen aún caliente dentro de mí, sé que oficialmente hemos cruzado la última línea.

43 Konstantin



Los celos son una bestia que no reconozco.

He dirigido un imperio criminal durante años sin sentir nunca este tipo de rabia primitiva que me devora las entrañas cuando veo a Marcus —uno de mis guardias más fiables— mirar a Selena mientras hace su paseo matinal por los jardines.

No solo la mira. La estudia con el tipo de interés que reconozco porque es el mismo que sentía yo cuando la vi por primera vez.

Han sido tres segundos. Tres putos segundos de más.

—Marcus —digo, con una voz tan calmada que debería darle miedo.

—¿Sí, Pakhan?

—A mi despacho. Ya.

Viktor levanta la vista de los documentos que está revisando, una ceja arqueada en una pregunta silenciosa, pero no dice nada. Sabe reconocer el peligro cuando lo huele.

Marcus me sigue al despacho, sin saber que está a punto de aprender una lección muy cara sobre la importancia de mantener los ojos donde tocan.

—¿Sabes por qué estás aquí? —pregunto, cerrando la puerta a nuestra espalda.

—No, Pakhan.

—Estás aquí porque te crees que mi mujer es un buen pedazo de carne para mirar.

Marcus se pone blanco. Completa, terriblemente blanco.

—Pakhan, yo no...

—Estabas mirando a mi mujer como si fuera carne en un mercado en lugar de la reina de mi imperio.

—No era mi intención faltarle al respeto...

—Pero lo has hecho. Y ahora tengo que decidir si vale la pena conservarte o si eres demasiado estúpido para mi servicio.

El miedo en sus ojos es total. Absoluto. El tipo de miedo que debería satisfacerme, pero que solo alimenta la rabia que me arde en el pecho.

—Por favor, Pakhan...

—Diez años —digo, dando vueltas a su alrededor como un depredador—. Diez años de servicio leal, y los estás tirando a la basura por tres segundos de fantasía con una mujer a la que no podrás tocar nunca.

—No estaba fantaseando...

—Y una mierda. Sé exactamente lo que estabas pensando, porque cada hombre que la mira piensa lo mismo.

Es verdad. Desde el jardinero hasta el cartero, pasando por el chico de los repartos, todos miran a Selena con el mismo tipo de hambre mal disimulada. Normalmente no me molesta. Normalmente estoy lo bastante seguro de mi control sobre ella como para que las fantasías de los demás hombres me resulten irrelevantes.

Pero ahora que la quiero, ahora que sé cuánto podría perderla, cada mirada lasciva es una amenaza potencial.

—¿Tienes familia, Marcus?

—Sí, Pakhan. Mujer y dos niños.

—Bien. Entonces entiendes lo que significa proteger lo que es tuyo.

—Sí, Pakhan.

—Y entiendes lo que significa cuando alguien amenaza lo que proteges.

Marcus traga saliva visiblemente.

—Sí, Pakhan.

—Entonces entiendes por qué el hecho de que hayas mirado a mi mujer con deseo sexual es un problema que requiere una

resolución inmediata.

—Pakhan, por favor...

—Reasignación —digo al fin—. Almacenes de Brooklyn. Sin volver a poner un pie en la villa.

El alivio en su cara es palpable.

—Gracias, Pakhan. No volverá a ocurrir.

—No —concedo—. No volverá a ocurrir.

Cuando Marcus sale del despacho, Viktor entra sin llamar.

—¿Reasignación? —pregunta—. ¿No muerte?

—Marcus tiene familia. Y diez años de lealtad valen algo.

—¿Y si hubiera sido otro?

—Otro estaría muerto.

Viktor asiente, aceptando la lógica.

—Konstantin —dice al cabo de un momento—, estás celoso.

—Soy territorial.

—Es lo mismo.

—No, no lo es. Los celos implican inseguridad. Yo no soy inseguro.

—¿No? Entonces ¿qué es esto con Marcus?

Buena pregunta. Una que no estoy seguro de saber responder.

—Es protección preventiva.

—¿Protección de qué?

—De mi matrimonio.

Viktor se sienta en la silla frente a mi escritorio, estudiándome con el interés clínico de alguien que me conoce demasiado bien.

—Konstantin —dice despacio—, ¿tienes miedo de que Selena te deje?

La pregunta me da de lleno, porque es exactamente eso lo que me da miedo.

—Selena me quiere.

—No te he preguntado si te quiere. Te he preguntado si tienes miedo de que te deje.

Joder. Viktor y su capacidad para ir directo al fondo de cada asunto.

—Sí —admito al fin—. Tengo miedo de que se dé cuenta de que puede tener algo mejor.

—¿Mejor que qué?

—Mejor que un criminal que mata para ganarse la vida.

—Konstantin...

—Ha crecido en una familia criminal, pero nunca ha sido realmente parte de este mundo. Todavía podría escoger una vida normal.

—¿Con otro hombre?

—Con otro hombre.

Viktor guarda silencio un largo momento, procesando lo que acabo de confesar.

—¿Y entonces qué haces? —pregunta al fin—. ¿Matar a cada hombre que la mire?

—Si hace falta.

—¿Y si eso la aleja?

Es la pregunta que no quiero afrontar. Porque sé que mi posesividad podría asustar a Selena. Podría hacerle ver con qué tipo de hombre se ha casado en realidad.

—Entonces tendré que convencerla de que se quede.

—¿Cómo?

Antes de que pueda responder, oigo pasos en el pasillo. Pasos ligeros que reconozco al instante.

Selena.

—¿Konstantin? —Su voz atraviesa la puerta cerrada—. ¿Puedo entrar?

—Siempre —digo, y Viktor se levanta para irse.

—Quédate —dice Selena al verlo moverse—. Lo que tengo que decir lo puedes oír tú también.

Se sienta en el borde de mi escritorio, una postura que me da una vista perfecta de sus piernas desnudas bajo el vestido de verano que lleva.

—He oído que has reasignado a Marcus —dice sin preámbulos.

—Las noticias vuelan.

—Anna se ha enterado. Me ha dicho que era por... disciplina.

Veo a Viktor emitir un sonido que podría ser una risa contenida.

—Marcus necesita aprender los límites adecuados.

—¿Qué tipo de límites?

—El tipo que pasa por no mirar a la mujer de tu jefe como si estuviera disponible.

Selena ladea la cabeza, estudiándome con esos ojos verdes que ven demasiado.

—Estás celoso —dice, y no es una pregunta.

—Soy territorial.

—Es lo mismo.

—Eso he dicho yo —interviene Viktor.

—Viktor —digo sin apartar la mirada de Selena—, fuera.

—Pero se estaba poniendo interesante...

—Fuera.

Cuando nos quedamos solos, Selena se desliza del escritorio y se acerca a mí.

—Konstantin —dice, deteniéndose entre mis piernas—, Marcus tiene mujer y dos hijos.

—Lo sé.

—Y tú lo has castigado por mirarme.

—Lo he castigado por mirarte con deseo sexual.

—¿Y si no hubiera sido con deseo sexual?

—Todos los hombres te miran con deseo sexual.

—¿Tú también?

—Sobre todo yo.

Sus manos se posan en mi pecho, los dedos jugando con los botones de mi camisa.

—¿Quieres saber un secreto? —susurra.

—Siempre.

—Me gusta cuando estás celoso.

—No estoy celoso...

—Estás celoso —me interrumpe—. Y posesivo. Y territorial. Y todo eso me gusta.

Sus palabras me van directas a la entrepierna.

—¿Por qué?

—Porque significa que me deseas lo bastante como para luchar por mí.

—Te deseo lo bastante como para matar por ti.

—Eso también me gusta.

Hostia santa. La forma en que lo dice, toda suavidad y promesa, me hace olvidar cualquier motivo por el que debería resistirme.

—Selena...

—Dime.

—Quiero dejarte embarazada.

Las palabras me salen sin filtros, sin pensar. Pura verdad primitiva que ya no puedo seguir escondiendo.

—¿Ahora?

—Ahora. Hoy. Cada día hasta que pase.

—¿Por qué?

—Porque quiero que estés ligada a mí de todas las maneras posibles.

—¿Y si ya estuviera embarazada?

La posibilidad me cae encima como un rayo. No hemos usado protección nunca. Ni una sola vez.

—¿Lo estás?

—No lo sé. Es demasiado pronto para saberlo.

—Pero podría ser.

—Podría ser.

La idea de Selena llevando a mi hijo, de que ya esté dentro de ella, me pone más que cualquier fantasía sexual que haya tenido nunca.

—Si lo estuvieras —digo, las manos moviéndose hacia sus caderas—, ¿serías feliz?

—Estaría aterrorizada.

—¿Pero feliz?

—Sí —admite—. Sería feliz.

Es todo lo que necesito oír.

La levanto y la siento sobre el escritorio, barriendo de un manotazo documentos importantes como si fueran basura.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta, aunque la forma en que abre las piernas dice que sabe perfectamente lo que estoy haciendo.

—Te estoy dejando embarazada.

—¿Aquí? ¿En tu despacho?

—Aquí. Ahora. Donde cada hombre que entre en este despacho sabrá exactamente lo que ha pasado sobre este escritorio.

El gemido que emite cuando mis manos encuentran el bajo de su vestido es música para mis oídos.

Lo que sigue es un sexo más primitivo que romántico. Es marcaje territorial, reclamación posesiva, un acto de propiedad que nos deja a los dos sin aliento y sudados.

Cuando me corro dentro de ella, lo hago con la plegaria silenciosa de que esta vez, esta vez sea la buena.

—Konstantin —dice luego, mientras seguimos abrazados sobre el escritorio destrozado.

—Dime.

—Si estoy embarazada...

—¿Sí?

—Va a ser el niño más protegido del mundo.

—El niño más protegido y más querido.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.



El primer pensamiento cuando recobro la conciencia es que algo sabe a sangre y a óxido.

El segundo es que ya no estoy en la villa de Konstantin.

El tercero es que estoy completa, irrevocablemente jodida.

La habitación en la que estoy es todo cemento y humedad, con una sola ventana alta que deja filtrar la luz suficiente para hacerme entender que es de día. No sé qué día. No sé cuánto tiempo llevo aquí. Lo último que recuerdo es el sonido de un cristal rompiéndose y a Konstantin gritando mi nombre antes de que alguien me pusiera un trapo en la cara que olía a productos químicos.

Cloroformo. Como en las películas de mierda.

Salvo que esto no es una película, y yo no soy la heroína a la que van a salvar en el momento exacto con una estrategia brillante y unas cuantas frases ingeniosas.

Esto es la vida real, y en la vida real las mujeres a las que secuestra la mafia irlandesa rara vez vuelven a casa de una pieza.

—Por fin despierta.

La voz viene desde detrás de mí, y cuando me giro veo algo que es infinitamente peor que cualquier irlandés que me esperara.

Luca.

Mi primo Luca, que me veía crecer cuando éramos niños. Luca, que me llevaba helado cuando papá estaba fuera por negocios.

Luca, que me llamaba «princesita» y me decía que siempre protegería a su prima preferida.

Luca, que evidentemente ha vendido no solo información sobre los movimientos de Konstantin, sino también a mí.

—Hola, princesita —dice, y el mote que en su día me hacía sonreír suena ahora como veneno en su boca.

—Luca. —Mi voz sale más ronca de lo que querría—. Hijo de puta.

—Lenguaje, primita. No es de señoras.

—¿Y traicionar a la familia qué es? ¿Cortesía?

Luca se sienta en una silla en la que no había reparado, acomodándose como si estuviéramos cenando en lugar de en lo que parece un almacén abandonado donde probablemente nadie va a oír mis gritos.

—¿Traicionar a la familia? —repite, ladeando la cabeza—. Es interesante que uses esas palabras, teniendo en cuenta que te has casado con el hombre que ha matado a la mitad de nuestras alianzas.

—Konstantin mató a O'Rourke para protegerme.

—Konstantin mató a O'Rourke para ampliar su territorio. Tú solo fuiste una excusa cómoda.

Sus palabras deberían hacerme dudar, deberían plantar semillas de incertidumbre sobre lo que Konstantin siente de verdad por mí.

Pero no lo hacen.

Porque ahora conozco a Konstantin. Conozco la manera en que me mira cuando piensa que no me doy cuenta. Conozco cómo reacciona su cuerpo al mío. Conozco cómo dice mi nombre cuando se corre dentro de mí.

Sé que me quiere.

Y sé que va a venir a buscarme.

—Cree lo que quieras, Luca —digo—. No cambia el hecho de que has traicionado a tu propia familia por dinero irlandés.

—No por dinero.

—¿Entonces por qué?

—Por venganza.

Hay algo en su voz que no le había oído antes. Algo amargo y roto.

—¿Venganza por qué?

—Por haber crecido a la sombra de todos los demás. Por ser siempre el primo prescindible mientras tú eras la princesa preciosa del tío Antonio.

Hostia santa. Todo esto es por celos infantiles.

—Luca...

—¿Sabes lo que se siente al ser siempre el segundo? ¿Siempre el que viene después? ¿Siempre el que no es suficiente?

—Todo el mundo se siente así alguna vez.

—No todo el mundo tiene la oportunidad de hacer algo al respecto.

—¿Y esta es tu oportunidad? ¿Venderme a los irlandeses como venganza por... qué? ¿Porque te ignoraban en las reuniones familiares?

—Es mi oportunidad de demostrar que soy más listo que todos vosotros. Que puedo ganarle a Konstantin Morozov en su propio juego.

La seguridad de su voz me da ganas de reír. De reír y llorar al mismo tiempo.

—Luca —digo con suavidad, como si estuviera hablando con un niño—, tú no puedes ganarle a Konstantin.

—¿No?

—No. Porque tú estás jugando al ajedrez mientras él juega a una guerra total.

Justo entonces oigo pasos pesados que se acercan. Pasos que no son los de Luca.

La puerta se abre y entra un hombre que tiene que ser O'Sullivan. Es más viejo de lo que esperaba, pasados los cincuenta, con el pelo gris y cicatrices que cuentan historias de violencias pasadas. Pero es la forma en que me mira lo que me hiela la sangre.

No como un hombre que me ve como mercancía. Como un hombre que me ve como algo que romper.

—Selena De Luca —dice, y mi nombre suena mal en su boca—. ¿O debería decir Selena Morózova?

—Puedes decir lo que te dé la gana. No cambia lo que va a pasar cuando mi marido te encuentre.

O'Sullivan se ríe, un sonido sin nada de divertido.

—¿Tu marido? Tu matrimonio ha durado ¿cuánto, dos meses? Y ya hablas de él como si fuera el gran amor de tu vida.

—Quizá porque lo es.

—O quizá —dice, acercándose lo bastante como para que pueda olerle el whisky en el aliento— porque no has aprendido nunca la diferencia entre amor y sumisión.

—¿Hay alguna diferencia?

—¿En tu caso? Lo dudo.

Me toca la mejilla con dedos que apestan a tabaco y violencia, y cada instinto me dice que muerda, arañe, pelee.

Pero no lo hago. Porque pelear ahora solo significa provocar dolor inútil.

Y porque sé que Konstantin está en camino.

—¿Sabes lo que más me fascina de las princesas mafiosas como tú? —pregunta O'Sullivan.

—Ilumíname.

—Lo deprisa que aprendéis a disfrutar de vuestra corrupción.

—¿Mi corrupción?

—Llegaste virgen al matrimonio, ¿verdad? Pura e inocente. Y mira ahora en lo que te has convertido. En la puta de un criminal ruso.

Sus palabras están pensadas para herirme, para hacerme sentir sucia y usada.

En cambio, me hacen sonreír.

—Tienes razón —digo—. He cambiado. Me he vuelto más fuerte. Más lista. Más peligrosa.

—¿Peligrosa? ¿Tú?

—Peligrosa porque ahora sé qué vale la pena proteger. Y sé qué les pasa a los hombres que amenazan lo que protejo.

—¿Y qué les pasa?

—Mueren. Despacio.

Y entonces O'Sullivan deja de sonreír.

—¿Crees que tu marido va a venir a salvarte?

—No creo que venga. Sé que va a venir.

—¿Y si no viniera?

—Va a venir.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque —digo, mirándolo directamente a los ojos— Konstantin Morozov no deja jamás que nadie toque lo que es suyo. Y yo soy suya tanto como él es mío.

Por un instante veo incertidumbre en los ojos de O'Sullivan. Por un instante creo que quizá entiende que ha subestimado al hombre que ha provocado.

Después el instante pasa, y vuelve a ser el irlandés arrogante que se cree capaz de ganarle al Ángel de la Muerte.

—Bien —dice, alejándose de mí—. Pues espero que venga pronto. Porque cuanto más espero, más me aburro. Y, cuando me aburro, me vuelvo creativo.

No pregunto qué significa eso. No quiero saberlo.

Pero, mientras veo a O'Sullivan salir de la habitación, dejándome a solas con Luca y con la aterradora certeza de que tengo unas veinticuatro horas, quizá, antes de que esta situación se ponga mucho, mucho peor, tengo un pensamiento que me sorprende por su claridad.

De Guatemala a Guatepeor, temporada final.

Pero, por primera vez desde que empezó esta pesadilla, no estoy asustada.

Estoy cabreada.

Y, cuando Konstantin llegue —no si, cuando—, esta guerra va a acabar en sangre.

Sangre irlandesa.

45 Konstantin



Hacen falta Viktor más tres de mis hombres más fuertes para impedirme matar a alguien cuando me doy cuenta de que Selena ha desaparecido.

No esfumada. No escondida. Desaparecida. Como si la tierra se la hubiera tragado mientras yo me distraía con documentos de mierda que ahora no significan nada.

La ventana de nuestro dormitorio está rota de dentro hacia fuera. Hay sangre en el alféizar —no mucha, pero la suficiente para decirme que quien se la haya llevado no ha sido amable en el proceso. La cama está deshecha como si alguien hubiera peleado.

Como si mi mujer hubiera peleado para que no se la llevaran de mí.

Y yo no estaba ahí para protegerla.

—Pakhan. —Viktor está hablando, pero sus palabras me llegan como si vinieran desde debajo del agua—. Konstantin, escúchame.

—¿Dónde está? —Mi voz suena rara hasta para mí. Demasiado calmada. Demasiado controlada.

—Aún no lo sabemos.

—¿Dónde está, Viktor?

—Nuestros contactos están comprobando...

—¿DÓNDE COJONES ESTÁ MI MUJER?

El rugido que me sale de la garganta hace temblar las ventanas. Hace retroceder a mis hombres. Hace todo menos devolverme a Selena.

—Konstantin. —Viktor se acerca con la cautela que reserva para los animales heridos—. Tienes que calmarte.

—¿Calmarme? —Me río, pero el sonido es cualquier cosa menos divertido—. Han secuestrado a mi mujer de nuestra puta cama, ¿y me dices que me calme?

—Te estoy diciendo que pienses. La rabia no nos va a ayudar a encontrarla.

Tiene razón. Odio que tenga razón, pero la tiene.

Me obligo a respirar. A pensar como el jefe que soy en lugar de como el hombre enamorado en el que me he convertido.

—Informe —ordeno.

—Aleksei ha encontrado huellas de vehículos en la entrada. Tres coches, pesados, probablemente SUV. Llegaron durante la noche, esquivaron las patrullas exteriores.

—¿Cómo?

—Alguien conocía nuestros patrones de vigilancia.

Luca. El hijo de puta traidor que ha vendido información lo bastante detallada como para permitir una operación así.

—¿Y los guardias?

—Dos muertos. Tres heridos. Nada que pudiera identificar a los agresores, pero...

—¿Pero?

Viktor duda, y sé que está a punto de decirme algo que no quiero oír.

—Pero Marcus vio algo antes de perder el conocimiento.

Marcus. El guardia al que reasigné por mirar a Selena.

—¿Qué vio?

—A Luca De Luca dirigiendo la operación.

El mundo a mi alrededor se vuelve muy silencioso. El tipo de silencio que precede a las masacres.

—¿Luca estaba aquí?

—Luca estaba aquí. Con al menos ocho hombres armados.

—¿Irlandeses?

—Presumiblemente.

Así que es esto. El golpe final de O'Sullivan. No solo secuestrar a mi mujer, sino usar a su propia familia para hacerlo.

—¿Adónde se la han llevado?

—Aún lo estamos comprobando, pero nuestras fuentes apuntan a un almacén en los muelles de Brooklyn. Territorio neutral.

—Nada es territorio neutral ahora.

Me giro hacia Aleksei, que está de pie en una esquina como una estatua armada.

—Llama a todo el mundo. Y digo a todo el mundo.

—¿Pakhan?

—Cada hombre que trabaja para mí. Cada favor que se me debe. Cada alianza que hayamos hecho jamás. Quiero un ejército.

—¿Un ejército para qué?

—Para arrasar cada puto edificio controlado por los irlandeses hasta que encuentre a mi mujer.

Viktor me agarra del brazo, deteniéndome antes de que pueda salir de la habitación.

—Konstantin. Para. Piensa.

—Estoy pensando. Estoy pensando que dentro de una hora medio Brooklyn va a estar en llamas.

—¿Y si la matan?

Sus palabras se me clavan como una bala en el pecho.

—¿Qué?

—Si vas a una guerra total, si atacas todas las posiciones irlandesas, ¿qué le impide a O'Sullivan matar a Selena?

Buena pregunta. Una que debería detenerme, que debería hacerme pensar estratégicamente en lugar de emocionalmente.

Pero lo único en lo que pienso es en Selena despertándose asustada en algún almacén de mierda, rodeada de hombres que quieren hacerle daño.

Selena, que podría estar embarazada de mi hijo, en manos de animales que no van a dudar en usar cualquier vulnerabilidad contra mí.

—Viktor —digo, volviéndome hacia él—, ¿cuánto tiempo llevamos trabajando juntos?

—Quince años.

—En quince años, ¿te he mentido alguna vez?

—No.

—Entonces créeme cuando te digo esto: no me importa lo que me pase a mí, a ti, a esta organización, o a medio Nueva York. Voy a traer a mi mujer a casa.

—¿Aunque signifique destruir todo lo que has construido?

—Sobre todo si significa eso.

Viktor me estudia un largo instante, y veo el momento en que entiende que no estoy fanfarroneando.

—Konstantin —dice despacio—, la quieres de verdad.

No es una pregunta. Es una observación.

—Sí —digo, y la palabra sale más fácil de lo que esperaba—. La quiero más que a mi vida.

—¿Lo bastante como para morir por ella?

—Lo bastante como para matar a quien sea por ella.

Viktor asiente, aceptando lo que acabo de confesar.

—Entonces ¿qué hacemos?

—Hacemos lo que teníamos que haber hecho hace semanas. Eliminamos la amenaza irlandesa. Por completo. Permanentemente.

—¿Y O'Sullivan?

—O'Sullivan es mío.

—¿Y Luca?

La pregunta que me lleva rondando la cabeza desde que supe que el primo traidor de Selena había dirigido el secuestro.

¿Cómo mato al último miembro de la familia de mi mujer sin destrozarla en el proceso?

—Luca —digo al fin— es un problema que afrontaré cuando haya traído a Selena a casa.

—¿Y si ella no quiere que lo mates?

—Entonces tendremos nuestra primera discusión matrimonial seria.

Viktor se ríe, un sonido a medio camino entre el alivio y la histeria.

—Bien. Entonces empecemos la guerra.

—Viktor.

—Dime.

—Cuando todo esto haya terminado, cuando O'Sullivan esté muerto y Selena esté a salvo, recuérdame que te dé las gracias.

—¿Por qué?

—Por no haber intentado pararme cuando estaba haciendo lo correcto.

Viktor sonríe, y por primera vez en horas, veo esperanza en sus ojos.

—¿Lo correcto?

—Salvar a la mujer que quiero.

Me dirijo hacia la armería, hacia las armas con las que voy a pintar Brooklyn de rojo, y por primera vez desde que descubrí que Selena había desaparecido, sonrío.

Porque O'Sullivan ha cometido el error más grande de su vida.

No solo ha secuestrado a mi mujer.

Ha secuestrado mi razón de vivir.

Y ahora va a descubrir lo que pasa cuando le quitas todo a un hombre que ya no tiene nada que perder.

Arrasadlo todo. TODO.

La guerra ha empezado.



El segundo día de cautiverio empieza con la certeza de que O'Sullivan está más loco de lo que pensaba y con la conciencia de que he cambiado mucho más de lo que imaginaba.

La chica que fue secuestrada de la cama de Konstantin ya se habría derrumbado. Estaría en un rincón llorando, suplicando, rezando para que alguien viniera a salvarla.

Pero yo ya no soy esa chica.

Soy la mujer que se ha forjado en el imperio de Konstantin Morozov. He aprendido a leer a las personas como manuales de instrucciones. He aprendido que el miedo es un arma que funciona en los dos sentidos. He aprendido que a veces sobrevivir significa convertirte en algo que no sabías que podías ser.

Y, en este momento, lo que soy es una mujer con un objetivo: seguir viva el tiempo suficiente para que Konstantin pueda encontrarme.

O'Sullivan entra en mi celda de cemento con la seguridad de un hombre que se cree que ya ha ganado. Trae consigo una silla —no para mí, para él— y una taza de lo que espero que sea café pero que probablemente no es más que otra tortura psicológica.

—Buenos días, princesa rusa —dice, acomodándose en la silla como si fuera a empezar una conversación agradable en lugar de

una sesión de intimidación.

—Buenos días, psicópata irlandés —respondo, manteniéndome sentada en el suelo contra la pared. No le voy a dar la satisfacción de haberme puesto en pie con su llegada.

Se ríe, como si hubiera hecho una broma en lugar de afirmar un hecho.

—Tienes carácter. Me gusta. Hace que todo esto sea mucho más interesante.

—Encantada de ser tu entretenimiento.

—Oh, pero no eres entretenimiento, querida. Eres mucho más.

La forma en que lo dice, cargada de implicaciones que prefiero no explorar, me da escalofríos. Pero no los muestro. No le voy a dar esa satisfacción.

—Soy el cebo —digo en cambio—. Eso es todo lo que soy para ti.

—Al principio, sí. Pero he empezado a pensar que quizá eres mucho más.

—¿Como qué?

—Como la clave para entender qué hace a Konstantin Morozov tan... invencible.

O'Sullivan se inclina hacia delante, estudiándome con la intensidad de un científico que examina una muestra interesante.

—Verás, llevo años estudiando a tu marido. He observado sus estrategias, sus debilidades. Pero nunca había mostrado ninguna. Era una máquina perfecta. Fría. Calculadora. Sin puntos vulnerables.

—¿Y ahora?

—Y ahora te tiene a ti. Y, por primera vez en años, Konstantin Morozov tiene algo que perder que vale más que su propia vida.

La verdad de sus palabras me cae encima como una bofetada. Porque tiene razón. Konstantin me quiere lo bastante como para volverse vulnerable. Lo bastante como para arriesgar todo lo que ha construido.

Y eso significa que soy a la vez su fuerza y su debilidad.

—Entonces ¿qué quieres de mí? —pregunto—. ¿Información sobre sus movimientos? ¿Acceso a la villa? ¿Detalles sobre su organización?

—Oh, no, querida. Quiero algo mucho más valioso.

—¿Qué?

—Quiero que lo llames.

Su petición me pilla completamente por sorpresa.

—¿Qué?

—Quiero que llames a tu marido y le digas exactamente dónde estás.

—¿Y por qué cojones iba a hacer eso?

—Porque —dice O'Sullivan, sonriendo enseñando todos los dientes— si no lo haces, voy a empezar a cortarte trozos hasta que cambies de opinión.

La amenaza debería aterrorizarme. Debería hundirme, debería hacerme suplicar, debería convertirme en la víctima que él quiere que sea.

En cambio, me cabrea.

—Puedes cortar lo que te dé la gana —digo, levantándome despacio—, pero, si crees que voy a ayudar a tenderle una trampa a mi marido, eres todavía más estúpido de lo que parecías.

—¿Estúpido? —O'Sullivan se levanta también, y veo cómo la rabia empieza a sustituir a la diversión en sus ojos—. Querida, soy el hombre que ha orquestado tu secuestro del lecho conyugal. Soy el hombre que ha vuelto a tu primo contra tu familia. Soy el hombre que tiene tu vida en sus manos.

—Eres el hombre —digo, acercándome lo bastante como para olerle el whisky en el aliento— que acaba de firmar su sentencia de muerte.

—¿Mi sentencia de muerte?

—Tu sentencia de muerte. Porque, cuando Konstantin descubra lo que me has hecho, lo que estás planeando hacerme, no te va a matar deprisa.

—¿Y qué va a hacer?

—Te va a hacer pedazos tan despacio que vas a suplicar la muerte durante días antes de que llegue.

O'Sullivan me estudia un largo instante, y veo que mis palabras han dado en el blanco. Conoce la reputación de Konstantin.

—Pero eso solo va a pasar si me encuentra —dice al fin.

—Oh, te va a encontrar.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque conozco a mi marido. Y sé que no va a parar nunca. No va a dormir, no va a comer, no va a descansar hasta que me lleve a casa.

—¿Y si ya estuviera muerto?

La pregunta que he evitado pensar desde que me he despertado aquí. La posibilidad que me aterra más que cualquier tortura que O'Sullivan me pueda infligir.

Pero, incluso mientras el miedo me atenaza el corazón, sé que no es verdad.

—No está muerto.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo notaría. Si estuviera muerto, lo notaría aquí —digo, tocándome el pecho a la altura del corazón.

O'Sullivan se ríe, pero el sonido es menos seguro que antes.

—Sentimentalismo romántico.

—Verdad. Algo que, evidentemente, tú no entiendes.

—Entiendo que eres una chica testaruda a punto de aprender las consecuencias de su estupidez.

Es ahí cuando hace algo que no me espero. En lugar de amenazarme físicamente, sale de la celda y vuelve con un teléfono.

—Una llamada —dice—. Le dices a tu marido dónde estás, y haré que tu muerte sea rápida cuando todo esto termine.

—¿Y si me niego?

—Entonces haré que tu muerte sea muy, muy lenta.

Miro el teléfono que tiene en las manos, sopesando rápidamente las opciones.

Puedo negarme y, probablemente, morir de una manera horrible.

Puedo llamar a Konstantin y conducirlo a una trampa que podría matarlo.

O...

—Una condición —digo.

—No estás en posición de negociar.

—Una condición, o puedes cortar lo que quieras. No voy a hacer esa llamada.

O'Sullivan me estudia, intentando decidir si estoy fanfarroneando.

—¿Qué condición?

—Hago la llamada yo sola. Sin supervisión, sin escuchar. Dos minutos en privado.

—¿Por qué?

—Porque, si tengo que traicionar a mi marido, quiero al menos decirle que lo quiero una vez antes de morir.

La mentira me sale tan convincente que casi me la creo yo misma.

O'Sullivan lo sopesa durante un instante que se hace eterno.

—Dos minutos —dice al fin—. Pero, si intentas avisarlo...

—¿De qué? ¿De que estoy en un almacén de mierda en Brooklyn rodeada de psicópatas irlandeses? Apuesto a que ya lo ha pillado.

O'Sullivan me pasa el teléfono y sale de la celda, cerrando la puerta a su espalda.

Tengo dos minutos para salvar la vida de Konstantin y, posiblemente, la mía.

Marco el número que me sé de memoria y rezo para que conteste.

—¿Selena? —Su voz atraviesa la línea como una caricia, y casi me echo a llorar de alivio.

—Konstantin, escúchame con mucha atención —susurro al teléfono—. Solo tengo dos minutos.

—¿Dónde estás? Voy en camino.

—No. No vengas. Es una trampa.

—Me importa una mierda que sea una trampa.

—Kostya —uso el diminutivo ruso que sé que lo va a ablandar—, si vienes aquí como ellos quieren, nos van a matar a los dos.

—Dime qué necesito saber.

Y, en el minuto y cuarenta segundos que me quedan, le digo todo lo que he observado. El número de guardias, la distribución del almacén, las armas que he visto, los tipos de movimiento.

Todo lo que he aprendido viéndolo dirigir su imperio.

—Te quiero —susurro en los últimos segundos.

—Yo también te quiero —responde—. Y te voy a llevar a casa. Te lo prometo.

La línea se corta justo cuando O'Sullivan vuelve a la celda.

—¿Todo hecho? —pregunta.

—Todo hecho.

—¿Y qué le has dicho?

—Lo que querías que le dijera. Dónde estoy y cuánto lo echo de menos.

O'Sullivan sonríe, satisfecho con su éxito.

Si supiera que acabo de darle a Konstantin todo lo que necesita para convertir esta trampa en el funeral de O'Sullivan.

Pero no lo sabe.

Y este error le va a costar todo.

47 Konstantin



La llamada de Selena me llega mientras estoy cargando armas suficientes para equipar a un pequeño ejército.

El sonido de su voz a través del teléfono me sacude como una descarga de desfibrilador en el corazón. Viva. Está viva. Y no solo viva, sino lo bastante lúcida como para transmitirme información táctica mientras finge entregarle la posición a O'Sullivan.

Mi chica brillante. La mujer con la que me casé por interés y que se ha convertido en la compañera estratégica que no sabía que siempre había querido.

Viktor me encuentra en la armería veinte minutos después de la llamada, rodeado de armas automáticas, explosivos y lo que probablemente parece un plan suicida garabateado en una servilleta de papel.

—Dime que no estás pensando lo que creo que estás pensando —dice, mirando el mapa del almacén que he dibujado a partir de la información de Selena.

—Estoy pensando que mi mujer ha sido secuestrada por psicópatas irlandeses y que es hora de acabar con esto de una vez por todas.

—Estoy hablando de esto —dice, señalando las notas que he escrito en los márgenes del mapa—. Entrada frontal. Sin refuerzos. Tú solo contra quince hombres armados.

—Dieciséis. Selena ha contado dieciséis.

—Konstantin, esto no es un plan. Es un suicidio glorificado.

Viktor tiene razón, claro. Es un plan de mierda que podría hacer que me mataran en los primeros treinta segundos. Pero también es el único plan que garantiza que O'Sullivan no va a tener tiempo de hacerle daño a Selena antes de que yo llegue hasta ella.

—Lo sé —digo, sin dejar de revisar la munición—. Es un plan de mierda.

—¿Y por qué lo estás siguiendo?

—Porque la alternativa es un asedio coordinado que requiere tres horas de preparación. Y no sé si Selena tiene tres horas.

—Podría tenerlas si no entras ahí como un idiota kamikaze.

—Podría tener menos si O'Sullivan decide empezar a cortarle trozos para pasar el rato.

La idea de que alguien le haga daño a Selena mientras yo estoy aquí planeando estrategias me da una rabia tan pura que podría matar a alguien con las manos desnudas.

—Viktor —digo, sin levantar la vista de las armas—, ¿cuánto tiempo llevamos trabajando juntos?

—No empieces otra vez con esa conversación.

—¿Cuánto?

—Quince años, si contamos desde que estaba al servicio de tu padre.

—En quince años, ¿cuándo te he pedido alguna vez hacer algo sin un buen motivo?

—Nunca. Pero este no es un buen motivo. Esto es locura motivada por amor.

Locura motivada por amor. Probablemente sea la descripción más exacta que podría dar.

—Quizá. Pero es mi locura.

—¿Y si mueres?

—Si muero, Selena es libre. El contrato matrimonial queda sin efecto. Ya no habrá motivo para usarla contra nadie. Podrá volver a su vida normal.

—¿Y si vives?

—Si vivo, es mía para siempre.

Viktor me estudia un largo instante, y veo el momento en el que se resigna al hecho de que no voy a cambiar de opinión.

—¿Cuánto refuerzo quieres?

—Nada de refuerzos. Selena ha dicho que es una trampa. Si llego con un ejército, empezarán a disparar antes de que pueda llegar hasta ella.

—¿Y si llegas solo?

—Si llego solo, O'Sullivan va a querer jugar antes de matarme. Va a querer regodearse. Va a querer demostrarme que ha ganado.

—¿Y eso te da qué, dos minutos extra?

—Me da el tiempo suficiente para matar a bastantes irlandeses como para que Selena pueda escapar.

—Suponiendo que consigas matar a bastantes.

—Suponiendo que consiga matarlos a todos.

Viktor emite un sonido que podría ser una risa o un gemido de desesperación.

—Konstantin. Escúchame muy atentamente.

—Te estoy escuchando.

—Te quiero como a un hermano. Te seguiría al infierno si me lo pidieras. Pero este plan es tan estúpido que me dan ganas de pegarte yo mismo un tiro para salvarte de tu propia estupidez.

—Pero no lo vas a hacer.

—No. No lo voy a hacer. Porque sé que, si yo estuviera casado con una mujer a la que quiero más que a la vida misma, haría la misma estupidez.

Es el reconocimiento que estaba esperando. No aprobación, pero sí comprensión.

—Gracias.

—No me las des aún. Dámelas cuando vuelvas con Selena.

—¿Y si no vuelvo?

—Si no vuelves, quemo este sitio hasta los cimientos y uso las cenizas para enterrar a cada irlandés de Nueva York.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Termino de cargar las armas y miro el reloj. Han pasado dos horas desde la llamada de Selena. Dos horas demasiado largas.

—Una cosa, Viktor —digo, dirigiéndome hacia la salida.

—Dime.

—Si esto sale mal, si muero, asegúrate de que Selena sepa que cada cosa que he hecho en los últimos dos meses ha sido para protegerla.

—Se lo diré.

—Y dile también que...

Me detengo, porque lo que estoy a punto de decir va a cambiar todo lo que Viktor cree saber de mí.

—¿Qué?

—Dile que la quería desde el primer momento en que la vi. Todo lo demás —el matrimonio concertado, los negocios con su padre, incluso matar a O'Rourke— ha sido solo una excusa para tenerla.

Viktor se queda en silencio un largo instante.

—Lo sabía —dice al fin.

—¿Qué sabías?

—Sabía que esto nunca había sido solo negocios para ti.

—¿Cómo lo sabías?

—Porque en quince años no te había visto sonreír de verdad hasta que ella llegó.

Tiene razón. Selena me ha hecho sonreír de maneras que no sabía que fueran posibles. Me ha hecho sentir cosas que pensaba que habían muerto cuando murió mi padre.

Me ha hecho querer ser algo más que el Ángel de la Muerte.

—Viktor —digo, deteniéndome en el umbral—, si sobrevivo a esto, si consigo llevar a Selena a casa...

—¿Sí?

—¿Me ayudarás a convertirme en el tipo de hombre que de verdad la merece?

—Hermano —dice Viktor, sonriendo por primera vez en horas—, ya eres ese tipo de hombre. Solo que ahora lo sabes.

Salgo de la villa y subo al SUV que me va a llevar hasta Selena, y mientras conduzco por Brooklyn hacia lo que podría ser mi último combate, tengo una conclusión a la vez aterradora y liberadora.

No tengo miedo de morir.

Tengo miedo de no conseguir salvar a la mujer que amo.

Pero, si muero intentando salvarla, al menos moriré sabiendo que por fin he encontrado algo por lo que vale la pena morir.

Y, si vivo, si milagrosamente consigo sacarnos de esta a Selena y a mí, voy a pasar el resto de mi vida demostrando que merezco la oportunidad que me ha dado.

El almacén aparece en el horizonte, gris y amenazador contra el cielo de la tarde.

Es la hora.

Nunca había estado tan motivado a sobrevivir en mi vida.



La sangre que se está secando sobre mi ropa se está convirtiendo en una costra marrón que me tira de la piel mientras caminamos hacia la salida del almacén.

O'Sullivan está muerto. Luca está muerto. Catorce irlandeses están muertos. El infierno de cemento y acero donde han tenido prisionera a mi mujer se ha convertido en un monumento a mi furia, pintado de rojo desde la pared hasta el techo.

Pero lo único en lo que pienso es en cómo la mano de Selena tiembla ligeramente en la mía.

No de miedo. No de shock. De adrenalina que se está consumiendo, dejándola vacía después de dos días que habrían destrozado a la mayoría de la gente.

—Tenemos que irnos —digo, aunque parte de mí quiere quedarse aquí y quemar este sitio hasta los cimientos solo para asegurarme de que nada de lo que ha pasado aquí pueda volver a pasar.

—¿Adónde? —Su voz está ronca por el polvo y el humo.

—A casa. Al médico. A un sitio donde pueda quitarte esa ropa rota y asegurarme de que de verdad estás bien.

Selena se detiene junto al SUV, mirándome con esos ojos verdes que han visto demasiado en los últimos días.

—Konstantin.

—Dime.

—Estás herido.

Y entonces me doy cuenta de que el ardor del hombro no es solo adrenalina disipándose. Bajo la mirada y veo sangre filtrándose a través de mi camisa, una mancha oscura que se va extendiendo.

—No es nada.

—Y una mierda. Quítate la camisa.

—Selena, podemos ocuparnos de esto cuando lleguemos...

—Quítate la puta camisa, Konstantin.

La orden en su voz es absoluta, y me encuentro obedeciendo antes de haber decidido hacerlo. La camisa rota cae al suelo, dejando al descubierto el surco que una bala irlandesa ha excavado en mi hombro.

—Hostia santa —murmura, los dedos trazando la herida con suavidad—. Te han disparado.

—Me han rozado.

—Te han disparado, idiota. Podrías estar muerto.

—Pero no estoy muerto.

—Podrías estar muerto, y yo me habría quedado sola con el cadáver de mi primo y catorce irlandeses muertos sin saber qué cojones hacer.

Hay algo en su voz que no consigo identificar. Miedo retroactivo, quizá. O la conciencia de lo cerca que hemos estado de la catástrofe total.

—Pero estoy vivo —digo, tomándole la cara entre las manos—. Los dos estamos vivos.

—Por ahora.

—Para siempre.

—Konstantin... —Sus manos se posan sobre mi pecho, justo encima del corazón—. No vuelvas a hacerlo nunca más.

—¿Hacer qué?

—Venir a salvarme tú solo. Sin un plan que no sea suicidio glorificado.

Es una petición razonable. También es una petición que no puedo prometerle cumplir.

—Si alguien te coge otra vez...

—Nadie va a cogerme otra vez.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque —dice, poniéndose de puntillas para besar la herida de mi hombro— ahora sé de qué soy capaz para protegerme.

Tiene razón. En los dos días que ha estado prisionera, Selena no se ha quedado sentada esperando a que la salvaran. Ha manipulado a O'Sullivan, ha recopilado información y horarios de los cambios de guardia, ha planeado; su información era detalladísima.

Se ha convertido en alguien que puede protegerse a sí misma.

—Selena —digo, mientras subimos al SUV.

—¿Sí?

—Tienes un gusto pésimo con los hombres.

Ella se ríe, un sonido que es música después de días de silencio mortal.

—¿Por qué?

—Porque te has enamorado de un criminal ruso que resuelve los problemas matando gente.

—Es verdad. Mi gusto con los hombres es decididamente discutible.

Conduzco en silencio durante varios minutos, procesando todo lo que ha pasado en los últimos días. El miedo a perderla. La conciencia de lo importante que se ha vuelto para mí. La forma en que ha llevado el cautiverio no como una víctima, sino como una compañera.

—Selena.

—¿Mmm?

—Cásate conmigo.

—Ya estamos casados, idiota.

—Cásate conmigo de verdad. Cásate conmigo porque quieres casarte conmigo, no porque tu padre te vendió y yo te compré.

Se vuelve hacia mí, y veo la sorpresa en sus ojos.

—Konstantin...

—Quiero darte la boda que mereces. Quiero que tengas un vestido que hayas elegido tú, no el que mandé comprar a Viktor.

Quiero que digas sí porque me quieres, no porque no tienes elección.

—¿Y si dijera que no?

La pregunta se me clava como una bala en el pecho.

—¿Dirías que no?

—Podría. Al fin y al cabo, eres un criminal ruso que resuelve los problemas matando gente.

—Es verdad.

—Y eres posesivo hasta la locura. Por no hablar de todas tus ex.

—Eso también es verdad.

—Y probablemente vas a meterme en líos el resto de mi vida.

—Casi seguro.

Selena se queda en silencio un largo instante, y empiezo a preguntarme si acabo de cometer el error más grande de mi vida.

—¿Konstantin?

—Dime.

—Te quiero.

Las palabras más sencillas del mundo, pero que lo cambian todo.

—Yo también te quiero.

—¿De verdad? ¿O es solo la adrenalina post-masacre la que habla?

—Te quiero desde aquella noche en que me curaste las heridas. Te quiero desde que me elegiste a mí en lugar de a Luca. Te quiero desde que llamaste para darme información en lugar de suplicar por tu vida.

—¿Cuándo lo supiste?

—Supe que te quería cuando me di cuenta de que prefería morir antes que vivir sin ti.

—Y yo supe que te quería cuando me di cuenta de que no me importaba morir mientras tú estuvieras a salvo.

Entonces me detengo en el arcén, porque esta conversación es demasiado importante para tenerla mientras conduzco.

—Selena.

—Dime.

—Cásate conmigo. No porque debas, sino porque quieres. No porque estés atrapada, sino porque eliges estar aquí.

—¿Y si me casara contigo de verdad, qué cambiaría?

—Todo. Nada. No lo sé.

—¿Konstantin Morozov no sabe algo? Esto es alarmante.

—Lo único que sé es que quiero pasar el resto de mi vida demostrando que merezco el amor de una mujer como tú.

—¿Una mujer como yo?

—Una mujer lo bastante valiente como para plantarme cara. Lo bastante lista como para manipular a mis enemigos. Lo bastante fuerte como para sobrevivir a mi mundo.

—Y lo bastante estúpida como para enamorarse del Ángel de la Muerte.

—Y lo bastante perfecta como para convertirlo en algo a lo que valga la pena querer.

Selena me mira un largo instante, y veo el momento en que toma la decisión.

—Sí —dice.

—¿Sí?

—Sí, me casaré contigo. De verdad, esta vez.

—¿Sin tener nunca una vida normal?

—Lo normal está sobrevalorado.

Y entonces la beso, allí en el arcén, con la sangre todavía en mi ropa y el olor a pólvora aún en el aire.

—Vamos a casa, Mrs. Morozov —digo.

—Vamos a casa, Mr. Morozov.

Y, mientras conducimos hacia la villa, hacia la vida que vamos a construir juntos, sé que por fin hemos encontrado lo que estábamos buscando sin saberlo.

El uno en la otra.

A G R A D E C I M I E N T O S

Escribir este libro ha sido un viaje intenso, lleno de noches en vela, emociones encontradas y mucha pasión.

Un agradecimiento enorme a quienes me han apoyado por el camino: a las lectoras que me siguen con entusiasmo, a las beta readers que han aguantado mis revisiones infinitas, y a quien haya creído en esta historia incluso cuando yo misma tenía dudas.

Gracias a mi familia y a mis amigos por la paciencia de esperarme mientras yo estaba perdida en el mundo de Selena y Konstantin.

Y gracias a vosotras, lectoras, porque sin vosotras ninguna palabra tendría realmente sentido.

Este libro también es vuestro.

OTROS LIBROS DE LA AUTORA

Si esta historia te ha atrapado,

sigue a la autora

para no perderte ninguna nueva publicación.

✦ ✦ ✦

EL PRECIO DE LA SANGRE

Bratva-Sokolov · Bratva-Serie

BAJO EL PESO DE LA CORONA

Bratva · Bratva-Serie

SANGRE Y SEDA

Romance oscuro de la mafia de élite · Bratva-Serie

RECUERDA · ESPERA · DESTRUYE

La única plegaria que conozco · Bratva-Drogunov · Bratva-Serie

✦ ✦ ✦

Gracias por leer.

— Ghiz L.